

Carmen Serrano



SIEVE
MINUTOS

Siete minutos

Carmen Serrano

@2018Carmen Serrano

Todos los derechos reservados.

Queda prohibido, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

ISBN-13: 9781717774125

Diseño de portada: Carmen Serrano

Imagen portada: Created by Teksomolika - Freepik.com

Imágenes interior: Pixabay

Corrección de texto: Lucía Brisbane

A las RomántiCanarias, por su amistad.

índice

NOTA DEL AUTOR

EL JUEGO

7 MINUTOS

6 MINUTOS

5 MINUTOS

4 MINUTOS

3 MINUTOS

2 MINUTOS

1 MINUTOS

EL ASCENSOR

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA

OTRAS NOVELAS

Nota del autor

Antes de comenzar a leer tengo que advertirte, lector, que la novela que tienes entre tus manos sucede en la isla de Gran Canarias. No es una cosa baladí, es algo a tener en cuenta, muy en cuenta. Tal vez (y solo tal vez) cuando leas los diálogos de las personas percibas algo extraño en su forma de hablar, más allá de los localismos regionales que puedan emplear, notes que el uso de los tiempos verbales es diferente al que tú sueles emplear. La segunda persona del plural, el vosotros, cambiará por la forma modal, ustedes. Puede que eso choque en principio, pero enriquece (en mi opinión) el realismo de la obra.

Feliz lectura.

El juego

Sentada en un rincón de la habitación, Gara observa a sus antiguos compañeros de instituto reír y bailar al ritmo de la música de la fiesta. Intentando pasar desapercibida, oculta entre la penumbra, ya que solo hay dos pequeñas lámparas iluminando la sala; una al lado del sofá verde en el centro y otra junto a la entrada, al otro extremo de donde ella se encuentra marginada, observa con sus grandes ojos oscuros cómo algunas miradas recaen sobre ella con infructuoso disimulo, seguidas de comentarios que a la joven no le cuesta imaginar sobre qué versan. «Esto no ha sido una buena idea», se dice a sí misma, intentando ignorar los cuchicheos que despierta, añorando el tiempo en que las únicas opiniones que generaba consistían en su aspecto y vestimenta. Sabe que ahora nadie está criticando los vaqueros desgastados que luce ni su camiseta de algodón azul, por ser demasiado sencilla para llevar en una fiesta, y que tampoco comentan que se ha recogido su melena castaña oscura con una simple coleta alta, igual que cuando va a hacer cualquier tipo de deporte. Nada de eso le importa ahora a ninguno de

ellos. Ya han dejado de juzgarla por no ser femenina o preferir practicar deporte que ir de compras a un centro comercial, ahora son sus actos los que despiertan opiniones de lo más diversas.

La puerta de la cocina se abre a un escaso metro de ella, iluminando el solitario rincón donde se encuentra y provocando que si alguien no había percibido su presencia lo haga.

—Es una golfa que va de víctima, para dar pena, que no hubiera venido...

—Se reconoce la voz de Miriam salir de esa habitación, por encima de las risas y la música.

Todos saben que esa afirmación se refiere a Gara y lanzan hacia ella penetrantes miradas, abandonando cualquier asomo de pudor o disimulo alguno. Los pequeños grupos de amigos situados en el salón comienzan a murmurar, mientras que la puerta se cierra y la chica vuelve a sumirse entre las sombras de su rincón.

Cansada con la situación y terriblemente irritada, dado que Miriam es una de las chicas con las que siempre ha tenido tirantez, Gara se levanta con un bufido que no puede contener y cruza la sala hacia la salida, decidida a irse y dar por finalizada la fiesta de reencuentro por Navidad a la que tiene claro que jamás debía que haber acudido. Solo debe recorrer unos metros, tomar su cazadora y salir de allí sin mirar atrás. Sin embargo, su propósito se ve

frustrado al chocar con fuerza justo al cruzar el marco de la puerta del salón.

—Ños... Pareces una apisonadora —declara el chico rubio, que comprueba el estado del contenido de su vaso de plástico.

—Aythami, lo siento... —alega ella, mostrando su consternación al reconocer a su amigo.

La sonrisa afectuosa del chico la tranquiliza por el cariño que siempre ha despertado en ella ese rostro de redondeadas facciones y cálidos ojos azules, coronado por una rebelde mata de grueso pelo rubio.

—¡Ey, mi niña! ¿Estás bien? —La toma por el brazo, apartándola hacia un lado del recibidor mientras ella niega, bajando el rostro.

—Me voy a ir... No tenía que haber venido —confiesa sin reparos.

Aunque Gara prefiere que nadie sepa como la situación la supera, Aythami supone una excepción porque es su mejor amigo y, ante él, no siente reparos en demostrar lo que le sucede. Además, fue por la insistencia del chico que aceptó acudir a esa fiesta de reencuentro y, de pensar marcharse, era a él al único al que se lo diría.

En verdad, el motivo para la celebración a ella le parece un poco estúpido, apenas han pasado unos meses desde que cursó con todos los presentes segundo de bachillerato, no ha transcurrido el tiempo suficiente para

que los eche de menos en realidad. Aunque es cierto que regresar a Gran Canaria por Navidad y poder pasar más de un par de días en su hogar, tras estar estudiando en la vecina isla de Tenerife un grado de Ciencias Ambientales, ha resultado reconfortante para ella. No obstante, Gara sabe que, si sus circunstancias fueran otras, en esos mismos momentos estaría disfrutando como nadie de estar con sus amigos de toda la vida, bromeando y recordando buenos momentos de años atrás, pero si decidió alejarse para estudiar fue precisamente para dejar atrás esos últimos años de instituto y en especial a una persona, que, por desgracia, también es uno de los invitados a la fiesta.

—¿Por qué no esperas a que venga Cova? En cuanto aparezca se te olvidará todo —propone con voz afectuosa su amigo, pero Gara niega sin dudar—. No puedes dejar que te afecte, mi niña. Porque, además, lo que dicen no es verdad. No hiciste nada malo y no tienes por qué...

—Él está aquí... —alega ella alzando la mirada un segundo hacia su amigo.

Tras los años de amistad, el rubio puede ver en los grandes ojos marrón oscuro de Gara la aflicción contra la que intenta luchar.

—Pues por eso, que se avergüence él, no tú. No puedes dejarle ganar.

—Eso me da igual. Verle me hace daño... Lo sabes... —confiesa con un

hilo de voz.

—No pensé que vendría, de verdad —se disculpa el chico—. Pero no te vayas todavía. No les des ese gusto. Aguanta hasta que llegue Cova, sabes que volvió a la isla solo para vernos a nosotros. Luego nos largamos los tres, ¿de acuerdo, mi niña? La noche puede mejorar.

—No hace falta que vengas, aquí tienes muchas viejas admiradoras —dice Gara, un poco más animada al escuchar la propuesta de su amigo.

—Hay muchas otras noches para ligar —declara con una sonrisa pícaro que contagia a su amiga, y en la que ella puede reconocer al niño travieso con el que jugaba desde la más temprana edad—. Es una noche para pasarla con amigos, recordar locuras y buenos tiempos.

Desde que Gara tiene uso de razón ha sido amiga de Aythami. Vivir puerta con puerta en un barrio del municipio de Telde, donde ambos han residido siempre, hizo que jugaran juntos desde sus primeros pasos, ya que, desde ese momento, la chica tenía claro que prefería un balón de fútbol a una muñeca para divertirse. Es por ese motivo, pese a que el chico pasó de ser un niño travieso a un joven atractivo, por el que ella nunca ha considerado todos sus encantos. Para Gara sus cautivadores ojos azules, su sugerente sonrisa, su cuerpo musculoso y broceado por el sol son irrelevantes, igual que su simpatía, su carácter divertido y esa personalidad afable solo le despiertan un

cariño filial. Parecer que Aythami también comparte, pues, aunque el chico admite que su amiga es una tía buena, con su piel morena y cabello oscuro que hacen aún más intensa su profunda mirada, nunca ha podido dejar de verla como a una amiga, pero una gran amiga.

—Media hora más y me voy, llegue Cova o no —sentencia la chica con tono decidido.

—Media hora y me sobran quince minutos, mi niña —responde el rubio, tomando la mano de su amiga y dirigiéndose al fondo de la casa.

A pesar de no saber a dónde se dirigen, Gara confía en Aythami y ni pregunta ni se queja porque la arrastre tras de sí. Sin embargo, como una completa paranoica, no puede evitar mirar a todos lados a cada paso que da, temiendo tropezar con la persona que hizo que marcharse a estudiar a otra isla fuera liberador.

Entran en una pequeña habitación que conecta con el jardín trasero y donde, pese al reducido espacio, hay casi una decena de personas hablando y riendo, pues allí la música apenas es audible.

—Les vamos a cobrar por entrar aquí —declara Yeray al ver aparecer a la pareja de amigos.

—Todo el mundo acabará en esta habitación, es en la única en la que no tienen que volver a escuchar, otra vez, *Despacito* —comenta su hermano

gemelo, Agonay, que se encuentra a su lado—. La han puesto un *fleje*^[1] veces, veinticinco lo menos...

Lo único que diferencia físicamente a los gemelos es un lunar que Yeray tiene bajo el ojo derecho, aunque él luce el cabello recogido en una coleta negra bajo la coronilla y rapado hacia abajo y su hermano un corte total a cepillo, pero en sus facciones angulosas y ojos pardos son idénticos.

—Yo me he ido del salón porque me estaban dando ganas de prender fuego a la casa —dice Noah, el anfitrión, que se encuentra sentado en un sofá de dos plazas con sus largas piernas estiradas y que, de no hablar, alguien podría dar por dormido, pues el lacio flequillo castaño y desarreglado le cubre los ojos casi en su totalidad.

—Si alguien puede, eres tú —dice animado Aythami, palmeando el hombro de su amigo al pasar a su lado.

Gara recorre la habitación con la mirada comprobando quién está allí, soltando un suspiro de alivio al terminar, y buscando un asiento que ocupar durante la media hora que le ha prometido a su amigo permanecer en la fiesta.

—Garita, ¿cómo te va en Tenerife? ¿Tienes muchas amigas en la residencia? —pregunta Yeray, rodeándole el cuello cuando la tiene cerca.

—No te voy a presentar a mis compañeras, no odio tanto a ninguna — responde la chica, apartando el brazo que rodea sus hombros.

—¿Quién ha dicho nada de eso? Solo quiero saber cómo te adaptas... Para mí ha sido un choque cultural tremendo —asegura el chico con teatralidad.

Al igual que Gara, Yeray estudia en la universidad de La Laguna, aunque en su caso es una ingeniería. Muchos son los jóvenes que se trasladan a estudiar fuera de la isla o del archipiélago y deciden viajar en busca de trabajo una vez terminan el instituto.

—Nos conocemos, Yer —declara la chica, tomando asiento junto a Noah —, pero, para tu interés, yo me estoy adaptando genial.

—¿No te estarás volviendo chicharrera? —pregunta Agonay.

—Sí, ahora para ella somos unos *notas*^[2] —añade su hermano.

—Mira que dicen tonterías al cabo del día. —Niega con la cabeza ella, con una sonrisa en los labios.

Justo en el momento en el que Gara toma asiento junto a Noah en el viejo sofá verde a un lado de la sala, entran en la habitación media docena de chicas que, entre risas y gritos, declaran a los presentes estar demasiado aburridos allí apartados y reclaman que regresen al salón, donde se está

mucho más animado. En un principio su petición es ignorada, pero comienzan a tirar, literalmente, de los gemelos, tomándoles por el brazo, mientras Gara desvía la mirada para ignorarlas. Nunca se ha llevado especialmente bien con las personas de su mismo sexo, solo tiene una amiga y hay muchos motivos por los que Cova es la excepción que confirma esa regla en su vida. No obstante, al apartar los ojos de quienes intentan arrastrar hacia el pasillo también a Noah, se topa con la mirada grisácea de quién menos desea tener frente a frente: Airam.

Más atractivo de lo que habría deseado, con su fino cabello castaño claro muy corto por los laterales y más largo y voluminoso sobre la frente, la mirada de un electrizante gris que lanza sobre Gara se hace más intensa, provocando que las facciones de su rostro cuadrangular resulten más duras y marcadas, causando que la chica retenga la respiración por unos segundos.

Airam es el motivo por el que Gara había pasado aislada la mayor parte del tiempo y por el que quería abandonar la fiesta con prontitud. Tenerle delante, ser simplemente consciente de su presencia o cercanía la altera e incomoda de manera total. Sin saber muy bien qué hacer, mira a su alrededor en busca de algo que la distraiga. Aythami la sujeta del antebrazo y tira de ella hasta levantarla del sofá. Convencida de que su amigo ha reparado en quien ha entrado en la habitación y está tratando de ayudarla, se deja llevar por él sin hacer preguntas.

—Puede estar bien, ¿no crees? —dice el chico con una sonrisa.

«¿Bien? ¿El qué?», se pregunta Gara mirando confusa a su amigo, siendo guiada de vuelta hasta el salón del que huyó minutos antes. Al llegar allí imita al resto de sus amigos, que van tomando asiento en el suelo.

Sentada sobre sus propias piernas, junto a Aythami, la chica sigue sin saber qué es lo que se supone que van a hacer o sucederá a continuación, solo observa cómo todo el mundo se termina de sentar por el suelo, mientras desplazan el sofá del centro a un extremo para hacer sitio. No es hasta que Idaira, una antigua compañera de clase, en pie delante de todos alza la voz tras apagarse el equipo de música, que Gara escucha en qué clase de estúpido juego están participando todos.

—Para hacer más interesante el juego, porque no tenemos doce años, vamos a cambiar algunas cosas. Ahora, si alguien repite, el beso será más largo y más largo cada vez —explica la chica con la botella de licor vacía en la mano, vagando la mirada por todos los presentes con gesto pícaro.

—¿Y si se niegan? —pregunta Noah.

—No se pueden negar —decreta con decisión, apartando su rizada cabellera castaña hacia el lado derecho—. Si les toca se besan, ni prenda ni nada que así es un rollo.

—¿Y si me toca mi hermano, el terapeuta quién me lo paga? ¿Tú? —

pregunta Agonay, haciendo que todos rían.

—Bueno, vale... O beso o reto, pero el reto no serán ni prendas ni cosas así, será peor —declara Miriam, arrebatándole la botella a su amiga.

La chica de ondulado cabello rubio ceniza mira a todos los presentes por debajo de su recto flequillo, apuntándoles con su afilada nariz, casi retándoles a que la contradigan, pero no se emite ninguna réplica, por lo que la chica sonrío con suficiencia.

—Eso me gusta más —declara Yeray, haciendo reír a los presentes como su hermano.

Mirando a su alrededor, Gara se topa con los ojos de Aythami que se encoge de hombros como si no supiera que aquello fuera a suceder.

—Yo creo que paso... —dice ella, incorporándose.

—Oh... No me digas que unos besos te dan miedo —apunta Miriam al verla ponerse en pie—. ¡Ay, mi niña! Pensaba que eras más valiente. Es solo un juego.

Gara aprieta el puño y las mandíbulas, recordando lo que pocos minutos antes le había escuchado decir a Miriam de ella misma en la cocina y piensa una respuesta lapidaria que soltarle, pero alguien se adelanta tomando la palabra.

—Sí, no nos tiremos del barco o volverán a poner la canción de *Despacito* —pide Agonay con tono divertido—. Si me toca contigo te prometo no disfrutarlo.

—Pues ya seremos dos —replica Gara que, pese a no gustarle el juego de la botella, no quiere parecer una cobarde tras las palabras de Miriam—. Aunque no sé qué castigo podría ser peor que intercambiar fluidos contigo... ¡Oh, sí... hacerlo con tu hermano!

—¿Pero qué hice yo ahora? —pregunta Yeray.

—Ños... venga, ¡ya! —ordena Idaira, que se vuelve a apropiarse de la botella y es la primera en hacerla girar en el centro del círculo que forman la mayoría de los invitados.

La botella gira con rapidez durante varios segundos, hasta que va perdiendo energía y se detiene apuntando a Agonay, que le guiña el ojo a Idaira con una sonrisa.

—Seguro que has trucado el giro —declara él.

—Solo para que me tocaras el primero y fuera el más rápido —replica la chica, pese a que no pone reparos en que Agonay gatee frente a ella y le dé un beso decidido, aunque breve, en los labios.

Algunos sueltan leves vítores y silbidos, hasta que Agonay regresa a su

asiento, decidido a hacer girar la botella. Esta gira sobre el suelo porcelánico, comenzando a perder fuerza antes de llegar a Gara, que retiene el aire en sus pulmones arrepintiéndose de aceptar participar y suelta un suspiro cuando la boca de la botella pasa frente a ella con lentitud, dejando de apuntarla y continuando su giro un poco más, hasta detenerse frente a Aythami.

—¡Ni de coña! —declama Agonay.

—Y es beso largo, con lengua... —apunta Noah, intentando no reírse sin conseguirlo, cubriéndose la boca con las manos.

—¿Tienes miedo de que te haga plantearte tu sexualidad? —bromea Aythami divertido, giñando un ojo a su amigo con picardía.

—No, pero no te voy a meter la lengua en la boca, chacho —asevera el chico—. Reto, pido reto.

Todos miran a Miriam, por ser quién dirige las normas, en busca de una sentencia. Yeray se aproxima a ella y le susurra algo al oído que provoca que la chica muestre una sonrisa cargada de maldad mirando al otro gemelo, quien niega con la cabeza temiendo lo peor.

—Tienes que recorrer la casa desnudo —dice la chica.

Todos sueltan exclamaciones al escuchar el reto, pero, para el asombro de los presentes Agonay no suelta una sola queja y se levanta.

—Me desnudo en el baño y salgo corriendo... punto, ¿no? —cuestiona para confirmar.

—Sí —responde tajante la chica.

Asintiendo con decisión, el joven sale de la habitación, sin mirar atrás ni mostrar el más mínimo reparo en cumplir el reto, comenzando a desabrocharse la camisa que lleva en dirección al baño. El resto susurran entre ellos, preguntándose si hará lo acordado o terminará realizando alguna otra cosa, seguramente en venganza a Miriam o a su propio hermano. Incluso la mirada de Miriam se vuelve algo inquieta, temiendo qué se le podrá ocurrir a Agonay, o que entre ambos hermanos tengan algo planificado y ella será al final la que tenga que pasar por un mal trago.

Estando el resto distraídos, expectantes ante la aparición de Agonay, Gara intenta incorporarse con disimulo para abandonar el juego sin que nadie lo note, pero, en cuanto se pone en pie, el chico moreno aparece cubriéndose la entrepierna con las dos manos y sin ninguna prenda de ropa que lo cubra. Recorre toda la habitación entre la sorpresa y las risas del resto de los presentes. Gara se sienta de nuevo ante la impresión, cuando le ve dirigirse a su dirección, y no puede evitar reírse ante los movimientos absurdos que hace su amigo moviendo el trasero, tal vez en un vano intento de que su desnudez sea lo que menos llame la atención de todo lo que sucede. Tras una vuelta por

toda la habitación y bailar detrás de Miriam, que se aparta para no ser rozada ni por el trasero o la entrepierna del chico, Agonay corre de nuevo hacia el baño.

Todos los invitados siguen bromeando sobre lo ocurrido cuando del recibidor llega una nueva invitada; con una melena terriblemente rizada por debajo de los hombros en un genuino pelirrojo natural y su rostro cubierto de pecas, Covadonga aparece con una gran sonrisa que acentúa aún más sus rasgos aniñados. Como de costumbre, lleva un vestido colorido que seguramente es de la talla infantil; dadas su poca altura y su constitución delgada, además de su estrafalario gusto, compra casi toda la ropa en la sección de niños de las tiendas. Tanto Aythami como Gara sonríen al verla y ella mueve la mano saludando muy deprisa antes de dirigirse al lado de su amiga.

—¿Qué hacéis? —pregunta mirando el panorama a su alrededor algo confusa, mientras se hace un hueco en el círculo.

—Jugar a botella —responde Gara. La mirada incrédula que su amiga le devuelve expresa mejor sus pensamientos que cualquier palabra o cuestión—. Sí, no preguntes, en cuanto pueda huyo de aquí...

—Te toca, Thami —Le lanza la botella Miriam, para que la haga girar.

—Yo no me voy a negar, apunte a quien apunte —declara el chico,

colocando la botella sobre el suelo y moviéndola con un giro diestro de muñeca.

Nuevamente, la botella gira bajo la atenta mirada de Gara, que se siente más contenta y tranquila tras la llegada de su mejor amiga. Al alzar la vista, su sonrisa se congela al reconocer frente a ella a Airam, la última persona que desea que participe con ella en un juego como ese. Alterada, pese a no poder apartar sus ojos del iris gris, que también está clavado en ella, se pregunta cuándo ha tomado asiento, pues está convencida de que al inicio él no participaba.

—Eso te pasa por decir que no te vas a negar, chacho. ¡*Tooooooma!* —dice Yeray divertido con voz potente.

—Y no lo haré. Es solo un beso, no sean *chiquillajes*^[3] —declara Aythami.

—Dios, que asco, esto es endogamia... No quiero verlo —dice Cova, tapándose la cara con ambas manos.

Ajena a los comentarios, Gara sigue con la vista fija frente a ella y el pulso acelerado, hasta que Aythami entra en su campo de visión al ponerse frente a ella y la devuelve a la realidad. La joven parpadea y vaga la vista un tanto desubicada, hasta que repara en la botella, que la apunta ella.

—Me has tocado tú —dice Aythami con voz suave, pero jovial—. No queda otra que confesar al mundo nuestra poca química.

Aunque tarda unos segundos en comprender la situación, Gara termina por sonreír, despreocupada. A pesar de que pudiera resultar violento besar a Aythami, la confianza y estrecha relación que tienen lo hace algo más sencillo de lo que cualquiera pudiera pensar. Se trata de un beso corto, apenas un roce de labios que no significa nada para ellos. Tal vez algo más intenso sí les provocase cierta aprensión, por lo repugnante que resultaría besar de esa manera a alguien que consideras como de tu familia más cercana.

—Bien, quería que la primera vez fuera con alguien especial —declara ella con gracia, mostrando que no tiene ningún reparo en besar a su amigo.

Sin perder la sonrisa, Aythami se inclina hacia ella y le da un leve beso en los labios que apenas dura un segundo, lo que provoca que algunos abucheen levemente.

—¿Ya ha pasado? ¿Puedo abrir los ojos? —pregunta Cova, que permanece con las manos cubriéndose los ojos.

—Ha sido como ver a Carol y Daryl^[4] besarse —declara Yeray con una mueca de disgusto.

—Asqueroso, pues lo que yo decía; absolutamente asqueroso de ver —

replica entonces la pelirroja.

Aythami regresa a su lugar ignorando los comentarios, al igual que Gara, hasta que comprende que ahora es ella la que debe hacer girar la botella. Sus ojos recorren los rostros de todos los que forman parte del círculo, intentando encontrar a una sola persona con la que no le dé reparo darse un beso, pensando que después podrá abandonar el juego sin que nadie le diga nada. De nuevo, su pulso se acelera al ver cómo es fijamente observada por Airam, aunque lucha por ignorarlo y toma la botella, sin tener un objetivo hacia quién hacerla girar. Pese a que sabe que no posee la maña suficiente para controlar a dónde vaya a apuntar. Interiormente, ruega por que la botella se vuelva a frenar frente a Aythami, o Cova en su defecto, sin importarle que besarse con una chica reavive los rumores sobre su orientación sexual porque, a esas alturas, ya no le supone ningún problema. Siempre y cuando no sea con Miriam, aceptaría de buen grado besar a una chica. La botella comienza a perder velocidad. «Que no le apunte a él, que no le apunte a él», repite en su cabeza, cerrando los ojos para darle mayor fuerza a su deseo.

Todo el mundo queda en silencio de forma abrupta y la joven abre los ojos desconcertada, mirando directamente a la botella cuya parte trasera está frente a ella. Siguiendo por instinto la dirección hacia donde está orientada la boquilla, entiende por qué todo el mundo se ha quedado mudo.

—Airam —Se escucha que dice Agonay al regresar vestido al salón—, ¿con quién te morreas?

—Reto —pide Gara sin poder ocultar la agitación que siente en el tono de su voz.

Nadie se mueve ni dice nada, hasta que Aythami se decide a acercarse hasta Miriam de nuevo para acordar con ella una prueba para su mejor amiga. Yeray también se une a la conversación, al igual que Idaira. En cuestión de segundos comienzan a unirse más personas.

—Voy a meter baza —dice Cova a su amiga, gateando hacia donde se está formando un círculo para decidir el reto que Gara deberá afrontar.

Los ojos de Airam siguen fijos en la joven, que intenta ignorarlo pese a que no puede evitar que su mirada recaiga en él por fracciones de segundos cada tanto. Si no fuera imposible, Gara pensaría que él, de alguna manera, ha trucado la botella para que ese fuera el resultado. Sin embargo, decide centrarse en la discusión que el resto mantienen sobre el reto que tendrá que superar para evitar besar a Airam. Ver a Aythami negar, molesto, la pone en alerta, pero se convence pensando que nada puede ser peor que ese beso.

Tener que besarse con él es lo último por lo que está dispuesta a pasar.

—No, no... ya está decidido —declara Miriam—. Tienen que ser pruebas malas, es la gracia.

—Pero para que tengan gracia, tiene que ser graciosas —replica Cova—. ¿Qué tiene eso de gracioso?

Ninguna de las otras chicas le presta atención ni a la pelirroja ni a sus argumentos, y toman una decisión tajante sobre el castigo elegido.

—Gara, si no quieres darte un beso con Airam, entonces tienes que pasar siete minutos encerrada en el armario de la entrada —declara Idaira ignorando a la pelirroja—... con él.

—¿Qué? —pregunta desconcertada—. ¡¡NO!!

—No tienen que hacer nada, solo dejen pasar el tiempo... Si lo quieres matar pues... hazlo. No es para que se enrollen, pero no les vamos a sacar de ahí en siete minutos —explica Noah.

—Era eso o hacer lo mismo que Agonay —dice Aythami con tono derrotado y la mirada cargada de culpabilidad.

—Si quieres cambiar de opinión y darle un beso, estás a tiempo —dice Idaira, haciendo más fácil la decisión de la chica.

Tomando aire con fuerza y luchando entre la rabia, la angustia y la frustración que están despertando en ella, Gara se incorpora hasta ponerse en pie y camina con decisión fuera del salón.

—Acepto el reto —dice de camino al armario.

7 minutos

Apenas unos leves haces de luz se cuelan por las rendijas de la puerta, siendo casi total la oscuridad que rodea a Gara en el interior del armario. Sin embargo, la presencia de Airam resulta evidente para ella sin necesidad de verlo, sabe que lo tiene en frente, a unos escasos cincuenta centímetros de distancia, y casi puede asegurar que se encuentra con los brazos cruzados frente al pecho. Con cada respiración percibe su olor, esa genuina mezcla de la fragancia que usa y su aroma corporal, que le acelera el pulso de manera instintiva.

—Gara, yo... —Escucha erizándose su piel.

—Ni me hables, ni respires —le interrumpe—. Te odio —declara con determinación, para recordárselo a sí misma y que su cercanía no la termine traicionando.

Airam suelta un bufido, frustrado, y menea la cabeza negando en la oscuridad. Él también puede sentir a Gara cerca, imaginarla a la perfección, y

por ello se le hace difícil permanecer impasible. En el exterior del armario pueden escuchar algunas frases dirigidas hacia ellos en tono de burla, que si no le falla el oído pertenecen a los gemelos, también risas varias.

—Esto no ha sido idea mía —comenta la joven. Tenerle delante despierta en ella recuerdos, y estos la irritan tanto que es incapaz de morderse la lengua y no decirle todo lo que se cruza por su mente en esos momentos. Aunque sabe que lo mejor es permanecer callada y dejar que el tiempo pase, no puede evitarlo.

—Pues no haber pedido reto...

—Más quisieras —replica, sintiendo unas tremendas ganas de golpearlo, instinto que Airam siempre ha despertado en ella, desde la más temprana edad.

—Podemos hablar —apunta él pese a ser interrumpido—. ¿Ni siquiera podemos hablar? Pienso que...

—Tú no piensas, no has pensado nunca —le interrumpe sin dejar de atacarlo—. No tenía que haber cambiado mi opinión sobre ti. Sigues siendo igual que cuando te metías conmigo porque jugaba al fútbol.

—Sabes que eso no es cierto —declara él con tono molesto. No se siente orgulloso de cómo era en aquella época, sobre todo con Gara, y siente que recordarlo es un golpe bajo.

—No. Pensé que no era cierto, pero me equivoqué —apunta Gara atropelladamente, a causa de los nervios que siente.

—Bien, era un idiota a los doce años, pero tú tampoco te quedabas corta. Te peleabas con todo el que te recordaba que no le pegabas tan fuerte como los chicos... —replica el castaño, aunque no quiere llevar la conversación por ese camino, tampoco está dispuesto a que Gara le eche cualquier cosa en cara sin razón—. El pobre de Aythami siempre tenía que pedirnos perdón por tus berrinches.

Gara siente como la rabia le sube desde el estómago, pero no es capaz de decir nada. Desde pequeña fue un chicozo, como se suele decir, y ya entonces odiaba que los chicos la discriminaran por ser una niña. Aquello la enfadaba tan profundamente que terminaba peleando y discutiendo con todos ellos, aunque, en el fondo, lo que más deseaba era ser su amiga. Incluso se llegó a plantear si algo estaba mal en ella, porque, aunque no tenía ningún problema con ser una chica, prefería los deportes que, por cultura, solían interesar al género masculino.

A la cabeza de todos los que le hacían burlas no estaba otro que Airam. A él le costaba aceptarlo y solo lo confesaba en determinados momentos, pero el único motivo que tenía para atacar a Gara por aquel entonces era que la chica resultaba mejor que él en algunas facetas deportivas. Era más ágil y,

antes de que el chico diera el estirón, también más rápida debido a sus largas piernas que la hacían ponerse en cabeza rápidamente y sin ningún esfuerzo en cualquier carrera. Y, aunque tardó años en confesarlo, Airam nunca dejó ganar a Gara por pena.

La chica era una leona, siempre daba el ciento veinte por ciento en el deporte. Ya fuera en el fútbol, en el atletismo, en natación o en cualquier otra actividad deportiva, ella siempre era una dura rival. Y Airam resultaba ser la horma de su zapato. El chico no se rendía jamás e ignoraba el dolor de sus músculos con tal de superarse a sí mismo y a todos los que le supusieran un contrincante a batir.

Hasta los catorce años los encontronazos entre Gara y Airam eran frecuentes. Ya fuera en el instituto o en el barrio donde ambos vivían, siempre que se tenían cerca terminaban discutiendo, insultándose y retándose a demostrar quién era el mejor de los dos. Fue en esa época cuando el chico encontró a su pequeña hermana Yara, de seis años, que era fruto de un segundo matrimonio de su padre, enfurruñada en su habitación una tarde de fin de semana cuando debería haber estado en la calle jugando.

—Hay un niño grande que no me deja jugar con él porque dice que no sé —respondió la pequeña cuando su hermano le preguntó por qué no estaba jugando con sus amigos fuera.

—¿A qué no sabes jugar? —preguntó entre la curiosidad y el enfado ciego.

—Al fútbol, dice que como soy una niña no sé jugar, aunque yo le dije que tú me habías enseñado —explicó la niña sin abandonar su mueca triste.

—¡Pero qué tontería! —declaró sin dudar, y pensar en Gara fue un acto reflejo para él—. Mira, peque, yo tengo una compañera en mi clase que juega mejor que la mayoría de chicos.

—¿Tan buena como tú? —preguntó Yara sorprendida.

—Casi...

—¿Y juega con otros chicos? —continuó interesada.

—Siempre, todos la queremos en nuestro equipo, porque es la más rápida y nadie consigue quitarle el balón. ¿Y sabes por qué es tan buena? —La niña negó—. Porque, aunque había algunos que le decían que el fútbol era solo para los niños, ella nunca les hizo caso y jamás dejó de jugar. Así que... vamos al parque, que, si ese niño no quiere jugar contigo, ya lo hago yo.

Su hermana mostró una amplia sonrisa al escucharle y saltó de la cama, decida a ir a por su propio balón para jugar con su hermano tras aquella conversación. Una charla filial que no solo caló en la pequeña, sino también en el propio Airam, que vio en la pena que había reflejada en los ojos de su

hermana lo cruel y mezquino que él mismo había sido con Gara. Y, desde entonces, meterse con ella no le pareció tan divertido, aunque no podía evitar picarse cada vez que competían, ya que el orgullo le impedía pedirle perdón directamente y por su parte Gara seguía tratándole como a un rival con el que siempre estaría enfrentada, e incluso le seguía apodando “piojo”, como cuando era mucho más bajito que ella, a pesar de estar igualados en altura en esos momentos. Sin embargo, la forma en que Airam la veía y valoraba su talento aumentó.

Se podría decir que ese fue el inicio para que hayan terminado ambos encerrados en el armario de la casa de Noah, porque todo lo que pasó en los años siguientes no hubiera ocurrido si Airam no hubiera tenido aquella conversación con su hermana pequeña.

—Yo no tenía berrinches —dice para sí Gara, avergonzándose al instante de lo infantil que se ha escuchado y pidiendo que Airam no la haya llegado a oír.

—¡Ja! ¡Vaya que no! —exclama él para bochorno de la joven—. Nunca se te dio bien perder, aunque tuviste muchas ocasiones para aprender... —suelta con una altanería que no puede reprimir.

—No cambiarás nunca, igual de estúpido que siempre —declara, intentando reprimir su rabia para no demostrar que esas palabras le afectan—.

Los dos sabemos las veces que te pisoteé y luego decías que te habías dejado ganar; como si alguna parte de ti tuviera un ápice de caballerosidad.

—Te dejé ganar, lo que te dije fue mentira —suelta Airam sin pensar, arrepintiéndose antes de pronunciar la última palabra.

—Una más de las muchas que me has dicho, al parecer —responde Gara con un deje triste en la voz que no es capaz de ocultar.

—No... —dice, maldiciéndose a sí mismo por haberse dejado llevar por su carácter revanchista, olvidando las circunstancias—. No lo he dicho en serio... Se me ha ido la cabeza por hacerte rabiar, pero...

—En serio, cállate... —ordena.

—¡¡Comenzamos la cuenta atrás!! Que Noah no puso el cronómetro. — Se escucha al otro lado de la puerta.

Ahogando las ganas de quejarse y, sabiendo que por mucho que lo haga, no logrará nada o, a las malas, que la dejen allí aún más tiempo, Gara golpea la puerta con el lateral de su puño, llena de frustración. Mientras, Airam decide cerrar la boca y no seguir empeorando la situación, porque es lo que siente que ha hecho en los últimos segundos. Lamenta lo que ha dicho, sobre todo porque no es verdad, como también lamenta muchas cosas respecto a Gara. Pero con ella siempre termina diciendo lo que menos conviene, incluso, como en ese momento, cosas que ni siquiera piensa. Los malentendidos entre

ellos siempre han sido constantes. Las cosas solo habían ido bien cuando se llevaban mal; siendo rivales todo resultaba fácil. Y tal vez fuera así porque eran demasiado parecidos, almas gemelas, y por ello estaban destinados a chocar. Pero Airam se niega en lo más profundo de sí a rendirse a esa idea, porque, entonces, no tendría sentido sentir lo que siente por Gara en un momento como ese, tras todo lo vivido, incluso conociendo el absoluto desprecio que debía experimentar por él la joven. Airam solo puede pensar en acercarse un poco más, llegar a sentir su cuerpo de forma palpable y dejar de tener que intuirlo en la oscuridad.

—Siento haberme sentado a jugar, supuse que no sería una buena idea — declara el chico con tono sincero, decidido a no decir nada más el resto del tiempo. Sabe que, una vez que salgan, Gara pondrá toda la distancia posible entre ellos, así que por lo menos quiere disculparse por ese último mal trago del que se siente responsable, pues su única intención, tanto al ir a la fiesta como al unirse al juego, era forzar un nuevo acercamiento con Gara.

—No sabes perder —contesta ella—, nunca has pillado que de las derrotas también se aprende.

—Aprendí, aprendí de todo lo que pasó —asegura sin poder permanecer callado—. Por eso estoy aquí, y necesitaba estar contigo.

—Se acabó, Airam. Perdiste... Me perdiste. Se terminó la competición,

partido o carrera..., llámalo como quieras para entenderlo, y tú quedaste descalificado —asegura Gara, con una frialdad que bien podría terminar por sí sola con las esperanzas de Airam o destrozar por entero un corazón.

No obstante, el tono indolente de Gara no afecta tanto a Airam como podría afectar a otro, pues conoce muy bien la capacidad de la morena para mostrarse despiadada si es necesario, como también sabe que solo usa esa frialdad cuando se siente herida. Eso es lo que le duele, más que las palabras en sí; comprender que si ella se muestra como una fiera herida es porque él le ha hecho daño. Sin embargo, sí hay una cosa en el discurso que Gara acaba de declarar que inquieta al chico y, aunque no ha escuchado nada ni a nadie comentar algo al respecto que ratifique sus temores, lo necesita confirmar.

—¿Estás saliendo con alguien? —pregunta a bocajarro. Los ojos de Gara se abren de par en par, aunque no puede ver nada, para combinarse con el resto de sus rasgos que muestran el mayor de los asombros al escuchar a Airam—. ¿Estás con otro y por eso dices eso?

—Ños... No me lo puedo creer. ¿Me lo estás preguntando en serio? —dice retórica—. ¿De verdad eres tan gilipollas que piensas que la culpa es de otro? ¡El único culpable fuiste tú!

—Eso ya lo sé. Pero ¿estás o no estás con alguien? Responde —interpela nervioso.

—¿Qué harías si te dijera que sí? ¿Le irías a decir que no pierda el tiempo saliendo conmigo, porque como novia no merezco la pena, ya que soy como un chico? —pregunta con crueldad.

—No... —responde, pero el gesto de Gara, que niega con la cabeza confirma que ella no lo cree—. Solo quiero saberlo. —La joven se mantiene callada, sin dar muestras de querer responder a la pregunta, lo que despierta las alarmas de Airam, pues, como se suele decir, quien calla otorga—. Bueno a lo mejor sí que le diría eso. No porque lo piense, sino porque... porque...

—Porque eres un gilipollas —suelta enfadada la chica, sin poder evitar que los recuerdos regresaran a su cabeza de forma vivida.

Volviendo a unos años atrás, cuando estaban en el instituto.

Aunque la etapa en que ella y Airam eran el perro y el gato fue intensa, acabó evolucionando sin que Gara entendiera del todo el motivo. Al pasar al segundo ciclo de la secundaria, todos los esfuerzos de Gara para ser respetada como una competidora y compañera digna por los chicos tuvieron sus resultados y no quedaba nadie que cuestionara su habilidad deportiva, en la modalidad que fuera. Nunca debía esperar más de un turno para ser elegida como parte de un equipo, siempre era invitada por sus compañeros para ir al polideportivo, a la playa o pasar el día perdiendo el tiempo, sin ningún plan definido. Gara se convirtió en uno más para sus compañeros y, aunque ella se

sentía una chica por completo y en todos los ámbitos, aquello le resultaba cómodo.

La pubertad para Gara no supuso un cambio demasiado trascendental, pues era despreocupada con su aspecto. Vestía ropa basándose en su comodidad y en la mayoría de ocasiones se decidía por un estilo deportivo, solía lucir un práctico corte de pelo que no rebasaba los hombros y cualquier utensilio o producto orientado a verse más atractiva le era, no solo desconocido, sino totalmente indiferente. Aun así, tuvo que pasar por todos los cambios hormonales propios de la edad, y con ellos también comenzó a fijarse en los chicos como no lo había hecho antes. Debía admitir que le costaba ver a sus compañeros como a los niños con los que compartía pasatiempos.

Para Airam, el motivo por el que su interés pasó de los balones de fútbol a los pechos de las chicas no le preocupó demasiado, ya que se limitó a dejarse llevar por su instinto. Y, de forma igual de natural, el respeto y cierta admiración que había surgido hacia Gara fue transformándose en atracción, hasta que un día se sorprendió recorriendo con la vista, sin perder detalle, las curvas de su cuerpo y disfrutando de la sensación que eso le producía.

Incluso, a pesar de sus desavenencias y continuos enfrentamientos con Gara, ella despertaba en Airam una opinión mejor que cualquier otra chica de

manera genuina. Le resultaba cercana y accesible porque les gustaban las mismas cosas, no tenían ningún problema para entenderse, cosa que no le sucedía con el resto de compañeras, las cuales siempre le habían parecido directamente de un planeta y raza diferente a él. Sin embargo, al igual que se había producido la evolución en sus intereses, sus compañeros también sufrieron un cambio similar.

Un día de primavera, cuando cursaban cuarto de la ESO, de camino a la playa, a nadie le sorprendió que Alexis diera voz a una cuestión que, al parecer, todos habían formulado en su cabeza. Caminando delante de sus amigos, el chico se giró hacia ellos, apartándose su melena castaña oscura que cubría sus ojos pardos de la cara, antes de comenzar a hablar mirando a sus compañeros, mostrando que lo que iba a comentar era algo importante, al menos para él y su escala de valores.

—¿Soy al único al que le parece que Gara está tremenda? —preguntó sin dejar de mirar uno a uno a cada uno de sus amigos, accediendo a la playa de La Garita, cercana a sus domicilios.

—¿Gara, nuestra Gara? —preguntó incrédulo Aythami—. No puedes decirlo en serio.

—Está buena, hasta tú tienes que reconocerlo —apuntó Yeray, caminando junto a su hermano, que asentía apoyando la afirmación de su

gemelo.

—Pero es Gara, chacho... Es decir, es... es Gara, es... es como uno más...

—Uno más, pero con tetas —apuntó Agonay—. Le salieron tarde, pero ahí están y anda que no se le notan.

—Y el culo —dijo Yeray, tomando el relevo de su hermano—. Yo no me había fijado, pero el otro día que llevaba mayas y la tenía delante corriendo... Ufff... —Movi6 las manos como si torneara en arcilla una vasija, ante la mirada de desagrado de Aythami—. Podría quitarle el puesto a Idaira como mejor trasero. Se los digo, chachos.

—Sigue siendo Gara —comentó el rubio.

—Eso no lo negamos, pero no por eso deja de estar buena —replicó Alexis.

Airam, que había permanecido sin entrar en la conversación, sintió algo parecido al miedo al escuchar que no era el único que se había fijado en la feminidad de su otrora rival deportiva y, más que desconcierto, lo que experimentó en ese momento fue una punzada de malestar. No le gustaba que el resto de sus amigos vieran en ella lo que hasta ese momento pensaba que solo él había descubierto. No podía razonar exactamente el motivo en ese momento, pero no quería que la vieran así, y por ello decidió intentar

quietarles esa idea de la cabeza.

—Aythami tiene razón —dijo entonces acercándose hasta Alexis, al que le sacaba un palmo de altura—. Aunque esté buena, es uno más... ¿Por qué fijarse en ella cuando hay chicas de verdad? Ella es uno más del grupo, es como un chico y se porta como un chico. Seguro que ni se agacha para mear.

Los chicos se miraron entre ellos, dudando por primera vez sobre su forma de ver las cosas desde que había comenzado la conversación, lo que alegró interiormente a Airam, a pesar de no demostrarlo abiertamente.

Ajena a lo que sus amigos opinaban de ella, Gara llegó pocos minutos después, quejándose por que hubieran quedado en aquella playa que, para su gusto, era demasiado concurrida.

—En las playas donde vamos con los *boogies* hace mucho viento —explicó Aythami, pero Gara lo miró confusa, para ella eso no era algo negativo—. A las chicas no les gusta, y dijeron que si veníamos aquí se apuntaban.

—¿Ey? Yo soy una chica —le replicó Gara al otro lado del grupo, donde había extendido su toalla—. De hecho, la única que ha venido, y no quiero estar solo tomando el sol.

—Eso de que seas una chica... está aún por demostrar—apuntó rápidamente Airam.

Gara se giró hacia él con una mirada asesina.

—Tu ignorancia en cuanto a biología humana no es mi problema, y tengo muy claro que no voy a ser yo quien te enseñe del tema —replicó la primera respuesta que le cruzó por la cabeza.

Con rapidez, se quitó los pantalones y la camiseta que vestía y se dirigió al agua, sin reparar en la radiografía que sus compañeros le hacían con disimulo. Aunque Alexis hizo el amago de acompañarla, Gara se alejó tan rápido como le fue posible para estar sola, reprimiendo la contrariedad que sentía en esos momentos.

De manera secreta, siempre había admirado a Airam; había sido su mayor rival, al fin y al cabo, lo que de manera inconsciente le había hecho sentir un extraño vínculo con él. A pesar de lo enfrentados que habían estado durante años y de las veces que había declarado abiertamente que lo odiaba, en realidad, no podía definir como simple odio lo que Airam le provocaba desde que lo conocía. De alguna manera se había generado un respeto hacia él, e incluso cierta fascinación por su gran tenacidad y su carácter fuerte. Y, en esos momentos, cuando Airam había superado el metro setenta de altura y seguía creciendo, su cuerpo mostraba de forma más masculina los efectos del ejercicio y las propias hormonas de Gara estaban en el apogeo de su despertar, la chica se veía de forma irremediable atraída hacia él, en

ocasiones de forma incontrolable.

Obviamente, aquello era algo que a Gara le suponía un conflicto y, por lo tanto, que mantenía oculto por completo. Conocía muy bien a todos aquellos chicos y por ello podía convencerse a sí misma de que era mejor fijarse en otro, en cualquier otro chico, como había hecho hasta la fecha, en pos de mantener la buena relación amistosa que tenía con la mayoría, ya que intuía que si alguno de ellos se convertía en algo más podría dañar la amistad, no solo que tenía con él, sino también con el resto del grupo. Intentando ignorar el hecho de que uno no decide en realidad esas cosas, como acabaría aprendiendo con el tiempo, se obligó a apartar a Airam o a cualquiera de sus amigos de siempre de pensamientos e intereses románticos.

Sin embargo, recluida en el armario frente a Airam, el recuerdo de aquellos años pasados regresaba a ella, irritándola por todo lo sucedido.

—Debí darme cuenta de cómo eras en realidad desde secundaria — declara con una mirada cargada de rencor, aunque imagina que Airam no puede apreciarla.

—Por eso no puedes seguir odiándome — replica él—. ¡Y tampoco atacarme! Tú tampoco estás libre de culpa de lo que pasó. Yo al menos tenía mis motivos.

—Yo también. Mi motivo radicaba en que tú eras un bobomierda^[5], por

eso hice lo que hice... Y no me arrepiento —declara Gara.

—¡Ja! —suelta Airam incrédulo.

No es necesario que Airam diga nada más, ni que exponga un solo motivo que avale que no la cree. Ambos saben que lo que Gara ha dicho es mentira, se arrepiente de lo que pasó en aquella época, ambos lo hacen.

La táctica de Airam de hacer que sus amigos no vieran a Gara como a una verdadera chica requería de constancia y reiteración, para que la idea calara en lo más profundo de la mente de todos. No había un solo día sin que el chico resaltara lo masculina que era y lo poco femeninas que resultaban sus acciones y comportamiento. En ocasiones, hasta delante de ella, lo que provocaba un efecto contraproducente para sí mismo. Sin embargo, Alexis no era un chico fácil de sugestionar y seguía mostrando su interés cada vez con más claridad.

Un domingo, antes de verano, el grupo de amigos quedó para ir con los *boogies* a la ventosa playa de Bocabarranco. Al poco de llegar a la zona, Alexis anunció a sus amigos que tenía la intención de pedir salir a Gara, lo que consternó a Airam totalmente.

—Si te dice que no, puedes probar con Aythami, si le pones una peluca no notarás la diferencia —declaró el moreno.

—Chacho, te aseguro que habría mucha diferencia —aseguró con una

sonrisa Alexis, sin dejarse apabullar por su amigo—. Si viene hoy, voy a tirar ficha, allanar el terreno —aseguró, tomando su tabla para encaminarse al mar entre las sinuosas rocas oscuras.

—Hagas lo que hagas, a mí déjame al margen —le gritó Aythami a su amigo, que se alejaba por la arena hacia el agua.

Aquella jornada, Airam estuvo de mal humor constante, pero, para su alivio Gara no apareció, pese a que había declarado que tenía muchas ganas de practicar ese fin de semana. Cuando todos recogieron y se prepararon para irse, Airam decidió separarse de sus amigos y quedarse practicando un poco más. Le apetecía hacer deporte hasta agotarse, o estar solo para pensar, pues sabía que de vuelta a casa las bromas y comentarios que hicieran aumentarían su irritación.

Sentado sobre la arena, con su *boogie* clavado en la oscura arena de restos volcánicos junto a él, miraba el cielo arrebolado del final de la tarde, preguntándose si era o no normal que lo que pasaba con Gara y Alexis le afectase tanto. Entonces, y para su sorpresa, la chica morena salvó las rocas que rodeaban la playa con su pequeña tabla bajo el brazo.

—¿No queda nadie más? —preguntó confusa al ver solo a Airam.

—¿A estás horas? Hace un rato largo que se fueron, mi niña. ¿Cuándo creías que habíamos quedado? —cuestionó, intentando disimular que se

alegraba de verla.

—Pensaba venir antes, pero tuve que ocuparme de mis hermanos porque mi padre tuvo que salir —explicó ella.

Mirándola con detenimiento mientras hablaba, Airam observó una pequeña brizna de alguna planta que se había enredado en el cabello castaño de Gara, que, por primera vez desde que la conocía, le rebasaba los hombros, y se acercó a apartarla sin mostrar ningún reparo. Cuando su mano rozó la mejilla de la joven, deteniéndose al apreciar su calidez y suavidad, Gara se quedó desconcertada y lo miró extrañada, haciendo que Airam apartara con rapidez la mano e intentara disimular.

—Tenías algo en el pelo... —se excusó dando un paso atrás.

Gara asintió, pese a que seguía confusa, y se alejó un poco de Airam para que el chico no percibiera su rubor. Tan rápido como pudo se desprendió de sus bermudas y la camiseta que lucía, quedando en biquini.

Aunque Airam llevaba más de media vida viendo a la chica en traje de baño, no pudo evitar observarla con rubor, sorprendiéndose cuando Gara sacó de su mochila un traje corto de neopreno que se lo enfundó tan deprisa como le fue posible.

—Me gusta tu traje —comentó tras carraspear para aclarar la garganta cuando la joven se lo terminó de poner.

—Lo compré en un impulso, aunque tengo planeado volver y mirar más equipo —respondió al subirse el cierre del mono—. Pasar de los *boogies* a tablas de surf este verano.

—Yo también quiero ir comprando cosas. Quería ir a mirar esta semana y pillar algo que estuviera bien —dijo Airam, vagando su vista hacia el horizonte del océano para alejar sus ojos del cuerpo de Gara, que era tan fácil de apreciar con el apretado atuendo.

—Yo iré esta semana próxima, aunque no creo que me compre una tabla de momento, me gustaría ir mirando —respondió la chica con su habitual naturalidad.

—Sí, de primeras es mejor alquilarlas e ir probando cuál va mejor. A mí me gustaría aprender a montar en una retro, me gustan. ¿Sabes cuáles son?

—¡Claro! A mí también me han llamado la atención, pero te limitan mucho, porque no sirven para olas grandes ni que sean muy huecas —comentó Gara, sacando a relucir lo que había leído en uno cuantos foros.

—Lo sé, pero son buenas para hacer giros, y los giros molan un montón. Subirse a una ola y girar... tiene que ser divertidísimo, ¿no crees? —apuntó Airam,

—Ya te digo —secundó Gara con una sonrisa.

Airam sonrió ampliamente, olvidando por completo ese momento de turbación que había tenido al principio. Con Gara era fácil hablar, era natural estar con ella. Incluso cuando sus conversaciones habían consistido en simples ataques constantes, era divertido y hasta agradable pasar el tiempo a su lado.

—¿Te vienes a pillar unas olas o te vas a quedar en plan místico? — preguntó aferrada a su *boogie*.

Sin responder, Airam tomó también el suyo y la siguió por la orilla, dispuesto a demostrar a Gara que el agua era un entorno en el que él era mejor que ella. No porque quisiera impresionarla o lucirse porque le gustase, sino porque él era así. Sin embargo, Gara no se limitó a admirar su destreza, tenía que superarlo, porque ella era así. Y durante largos minutos estuvieron enfrentándose al oleaje sobre sus pequeñas tablas, comparando cuál de los dos demostraba más pericia.

—¿Estás bien? Esa última ola te ha pillado de mala manera, has tardado en salir —dijo Airam con tono serio, caminando por la orilla fuera del Atlántico, sin dejar de observar el estado de su compañera.

Gara asintió, pero incapaz de responder de viva voz, intentando acompasar su respiración. Al llegar a la parte de la playa donde no alcanzaban las olas, Airam se frenó para recuperar fuerzas, permitiendo que

Gara hiciera lo mismo, lo que parecía necesitar más que él, aunque nunca lo reconocería.

—Creo que para cuando termine el verano cabalgaremos las olas como los mejores —afirmó él un poco jadeante, dejándose caer sobre la arena.

—Para final de verano te barreré —declaró Gara tirándose también al suelo para descansar.

—No lo pongo en duda, mi niña —dijo para sorpresa de la joven, acompañando su afirmación con una sonrisa cómplice, girando el rostro para mirarla—. No dejaría que nadie más fuera mejor que yo.

—Tú no me dejas ser mejor, lo soy —aseveró con seguridad, extendiendo los brazos y piernas hacia los lados, rendida.

Airam se limitó a negar con la cabeza, chascando la lengua sin perder la sonrisa, pero no replicó nada. Ambos permanecieron unos pocos minutos así, descansando sobre la arena y recuperando las fuerzas, tras haber sido zarandeados por el océano de todas las maneras. Cuando notaron su pulso y respiración acompasados, se sentaron observando las aguas, aspirando con fuerza el olor a salitre.

Contemplando las olas que morían en la orilla con un constante ritmo, Airam se dio cuenta de que, si quería evitar que Alexis consiguiera su propósito de estar con Gara, aquella era una oportunidad única. Se planteó

decirle a la joven algo negativo de su amigo, pero, al considerar las consecuencias, comprendió que lo que quería en realidad no era evitar que Gara estuviera con otro, sino lograr que estuviera con él, tal y como habían estado aquella tarde y mucho más de ahí en adelante. Lo que realmente quería era poder acortar el metro de distancia que le separaba de ella y mirar el oleaje sintiéndola a su lado, conocerla más y aumentar esa complicidad que siempre sentía con ella.

—¿Te apetece que tomemos algo? Aún es pronto, podemos subir a Las Terrazas y hacer algo, hay mucho ambiente.

—Si dices lo de ambiente con segundas, te repito que no me gustan las chicas... No voy a liarme con otra chica y dejarte mirar —respondió Gara casi sin pensar, con sus oscuros ojos fijos en el océano.

—¿Qué? Ños... ¿Por qué querría hacer eso? —preguntó Airam, haciendo un aspaviento ante la hipotética insinuación.

—Yeray me lo propuso muchas veces —explicó ella para justificarse.

—Pues yo no iba por ahí —aseguró él.

—¿Quieres que vayamos a dar un paseo al centro comercial?, ¿juntos? —
Reaccionó extrañada ante la propuesta.

—Sí, por hacer algo... Ya te lo he dicho; aún es pronto —explicó el

chico, temiendo que ella vieras sus intenciones reales y no lo tomara bien—. Casi acabas de llegar, podemos hacer algo para que te cunda más la tarde.

—Bueno... —asintió, no sin ciertas dudas.

Con impulso, Airam se puso en pie antes de que la chica reconsiderara su respuesta y se apartó la arena adherida a su piel y bañador con la mano. Gara se quitó el mono de neopreno y se puso la ropa seca que había guardado en la mochila, pero Airam se quedó con el bañador que seguía húmedo y tan solo se enfundó una camiseta de tirantes. Y, con las pequeñas tablas bajo el brazo, se encaminaron al Centro Comercial Las Terrazas, que lindaba con aquella solitaria playa.

Aquella gran superficie comercial estaba diseñada para que se pudiera pasear por ella de un comercio a otro al aire libre, dado el buen clima de la isla que permitía disfrutar de agradables temperaturas la mayor parte de los días. Incluso el auditorio de forma semicircular, que recordaba a los teatros griegos situado en el centro de la infraestructura, decorado con piezas desiguales de cerámica blanca, tampoco estaba techado. Aquel día de buen clima había una gran cantidad de clientes y visitantes que recorrían los paseos de una tienda a otra o llenaban las mesas de las terrazas de los diversos locales de restauración. Como Airam no tenía ningún otro interés que alargar el tiempo para estar con Gara, propuso tomar un helado y recorrer el lugar sin

prisa, a lo que la joven aceptó, manteniendo aún el desconcierto que le impedía poder demostrar por completo lo mucho que esa idea le gustaba. Las miradas, un poco esquivas entre ambos se repitieron mientras esperaban a ser atendidos, aquella dinámica era nueva para los dos y el nerviosismo que sentían era difícil de disimular.

Tras unos minutos un tanto incómodos, en los que solo se les ocurría hacer ciertos comentarios sobre los turistas desorientados, que no se sabía cómo habían acabado allí, Gara se fijó en la manera en que los grupos de chicas de su edad miraban a Airam al pasar y, aunque no le sorprendía para nada porque podía entenderlas perfectamente, se sintió contrariada por el poco disimulo que mostraban. No negaba que resultaba difícil no quedarse mirándole sin pensar, llamaba la atención allá dónde fuera por su altura y constitución musculosa, sobre todo ese día, pues la holgada camiseta que lucía permitía apreciar sus brazos y parte de su torso, donde no había músculo que no se marcara de forma definida; bíceps, tríceps, pectoral... Apenas quedaba nada de ese niño bajito al que Gara llamaba “piojo” cuando se peleaban. Ahora era él quien la sacaba medio palmo de altura y la observaba con sus ojos de un imposible gris desde lo alto, resultando tan imponente como atrayente, al menos para ella. Gara jamás lo reconocería a viva voz, pero Airam era el chico más guapo que había visto, sus fuertes mandíbulas enmarcaban su atractivo rostro de finos labios, recta nariz y

marcados pómulos, que parecían cincelados con arte. Quedarse mirándole embobada era lo más natural para ella, aunque se obligaba a no hacerlo para no actuar como el resto de chicas que sucumbían sin reparos a sus encantos. Apenas le miraba por unos segundos, apartando los ojos en cuanto él se volvía hacia ella, temerosa de que percibiera qué pensamientos cruzaban su cabeza.

—Te estas dejando el pelo largo, me acabo de dar cuenta —dijo Airam al cruzar sus ojos con ella. La chica asintió y dio un lametón a la bola de polvito uruguayo de su cucurucho, apartando la vista de él—. ¿No es incómodo? Sobre todo ahora; mojado.

—Tú llevas los bajos chorreando, así que no sé qué es peor... —comentó ella, lanzando una mirada a su bañador.

—No es igual..., supongo, pero te queda bien...

Gara le miró sorprendida, frenando sus pasos. Aquellas últimas palabras se podían considerar casi un piropo, que, viniendo de boca de Airam, resultaba desconcertante, aunque toda aquella conversación lo había sido si se paraba a pensarlo, pues cada frase pronunciada resultaba absurda. Sin dudar, el chico se detuvo frente a ella y jaló con rapidez un mechón húmedo del cabello oscuro de ella, que lo había dejado suelto para que se secara al viento.

—Entonces..., ¿me avisas si vas a mirar algo de surf esta semana? —

comentó jugueteando con el cabello entre sus dedos. Sin poder evitarlo, el rubor subió hasta las mejillas de Gara, que era incapaz de aguantarle la mirada. Y, aunque novedosa, la sensación que experimentó Airam en ese momento fue agradable—. Vivo al lado del Decathlon, te puedo acompañar.

—Eh... Sí, sí... claro. Me paso seguro. Y si te apuntas a escalar el próximo *finde*, iremos a un rocódromo en Las Palmas, está genial — respondió Gara intentado mostrar el tono distendido que siempre tenía ante Airam.

—Tengo el hombro un poco tocado... Seguro que te picarías conmigo y no tendría gracia, porque no podría estar a tu nivel —comentó él, soltando el cabello de la chica y llevándose la mano al hombro lesionado—. Así que, si cambias de opinión o quieres hacer otra cosa... avísame.

Gara asintió, volviendo a centrarse en su helado de polvito uruguayo para disimular que no sabía cómo responder a las palabras de Airam. El chico no se estaba comportando de la manera habitual, pero, aunque resultaba desconcertante, la joven no podía afirmar que aquello le molestara, más bien todo lo contrario. De regreso a su casa ambos tuvieron pensamientos semejantes, deseando que el paso del tiempo se hiciera más lento o se detuviera por completo, para poder disfrutar todo lo posible de la absurda conversación que mantuvieron hasta tener que separarse.

6 minutos

La forma en que Airam la mira irrita muchísimo a Gara. Los ojos de la chica se han habituado a la oscuridad reinante y puede apreciar levemente los rasgos y, por lo tanto, también los gestos de él.

—Tú no eres quién para recriminarme nada, si hice algo injusto no fue a ti precisamente —dice entonces ella, dejando apreciar la rabia contenida en cada nota de su voz.

—Pensaba que no te arrepentías, que no lo habías hecho por mero despecho...

—¿Despecho? ¿Despecho yo de qué? —pregunta airada, encarándose a Airam y dando un paso adelante.

—Pensando que no me gustabas, mi niña, porque tú ya estabas loca por mí —suelta el chico, enfrentando a Gara y quedando a pocos centímetros de su rostro.

—Más quisieras —replica ella, mostrando su orgullo sin apartarse un

ápice de Airam, pese a que su cercanía le pone nerviosa—. Lo único que sentía entonces era que podías no ser un auténtico chaflameja... y me equivoqué.

—¡Ja! —repite él, tan cerca de su cara que Gara puede sentir su aliento en los labios.

Agitada, da un paso atrás y se apoya en la pared del armario, poniendo toda la distancia posible entre ambos. Sin pensar, comprueba la hora en su móvil, que ha mantenido agarrado en la mano en todo momento, soltando un fuerte resoplido al comprobar que tan solo había pasado poco más de un minuto de tiempo. «Que razón tiene aquel dicho que afirma que el tiempo pasa volando al disfrutar y se estanca de suceder lo contrario», no puede evitar pensar.

—Yo actué así porque quería estar contigo —suelta entonces Airam con un tono con cariz a derrota impropio de él.

Gara solo gira la cabeza intentando ignorarle, aunque en el fondo sabe que el chico está siendo sincero, y por ello nota como la coraza con la que ha intentado protegerse se desquebraja y, entre las fisuras, brotan unas sensaciones contradictorias que ya ha sentido en el pasado. Una mezcla de miedo y esperanza comienza a invadirla igual que años atrás. Como tras aquel domingo surfeando, cuando los pensamientos de Gara respecto a Airam

se tornaron tan confusos en algunas cosas como claros en otras. La joven seguía desconcertada por la actitud de él, pero tenía claro que, muy a su pesar, lo que despertaba Airam en ella era algo genuino, que no podía controlar y, por raro que resultase, le gustaba e ilusionaba.

No dudó en quedar con él para ir a mirar material deportivo, sin avisar a Aythami, que solía acompañarla. En aquella ocasión quería estar a solas con Airam, y esperaba que él tampoco se lo hubiera dicho a nadie más. Encontrarle esperando en solitario junto a las grandes puertas de cristal del gran almacén de material deportivo la agitó por dentro como despertarse una mañana de cumpleaños.

—Ya que estamos, voy a dejar el currículum, me vendría bien el trabajo para verano —comentó Gara al ver como Airam observaba con curiosidad la hoja que llevaba en la mano al llegar a su lado, en la entrada de la tienda.

—Es un buen sitio para trabajar.

—Ños... Si trabajamos juntos me suicido —soltó Gara sin pensar—. Ya te veo demasiado...

—No des por sentado que te van a aceptar, trae mala suerte —fue la única respuesta de Airam, que no replicó a su ataque.

Tras dejar su currículum en el mostrador a una de las trabajadoras vestida de azul que le deseo suerte, Gara siguió a Airam a la zona de deportes de olas

y playa, donde estuvieron comparando los trajes de neopreno y echando una ojeada a las tablas. Dejándose llevar por el interés que les generaba todo lo que ofrecía la gran superficie, recorrieron el resto de pasillos con curiosidad.

—¿Por qué nunca has estado en un equipo o algo así? —preguntó Airam mientras comprobaban la dureza de los balones de fútbol expuestos.

—Los que encontré estaban lejos, apuntarme a algún equipo o escuela requiere compromiso y mi padre... entre el trabajo y mis hermanos, pues no podía...

Gara no dio más explicaciones y Airam no insistió, no conocía a fondo la historia de la chica, al menos no de su boca. Tan solo sabía que era huérfana de madre y tenía un par de hermanos gemelos que aún estaban en primaria. Había escuchado que su madre había fallecido hacía unos años, pero jamás había preguntado sobre ello, porque pensaba que Gara no deseaba que nadie sintiera lástima por ella. De lo único que estaba seguro era de que ella y su padre estaban muy unidos, pues hasta hacía poco tiempo él siempre la acompañaba a los partidos de fútbol. Gara no estaba oficialmente en el equipo del colegio por ser este masculino, pero participaba en los entrenamientos y partidos amistosos.

—¿Y hacer otro deporte? Digo en serio, intentar ser profesional — cuestionó tras unos segundos pensativos.

—No sé... —Negó con la cabeza, pero tras unos segundos pensando volvió a tomar la palabra—. No me gustaba centrarme solo en un deporte. Aunque durante un tiempo pensé en entrenar por mi cuenta, hacer atletismo y aspirar a ser olímpica incluso, pero le cogí manía al atletismo.

—¿Por qué? Eras y eres la mejor. Recuerdo el día de las tres carreras, yo gané una y ni sé en qué posición quedé en el resto, pero tú... Tú fuiste la segunda en todas, nos barriste...

—Sí, siempre era la mejor, pero nunca me sentí así. Era la mejor de las chicas... Me frustraba mucho no llegar a las marcas masculinas, no sentirme el mejor atleta, no sé si me explico.

»Creo que por eso ahora me gusta más la escalada o el surf, somos el entorno y yo, compito conmigo únicamente, pero es un eterno reto, constante. Y que, como te he dicho, me gustan muchos deportes, no me gusta la idea de centrarme en uno solo.

Airam la escuchó con atención, sin tener que disimular para quedarse mirándola todo el rato. Aunque no compartía los sentimientos de Gara, sí que podía llegar a entender lo que quería decir, sin embargo, mientras la joven hablaba él no pudo evitar fijarse con atención en los rasgos de su rostro; unas finas cejas bajo las que resaltaban sus grandes y expresivos ojos oscuros, los redondeados pómulos que enmarcaban la pequeña y respingona nariz y los

carnosos labios húmedos que le parecían increíblemente deseables en aquel momento, en el que tuvo que admitir que, cuando no se mostraba enfadada, Gara tenía unas facciones muy dulces.

—Sé lo que quieres decir —apuntó Airam con una sonrisa que reflejaba que la comprendía perfectamente, sin dejar de mirarla—. Cuando era pequeño, cuando las olimpiadas de Atenas, creo que eran, imaginaba que yo de mayor ganaba en todos los deportes.

—¡Yo también hacía eso! Traía locos a mis padres, saltando, corriendo y trepando por toda la casa y el parque... Recuerdo que ese año se habló mucho de que si el ajedrez debía ser deporte olímpico y yo solía imaginar que ganaba todas las medallas menos esa, y le decía a la prensa que lo había hecho a propósito para no agobiarme —recordó Gara divertida, haciendo reír a Airam.

—Yo también fingía que me entrevistaban —reconoció el chico, sonriendo con complicidad.

—¿Y aún lo tienes en mente? Aunque no soportase trabajar contigo, te animaría si fueras un deportista profesional. Excepto si jugaras contra la Unión Deportiva, claro —apuntó con comicidad.

—Eso que has dicho antes de que un día te diste cuenta de algo y todo cambió... Creo que me ha pasado... No así, claro, pero parecido. Pienso en

jugar al fútbol en serio y me agobio. Pienso que vería jugar como veo ir a clase, que es algo que tengo que hacer...

—Pero es algo que te gusta, ¿qué mejor que trabajar en algo que te gusta?

—Si tienes la obligación de tener que hacer algo lo dejas de disfrutar. Y, además, no soy tan bueno, mi niña, solo soy mejor que tú —apuntó con gracia, dando un paso atrás de manera refleja para alejarse de Gara, convencido que le intentaría golpear, cosa que, por supuesto, hizo.

Continuaron recorriendo los pasillos de las diferentes modalidades deportivas, hasta llegar a la zona de danza y *ballet*, donde Gara se acercó a los *maillots*, apreciando la delicadeza de la prenda.

—Esto sí que no te pega —afirmó Airam a su espalda.

—Pues hice *ballet*, solo que no aguanté más de una semana, para decepción de mi madre... Es cierto que no es lo mío, pero no deja de ser bonito.

Airam se quedó callado, que él recordase, era la primera vez que Gara le hablaba de su madre. La joven se giró para seguir recorriendo el pasillo. Se la notaba alicaída, incluso estando a su espalda, Airam podía percibir que su ánimo había quedado entristecido. Sin saber bien qué decir para apartar los pensamientos que Gara tuviera revoloteando en su cabeza, se aproximó a ella con rapidez y la tomó de las caderas, impulsándola hacia arriba con ímpetu.

—¡¡Ahhh!! —gritó sorprendida y un tanto asustada al ascender del suelo
—. ¡¿Qué haces, chacho?!

—Comprobar si realmente no es lo tuyo —adujo la primera excusa que se le ocurrió para justificar su comportamiento, aferrando con seguridad la cintura de la joven entre sus manos—. Tranquila, que no te suelto. Haz algo...

—¿Algo como qué? —preguntó alarmada, agarrando por instinto los brazos de Airam para no caer, notando la fuerza y dureza de los músculos que la sostenían en el aire.

—Yo qué sé, lo que hagan las muchachas estas...

Gara movió las piernas sin ningún desparpajo, pero llamando la atención del resto de compradores que tenía cerca, sabiendo que resultaba ridícula, pero sin poder evitar reírse, nerviosa.

—Al suelo —avisó Airam. Antes de soltarla la acercó a su cuerpo, apreciando la calidez del de ella por la cercanía y reprimiendo el deseo de no soltarla y retenerla junto a él, entre sus brazos, todo lo que le fuera posible.

—Estás zumbado... —dijo Gara al tener los pies en el suelo. Girándose hacia él con una amplia sonrisa y dando un paso atrás para lograr estabilidad, se alejó de Airam, escapando de entre sus brazos sin ni siquiera darse cuenta.

—Tienes razón, no es lo tuyo... parecías una gallina en lugar de un cisne
—declaró riendo para cubrir así el rastro del rubor que debía tener su rostro.

Mirándole fijamente, Gara dejó de reír y se giró sobre los talones, caminando decidida hasta salir del pasillo y desconcertando a Airam, que temió haberla molestado profundamente, ya que intuía que ella relacionaba el *ballet* con su madre.

—Ños... ¡Gara, escucha! —Fue tras ella—. No quería...

—¡Retira tus palabras o muere! —Saltó tras la esquina del pasillo, blandiendo una *katana* de madera que había tomado de la sección de *kendo*.

—¿Qué haces? —La esquivó gracias a sus reflejos y, sin esperar una respuesta, fue en busca de otra arma con la que defenderse.

El resto de compradores seguían observándoles, entre divertidos y perplejos, mientras luchaban como niños entre el mobiliario de la tienda *katana* en mano, hasta que un trabajador, que lucía una chapa con el cargo de encargado en el polo azul de su uniforme, les invitó a dejar de dar el espectáculo y abandonar el establecimiento.

—Creo que me voy olvidando de que me llamen para una entrevista de trabajo —comentó Gara al salir de la tienda, pero sin perder el aire jovial tras el buen rato que había pasado allí dentro.

—Ellos se lo pierden. Podrías haber sido una gran vendedora de tutús; solo tenías que decirle a cualquiera que tenga un pizco^[6] más de gracia que tú que tiene talento.

—Todavía estoy a tiempo de comprar esa *katana* y usarla —lo amenazó señalándole con el índice.

—Mi niña, no sabes usarla —apuntó Airam.

—Y por eso mismo deberías temerme —aseguró ella.

—Touché.

—Eso es de esgrima... —replicó, aunque con una sonrisa cordial a la que Airam respondió con el mismo gesto.

—¿Tienes que coger la guagua^[7]? —preguntó a la chica, señalando la parada que había a unos cientos de metros.

—El caso es que vine andando y pensaba volver igual —respondió ella.

—Entonces te acompaño y pillo la que para cerca de tu casa de vuelta —propuso despreocupado, comenzando a caminar en dirección a la vivienda de la chica.

Durante el paseo, Gara no podía quitarse de la cabeza el momento en que Airam la había levantado del suelo, recordando la sensación de tener sus fuertes manos aferradas a la cintura y cómo se habían deslizado por sus

costados antes de soltarla, quedando por unos segundos pegado a su espalda. Esa tarde, pese a que seguía viendo en él al chico que tan bien conocía, sentía que había descubierto algo nuevo y que le gustaba mucho más en él.

Algo semejante le ocurría al chico, que no podía evitar lanzar constantes miradas a Gara, acompañadas con una sonrisa un poco nerviosa.

Apenas hablaron más que de tonterías hasta llegar al edificio donde residía la joven, a pesar de que ambos pensaban algo interesante que decir los nervios les traicionaban.

—Oye, Gara... Muchas veces fuiste el mejor atleta —dijo Airam antes de despedirse para encaminarse hacia la parada de la guagua.

Caminó sin mirar atrás, pero sintiéndose igual de bien que tras ganar un partido por goleada. Estaba convencido de que, si Gara se hubiera sentido incómoda, le habría dado un buen rodillazo en la entrepierna y si no había sido así, era porque a ella le había gustado estar a su lado tanto como a él.

La chica sonrió viéndole alejarse, sabiendo que su rostro debía ser tan transparente como los de las chicas que observaban a Airam en el centro comercial, ya que no podía dejar de sonreír ni siquiera al abrir la puerta y perderse en el interior del edificio. Algo había cambiado entre ellos, algo pasaba entre ellos, de eso estaba convencida. De hecho, estaba tan segura de ello que no dudó en hablar con Aythami del tema. Sabía que podría mirarla

raro, pero él seguramente contaría con más información que ella respecto a lo que le pasaba por la cabeza a Airam.

—Oye, ¿es verdad eso de que en los vestuarios de chicos hablan de chicas? —preguntó con cierta cautela cuando tomaron asiento en la guagua que los llevaba del instituto a casa. Tenía confianza de sobra con su mejor amigo, pero el tema era delicado y, en parte, le daba un poco de pudor confesar plenamente lo que estaba sintiendo por Airam.

—No preguntes esas cosas, mi niña. En los vestuarios se dice de todo, y te aseguro que la mayoría es mejor no saberlo —respondió tras acomodarse en el asiento de al lado.

—Solo sentía curiosidad por si también hablan de mí —comentó Gara con el tono más inocente que podía mostrar.

—Eso es lo que menos tienes que saber —aseveró el chico con rotundidad.

—Oh, venga... ¿Algún chico ha dicho algo de mí? —insistió.

—¿Te interesa la opinión de alguno en particular? —cuestionó, intrigado por el interés de su amiga.

—No... Bueno... —intentó disimular.

—Te aseguro que las cosas que se dicen no son halagos, en realidad. Yo

siempre intento que te mantengan al margen, igual que hace Airam. Para nosotros eres uno más, y es raro que digan cosas...

—¿Tú... y Airam? ¿Airam qué dice de mí? —lo interrogó sin ser capaz de disimular su interés.

—Aunque no te lo creas, no dice nada malo, solo que eres uno más, que eres como un chico y que verte de otra manera es algo antinatural —declaró, sin saber que esas palabras cayeron como un jarro de agua helada sobre su amiga—. Es lo mejor, los gemelos son unos cerdos...

—Lo sé —dijo ella con la moral por los suelos—. Pensaba que Airam solo decía esas cosas de broma y para molestarme, como siempre... No que lo pensaba de verdad.

—Pues lo hace. Ya ha dejado las chiquilladas de hace años y para él eres una amiga con todas las letras, ya te digo; como *uno* más. Es el que más se une a mí cuando les pido que paren... Pero tampoco te asustes, no dicen cosas malas... Son solo, bueno..., bromas entre tíos...

Gara dejó de prestar atención a su amigo en algún punto de su explicación. Había escuchado más que de sobra para sentir que su pecho se había desinflado por completo. Tenía tan poco ánimo que ni se planteó a qué había venido entonces el comportamiento de Airam las últimas veces que habían estado juntos si la veía como a un amigo más, aunque al pensar en ello

a partir de ese momento solo era capaz de recordar los comentarios que él había hecho y avalaban que no la veía como a una chica, como cuando afirmó que el *ballet* no le pegaba en absoluto, dejando de ser tan agradable recordar esos momentos pasados junto a él. No estaba acostumbrada a experimentar algo como lo que vivía en aquella situación, para lo que no tenía un nombre y que no sabía cómo gestionar. No era una chica que se rindiera con facilidad, pero ¿cómo podía luchar contra la opinión de Airam? No se le ocurría una manera de demostrarle que ella no era un amigo más, no sin dejar de ser ella misma. Esa frustrante sensación la acompañó por días, siendo el motivo principal de que evitara a Airam todo lo posible y rehuyera pasar tiempo con él. Centrarse en los exámenes finales antes de verano fue el pretexto para ignorarle en el instituto, y dejar de acudir a la playa prefiriendo hacer cualquier otra actividad fue su coartada para tampoco coincidir con él hasta el final de curso.

El final de las clases prácticamente coincidía con la celebración de San Juan, la noche más corta del año y festividad patronal de Telde, el municipio donde la mayoría de compañeros de clase vivían. Resultaba imposible no acudir a la celebración porque, sencillamente, no había una excusa aceptable para ello.

Como era la tradición, habían acudido a la playa de La Garita, que se encontraba abarrotada de vecinos y visitantes celebrando la mágica noche a la

orilla del Atlántico. Las hogueras encendidas, las bebidas frías y las pocas horas que duraría la noche eran los elementos que hacían que esa velada de principios de verano siempre resultara inolvidable.

Al contrario que el resto de sus compañeras, Gara no había elegido para aquella noche un biquini llamativo, con adornos de fantasía o incluso lentejuelas, ella vestía el neopreno que usaba para surfear y con el que podría bañarse sin pasar tanto frío, incluso durante la madrugada. Al reconocerla con facilidad entre sus amigos nada más llegar, Airam fue incapaz de disimular la sonrisa que se formó en sus labios. Sin embargo, al igual que había estado actuando en las semanas anteriores, Gara lo evitó, rehuyéndole sin apenas disimulo; si le veía de pie al lado de la pequeña hoguera que habían encendido, la rodeaba por el lado contrario y se alejaba en cuanto le notaba aproximarse.

Por mucho que el chico quisiera convencerse de que aquello era casual, ya no podía engañarse más. Resultaba evidente que ella lo evitaba, pero, sin tener un motivo para pensar que fuera por algo malo, Airam supuso que debía sentirse cohibida, como él algunas veces había estado al comprender lo que sentía hacia ella. Con esa creencia, tomó la decisión de forzar a Gara a hablar con él y romper la distancia que interponía entre ambos. Armado de seguridad, cogió un par de pistolas de agua (que eran más bien subfusiles de asalto hechos en plástico barato por su estructura y largo alcance) que habían

traído los gemelos y se encaminó hacia Gara, que se estaba secando con la toalla tras darse un chapuzón con Aythami.

—Vamos a acribillar a las chicas, ninguna se anima a bañarse —dijo sorprendiéndola por la espalda, tendiéndole una de las armas de juguete.

Gara lo miró desconcertada al principio, le había perdido de vista al ir a bañarse y encontrarlo a su espalda era lo último que deseaba. Sin embargo, tras reparar en sus palabras y sobreponerse al poder que aquellos ojos grises tenían desde hacía un tiempo para ella, un sentimiento de rabia le subió desde la boca del estómago, siendo visible en su cambio de gesto.

—¿Ninguna? ¿Es que no ves que acabo de salir del agua...? En serio, ¿qué problema tienes? —cuestionó con rudeza, dando un manotazo a la pistola que le ofrecía.

—¿Yo? ¿Qué problema tienes tú? —preguntó contrariado.

Airam lanzó una mirada interrogativa a Aythami ante la reacción de la chica, puesto que no entendía qué mosca le había picado, pero el rubio tan solo se encogió de hombros, igual de sorprendido que su amigo.

—Tú eres mi problema; apártate y estaré de maravilla —determinó antes de alejarse a grandes zancadas, llevando la toalla alrededor de los hombros.

Todos sus amigos habían observado la discusión, aunque no con

demasiada sorpresa; que ellos dos discutieran no era nada novedoso o inusual. Pero Gara percibió como Miriam y otras chicas cuchicheaban entre ellas mientras le lanzaban miradas críticas sin un ápice de disimulo, así que se alejó todo lo posible hasta el extremo norte de la playa y trepó por las negras rocas volcánicas que bordeaban la extensión de arena oscura.

Desde aquel lugar y envuelta en su toalla, se quedó observando el océano e ignorando el griterío y jaleo que la rodeaba, evadiéndose del mundo por unos momentos. Sabía que Aythami iría a ver cómo se encontraba en un rato, cuando estuviera más calmada. Necesitaba tiempo para sosegar y su amigo lo sabía, la conocía de sobra y por ello le daría el espacio necesario para que pensara en lo que acababa de suceder.

La contrariedad que Airam la generaba le hacía perder el control de su propio temperamento y, aunque, en su opinión tenía sobrados motivos para actuar como lo había hecho, se lamentaba de que todos sus amigos hubieran sido testigos de aquella reacción.

—La noche de San Juan nos tiene a todos alterados. —Escuchó Gara tras de sí.

La joven se volteó sorprendida, descubriendo cómo por las rocas que estaban a su espalda Alexis ascendía hasta llegar a su lado.

—Airam me agota los nervios —declaró como excusa.

—No eres la única —respondió el chico con una sonrisa afable, tomando asiento a su lado—. Pero creo que era lo que quería. Miriam, Idaira y las otras ya estaban consolándole...

Aquel comentario aumentó el malestar de Gara, que soltó un bufido apartando la vista hacia el océano. Alexis imaginó que aquella reacción se debía a la mala relación que Gara tenía con el resto de chicas, ya que la joven permaneció callada.

—Oye, si quieres... No sé... No hace falta que volvamos, podemos irnos por libre... —propuso.

—No, da igual —negó para no impedir que su amigo desperdiciara aquella noche de fiesta.

—De verdad que no me importa, me gusta estar contigo..., mucho más que estar con el resto —se lanzó a confesar.

—A mí también, claro.

Alexis se acercó un palmo más hacia Gara, obligándose a mirarla directamente antes de hablar. Ella también le miró, percibiendo el nerviosismo que destilaban aquellos ojos pardos que en aquel momento le recordaron a los de un cachorro deseoso de ganarse el afecto de un amo.

—Ya..., bueno... Lo que quiero decir es que me gusta más, tú me gustas

más... —Al entender sus palabras, Gara quedó aún más confusa que segundos antes y susurró las palabras dichas por Alexis para sí misma—. Sé que somos amigos, pero... no te veo como a uno más, para nada.

Esa última frase cautivó a la joven profundamente. Si Alexis no hubiera dicho esas últimas palabras todo habría ocurrido de forma diferente, pero lo hizo y la joven dibujó una sonrisa de satisfacción en su rostro. Aquella reacción emocionada alentó a Alexis para acortar la distancia que lo separaba de Gara e inclinarse a sus labios antes de que ella entendiera qué estaba sucediendo.

En la playa, caminando hacia las rocas, Aythami identificó a Gara rodeada por los brazos de Alexis, que se inclinaba a sus labios, imagen que hizo parpadear al joven un par de veces al parecerle una escena inverosímil. Hubiera apostado por que ella se apartaría y golpearía con fuerza a Alexis en la cara, pero habría perdido, pues Gara no se apartó, al contrario, devolvió el beso a su amigo sin el menor atisbo de desagrado.

Sin embargo, si había algo de lo que Gara se arrepentía profundamente encerrada en aquel armario, pasados los años de aquella noche de San Juan, era de haber correspondido a aquel beso y todo lo que ocurrió después.

—Solo tenías que haberme dicho eso: que te gustaba, y nada de aquello hubiera pasado —declara Gara con tristeza.

—Tú también podías haberlo hecho... Me dejaste de hablar casi de repente, solo porque Aythami te dijo un par de chismes —no duda en defenderse Airam.

—No eran chismes, decías aquellas cosas de mí, yo misma te las escuché decir —contrataca Gara con la misma decisión, sin dejar de apoyarse en la pared con los brazos cruzados contra el pecho.

—¡Ya te dije que sentía haber sido así! —suelta Airam, cansado de que Gara le machaque con todos los errores que cometió años atrás—. Pero... tú cambiaste sin que hiciera nada, sin decirme nada...

—Era y es imposible hablar contigo, aquí tienes el ejemplo.

Airam toma aire decidido a soltar su réplica, pero las palabras no llegan a salir. «Discutir por esto es absurdo», piensa, temiendo estar perdiendo el poco tiempo que tiene para hablar con Gara con cosas que no llevan a ningún lado y en las que él sale perdiendo, porque aquel verano previo a comenzar bachiller no actuó de la mejor manera.

Airam no se tomó nada bien la noticia de que Gara y Alexis estaban juntos. No le dijo nada a nadie, pero por dentro estaba furioso. En primer lugar, porque no entendía el motivo por el que ella había pasado semanas evitándolo y enfadándose con él cuando intentaba algún tipo de acercamiento, sobre todo, después de haberlo pasado tan bien con ella la

última vez que pudieron verse a solas. Y, segundo, porque sus temores se habían cumplido y otra persona había logrado algo que él deseaba, aun en secreto, más que nada.

Gestionar algo como aquello le resultaba muy complicado, tenía que presenciar cómo Gara mostraba una faceta más cariñosa y tierna de lo que había manifestado hasta la fecha, atragantándose con la evidente verdad de que él quería haber sido quien descubriera de primera mano esa parte oculta de su personalidad. Contener su ira le resultaba casi imposible. Aquellos meses de verano supusieron para Airam los más largos e insufribles de su vida.

El chico se mostraba siempre molesto y a la mínima ocasión que tenía hacía algún comentario donde constataba que, para él, Gara no era una chica en realidad, lo que más que enfadarla la hería, hasta que un día la chica terminó explotando y discutiendo como hacía tiempo que ambos no lo hacían.

Habían ido a la tranquila playa de El Barranquillo junto con una docena de compañeros del instituto para poder disfrutar de un día de sol y olas. Airam ya había soltado unos cuantos comentarios cuando habían estado jugando a las palas, apuntando que Gara debería estar en su equipo por ir chicos contra chicas, pero la joven se había mordido la lengua en esa ocasión.

No obstante, un rato después, mientras hablaba con Alexis planeando qué hacer durante el fin de semana no pudo controlarse.

—Te dije lo de la boda de mi prima, es en el sur así que llegaré tarde —explicó la chica sentada sobre su toalla, excusándose por no poder quedar el sábado.

—¿Y no puedes pasar de ir? —insistió Alexis.

—Ojalá, estoy segura de que me pondrán en la mesa de los niños y no haré más que vigilar que mis hermanos no se maten entre ellos. ¡Odio las bodas! —confesó ella—. No sé por qué la gente no va a firmar un papel y ya...

—Yo, si un día me caso, creo que solo avisaría a la familia y poco más —comentó su novio—; una celebración tranquila.

—Ños... Ni eso, son una pesadilla —repitió Gara, tumbándose sobre la toalla.

—Con lo que ha costado que dos hombres se puedan casar y tú no lo quieres celebrar —soltó Airam con tono jactancioso.

Alexis lo miró con malestar, pero si pensó responder, no tuvo oportunidad ante la reacción airada de Gara, que se incorporó y tomando un puñado de oscura arena de restos volcánicos se la lanzó a Airam a la cara.

—¡Eres un *tontopolla*^[8]! ¿A ti quién te ha dado vela?, ¿o he preguntado tu opinión acaso? —lo abroncó ella poniéndose en pie—. No sé qué maldito problema tienes ni me importa, pero deja de decirme mierdas; me dan igual, no me importa tu opinión ni lo que piensas de mí.

Mientras Airam intentaba escupir la arena que se le había metido en la boca, aún sorprendido con la colérica reacción de Gara, varias compañeras de clase acudieron a ver cómo estaba, era bastante admirado entre ellas y nunca faltaban chicas revoloteando a su alrededor.

Ella tomó su toalla y su mochila para alejarse del grupo.

—Está loca, siempre ha tenido prontos violentos de estos. —Escuchó que decía Miriam con tono claro.

Alexis fue tras su novia, que se alejaba de la playa con paso decidido. Por fortuna una de las primeras cosas que había hecho el chico al cumplir los dieciséis años, la anterior primavera, era sacarse el carnet de moto para poder usar la Honda de su hermano mayor, y no dudó en proponerle a su novia irse de la playa a dar una vuelta. Sin despedirse ni siquiera de Aythami, Gara se subió en la moto decidida a marcharse, más que nada para no tener que comentar lo ocurrido. No quería hablar con nadie, ni con Aythami y aún menos con Alexis, porque si comenzaba a hablar tal vez terminara confesando lo que realmente le irritaba de la situación, que no era lo que

Airam había dicho, sino que había sido él. Si cualquier otro hubiera hecho esos mismos comentarios, Gara se habría limitado a ignorarlo, tal vez hubiera soltado una réplica hiriente, pero, como fuese, al cabo de unos minutos se le habrían olvidado. Sin embargo, que Airam no dejara de mencionar que él no la consideraba una chica y que no era capaz de verla así, le generaba un punzante dolor en el pecho, porque él era el único que quería que la viera como una chica, era el único que deseaba que la mirase como a una chica... Y sabía que no podía confesar aquello a nadie, y menos a Alexis.

No había que ser un experto en el amor ni en las relaciones de pareja para apreciar que los sentimientos entre Gara y Alexis no eran equivalentes. Gara apreciaba al chico, siempre se había sentido a gusto en su compañía, tenían muchas cosas en común y no podía decir que encontrase un gran defecto en su forma de ser o físicamente, pues era bastante atractivo; fuerte, aunque delgado, y un poco más alto que ella, con una sonrisa cálida al igual que sus ojos y, sin embargo, le costaba corresponder a sus sentimientos. Siempre se obligaba a dedicarle gestos de cariño, pero dejarse llevar cuando estaban a solas le suponía por completo un imposible. Apenas había compartido más que besos, y Gara siempre alegaba alguna excusa para dar por concluidos aquellos momentos. Que fuera su primera relación le sirvió de excusa durante un par de semanas, luego comenzó a decir que debía regresar a casa, para terminar con ningún acercamiento, o directamente impedir de cualquier

forma que pudieran tener ocasión de disfrutar de un mínimo de intimidad. Ella sabía que aquello no era normal ni natural, pero tampoco encontraba un motivo para romper con Alexis; era un chico atento, divertido y muy dulce, que la mayor parte del tiempo anteponía los deseos y preferencias de Gara a los suyos, cosa que en parte irritaba un tanto a la chica. Sin embargo, ni por ello discutían, porque Alexis terminaba dando la razón a su novia y zanjando la confrontación. Además, ella sabía que si rompían nada volvería a ser como antes, y eso la asustaba. No sabía de qué forma, pero estaba convencida de que todo cambiaría, siempre había sabido eso y por culpa de la rabia que Airam le había provocado había incumplido una norma que se había autoimpuesto hacía mucho tiempo: que los amigos nunca dejaran de serlo.

Sin embargo, lo que caracteriza a lo inevitable es que, más pronto que tarde, termina sucediendo, y por ello Gara se sigue arrepintiendo de todo lo que sucedió en aquel verano desde que correspondió al beso de Alexis.

5 minutos

Un fuerte golpe en la puerta del armario sobresalta a la pareja que permanece callada frente a frente, mirándose a los ojos.

—Les quedan cinco minutos... ¿Cómo van? Airam, si aún permaneces con vida di algo, aquí fuera estamos preocupados —dice Yeray tras la puerta.

—¡Estoy bien! —responde el chico—. Estamos hablando y aclarando cosas.

—Sí, todo está quedando claro. Pienso igual que antes —contesta Gara con tono duro—. Si pensabas que algo puede cambiar, estás equivocado. Te lo he dicho al principio: me has perdido.

—Solo tienes en cuenta lo que yo hice —replica Airam—. No ves tus propios errores. Como si hubieras sido perfecta. Fuiste tú la que comenzó a salir con otro... ¿Qué querías que hiciera? ¿Eh?

—Que no te apuntases a bruto comportándote como un niño de cinco años, siempre molestándome.

—¿Hubiera servido? Nah, lo sabes. De todo eso yo no tengo la culpa — asegura con rotundidad, chascando la lengua.

—Lo sé... —confiesa ella cabizbaja, en eso no puede contradecirle.

Los recuerdos regresan a la memoria de Gara, provocando que reviva lo que desde un principio resultaba inevitable, aunque mucho peor de lo que habría temido jamás.

No coincidir con Airam era el principal objetivo de Gara cuando se sumaba o no a un plan con sus amigos. No era solo que así evitaba volver a tener un enfrentamiento con él, sino que también se abstenía de tener que ser testigo de sus coqueteos con el resto de chicas, cosa que le revolvía más aún el estómago. Usualmente salía con Alexis y con Aythami, evitando quedarse a solas con su novio todo lo posible y por ello su noviazgo parecía estar estancado y no llegar a ningún lado. Sin embargo, una parte de Gara quería que su relación mejorase. Estaba convencida de que seguir pensando en Airam era una absoluta e irritante pérdida de tiempo, y que debía poner de su parte para resarcir a Alexis por lo paciente y atento que había sido con ella. Ese fue el principal motivo para que Gara aceptase sin excusas el romántico plan de su novio para ir a contemplar la lluvia de estrellas a Agüimes, al Observatorio Astronómico de Temisas.

Las Perseidas o Lágrimas de San Lorenzo, como se conoce a la lluvia de

meteoritos que se produce anualmente a mediados de agosto, eran una excusa perfecta para disfrutar de una cita romántica para la pareja, ofreciéndoles un poco de la intimidad que normalmente Gara intentaba evitar. Alexis era un chico que solía tener esa clase de ideas, era detallista y romántico.

Aunque debía mentir a su padre, diciéndole que se quedaría en casa de Aythami jugando a la consola con otros amigos hasta la madrugada, Gara no se agobió mucho con la idea, motivada al creer que aquella velada mejoraría muchísimo su relación con Alexis y por fin podría sentirse como cualquier otra chica enamorada.

Poco antes del anochecer, Alexis recogió a su novia con su moto y juntos se encaminaron por la serpenteante carretera que ascendía por el interior de la isla hasta el observatorio, donde disfrutarían de un lugar inmejorable para el espectáculo que ofrecía la cúpula celeste aquella noche.

Gara estaba convencida de que al día siguiente todo sería diferente, y no se equivocaba, pese a que no resultó como ella tenía pensado.

Alexis parecía tenerlo todo preparado. Había llevado un par de mantas, bebidas y algo de comer en una mochila. Tenía previsto alejarse de los visitantes que acudían a aquel enclave con su mismo propósito y ver la lluvia de estrellas por libre, solo con Gara.

Buscaron un claro entre los densos árboles que rodeaban la instalación,

un poco apartados del aparcamiento donde habían estacionado la moto. Cuando encontraron un lugar que parecía perfecto, extendieron la manta y se acomodaron sobre ella, a la espera de la madrugada y de que las Perseidas fueran visibles. Alexis se acercó un poco más a su novia y la acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—Tengo otra manta, aquí suele hacer frío.

—Estoy bien —contestó Gara, intentando no demostrar su nerviosismo.

Asintiendo a su respuesta, Alexis se acercó a besarla sin perder más tiempo, titubeante en un principio, pero ganando confianza cuando ella le correspondió y se recostó sobre la manta. Nada de aquello debía contrariarla, sabía que era precisamente lo que iba a pasar y procuró relajarse.

«Es el chico más dulce del mundo, le importo, lo sé. Todo está bien. Todo irá bien», se decía mentalmente Gara a sí misma para dejarse llevar y no interrumpir los besos de Alexis. Sin embargo, no le resultaba fácil liberar su pasión, no dejaba de pensar y analizar la situación; dónde colocar la mano, cómo responder a los besos, cuándo moverse. No hacía nada por instinto, cada gesto era fruto de una pregunta mental. Y evitaba reparar en la forma en que Alexis deslizaba las manos por sus costados y buscaba su piel bajo la ropa para que no la invadieran la aprensión y los escrúpulos. Entonces, el subconsciente la traicionó...

La idea de que Airam jamás planificaría una noche romántica como aquella surgió para convencerse de que debía disfrutar con Alexis, pues no era tan básico y simple, mas la presencia de Airam invadió toda la psique de Gara y comenzó a imaginar que no era su novio quien la besaba y recorría sus curvas con deseo, sino el propio Airam. La piel de todo su cuerpo se erizó y los latidos de su corazón comenzaron a acelerarse. Todo en ella despertó, salvo su conciencia, y correspondió con una pasión nunca mostrada a cada beso, caricia y movimiento. Hasta que Alexis se separó de sus labios para mirarla, maravillado ante aquel cambio de actitud en ella, y Gara abrió los ojos volviendo a la realidad.

—Deseaba tanto que llegara esta noche —declaró el chico, provocando un sentimiento inigualable de asco en Gara, aunque no hacia él, sino por sí misma.

Alexis volvió a inclinarse hacia ella, con una sonrisa pintada en los labios que a Gara le provocó una náusea antes de rozar su boca.

—¡Para! —lo empujó con rudeza sin pensar.

Sobresaltado por aquella reacción, Alexis se apartó confuso, mirando a su novia sin entender qué le sucedía, pero Gara no dio ninguna explicación antes de incorporarse nerviosa.

—¿Qué diablos te pasa? —preguntó ante su comportamiento.

—Nada..., solo que... —Gara no sabía qué decir; si debía ser sincera o buscar una nueva excusa para que no se acercara a ella de nuevo.

—Venga, aquí nadie nos puede ver... No te alteres —alegó con voz más calmada para convencer a la chica—. Relájate.

—No puedo, no estoy cómoda... Mejor hagamos otra cosa... —propuso ella ignorando los consejos de Alexis y poniéndose en pie—. Subamos al sitio ese, desde allí todo se verá mejor. —Señaló el observatorio.

—¿Qué? Ni siquiera hay estrellas fugaces ahora, no digas tonterías — declaró él.

—Pero si vamos ahora tendremos mejores sitios. Hemos venido para eso —comentó aún nerviosa.

—Yo he venido para estar contigo —confesó, denotando la impaciencia en su voz y poniéndose también en pie. Gara no pudo ocultar su gesto de culpabilidad—. Quería que viniéramos hasta aquí con la moto para estar solos.

—¿Y no podemos hacer otra cosa que no sea morrearnos?

—No es que quiera hacer nada... No tienes que ponerte nerviosa. Solo quiero que estemos juntos. Hace dos minutos estabas bien, no hay que hacer nada más, ¿vale?

Gara asintió como un acto reflejo, sin pensar, pero no se movió, permaneciendo con los ojos clavados en Alexis y esperando un milagro que la hiciera desaparecer de allí o que el chico decidiera que era mejor buscar setas por el bosque que volver a intentar besarla. Pero supo que ninguna de esas cosas iba a suceder, y no soportaba la idea de volver a tumbarse sobre aquella manta y que Alexis la besara, porque comprendía que no había forma alguna de que le resultara agradable, a no ser que pensara en otro o, mejor dicho, que imaginara que estaba con Airam.

—No puedo... —dijo con un hilo de voz.

—Gara, en serio... —Dio un paso hacia ella.

—No, no puedo. —Rehuyó el gesto dando un paso atrás.

—¿No puedes qué? ¿Besarme? —preguntó el chico confuso, pero Gara no respondió—. ¿Gara?

—Sí, no puedo... No quiero... No me siento cómoda, ¿vale? —determinó sin mirarle, con la vista fija en el suelo.

—¿Por qué? ¿Se puede saber qué te pasa ahora? —De nuevo, Gara no respondió, sabía que cualquier respuesta empeoraría la situación—. No te entiendo, y lo he intentado... Pero esto... Esto ya... Soy yo el que no puede seguir así. Me largo...

Agarrando tanto la manta que estaba extendida por el suelo como la mochila, que se echó al hombro por la inercia al tomarla, y a grandes zancadas que denotaban su malestar, se alejó del calvero donde Gara permanecía de pie sin saber qué hacer.

Llevándose las manos a la cabeza la joven se peinó el cabello hacia atrás con los dedos, consternada. Sabía que no había forma posible de solucionar lo que acababa de suceder con Alexis, pero, por primera vez desde la noche de San Juan, ya no le importaba y tenía claro que todo lo vivido con él había sido una completa farsa y que era mucho mejor estar sola. Entonces reparó en esa evidencia: estaba sola, sola entre los árboles, a varios kilómetros de cualquier municipio y con un edificio estatal como enclave más cercano donde solo había desconocidos y sin saber cómo regresar hasta su casa.

«Eres única eligiendo momentos», se dijo al comprender que, de todas las ocasiones que había tenido para dar por zanjado su noviazgo con Alexis, había elegido el momento menos acertado. Aunque tuviera suerte y no le ocurriera nada transitando la solitaria carretera que bajaba hasta su pueblo, tardaría horas en llegar a su destino.

Pensando que sin duda el karma era el causante de que se viera en esa situación tras haber estado vacilando a Alexis a lo largo del verano, Gara emprendió el camino hasta el aparcamiento del observatorio, desde donde

descendería por la carretera. Para su sorpresa, al llegar allí descubrió que la Honda de Alexis seguía estacionada en el mismo lugar donde se habían apeado, y el joven estaba cruzado de brazos junto a ella.

—No te voy a dejar aquí en mitad de la noche. Será mejor que nos vayamos —declaró el chico.

Sin mirarla, le tendió el casco que había guardado en la mochila al sacar la manta y tras montarse arrancó el vehículo. Alexis no pidió una nueva explicación ni le hizo más preguntas. Cuando llegaron hasta el barrio de la chica, se limitó a parar la moto y esperar a que ella descendiera devolviéndole el casco sin abrir la boca y apenas dirigirle una esquiva mirada. Tal vez quedaban muchas cosas que aclarar entre ellos, pero ninguno de los dos sentía el deseo de tratarlas en ese momento. Al volver a arrancar la moto, Gara susurró un leve «lo siento» que estuvo segura de que Alexis no llegó a escuchar.

Con una sensación de malestar como no había tenido otra a lo largo de su vida, fruto de la culpabilidad y la propia recriminación, Gara necesitaba hablar con alguien, sincerarse y liberar al fin todas aquellas cuestiones que había mantenido como un secreto incluso para sí misma con el fin de que no cobraran forma y así poderse negar que fueran reales. Por ello llamó a Aythami sin plantearse si su amigo estaba dormido a aquellas horas que

rallaban la madrugada. Por suerte, no lo estaba y la acogió en su casa sin que su madre se extrañara demasiado de que Gara apareciera por allí. Seguramente la mujer pensó que huía de sus hermanos pequeños, buscando un lugar tranquilo donde poder descansar sin llantos, sin cuestionarse que hacía años que los niños habían pasado esa etapa de llorar y pasar noches en vela.

De primeras, sentada en la silla giratoria del dormitorio de su amigo, que la miraba desde la cama, Gara le explicó por encima lo que había pasado con Alexis, pero sin mencionar a Airam en ningún momento.

—Pues... A ver, mi niña, las cosas como son...

—No busques palabras amables, sé que la culpa es mía y tiene razón en sentirse molesto, no quería estar con él desde el principio —aceptó la chica.

—No te entiendo, ¿por qué saliste con él entonces?

—No lo sé... Dijo algo que quería escuchar, solo que no se lo quería escuchar a él...

»Debería estar triste, ¿no? Ahora tendría que llorar o algo por el estilo, lamentando que mi novio me haya dejado, pero soy incapaz. En realidad, siento que me he quitado un peso de encima, parecido a cuando terminaron las clases y por fin se acabaron los exámenes —se desahogó la chica, recogiendo sus piernas sobre la silla con la vista fija en el suelo porcelánico.

—No sé si me hablas a medias o yo me he vuelto corto, pero desde hace tiempo tengo la sensación de que hay algo contigo que me he perdido. No te ofendas, pero llevas un tiempo rara, desde antes de salir con Alexis —comentó Aythami, viendo en esa noche la ocasión perfecta para exponer algo que llevaba tiempo rondando en su cabeza.

—Me gusta Airam —confesó Gara, apoyando la cabeza en sus rodillas y mostrando una sonrisa resignada.

—¿Airam? ¿Airam, el piojo? —preguntó confuso su amigo, mencionando el despectivo apelativo por el que lo denominaba Gara de niña.

—Sé que no tiene sentido, pero... No sé... Yo misma me digo que es absurdo ver algo en él, pero lo veo, porque todo lo que hago es pensando en él, aunque sea para evitarlo. Cuando está no dejo de estar pendiente y cuando no está deseo que aparezca, incluso cuando pienso que no quiero verlo espero que llegue. Y no me preguntes por qué, porque en realidad es un creído y un tontolaba de libro, pero...

—Es tu alma gemela —declaró Aythami—. La verdad, si lo pienso un poco, son tal para cual. Ya sabes el dicho: los que se pelean se desean.

—No seas chiquillaje, que te meto —lo amenazó.

—No puedes, si lo haces contaré tu secreto —respondió con una pícaro sonrisa que delataba que lo que decía era un farol.

—Creo que voy a pasar de chicos un tiempo... Ser novia de alguien no es lo mío —comentó abatida—. Por suerte, la semana que viene mi padre coge vacaciones y podré alejarme de todo esto.

—Sería bueno que Alexis no te viera en unos días. Él estaba muy pillado contigo, le gustaba dar envidia.

—¿Envidia?, ¿de qué? —cuestionó la joven.

—De tener una novia como tú. Si no te conociera, hasta yo te entraría.

—Qué tú digas eso me provoca escalofríos —aseguró Gara con una mueca de repelús.

—Si quieres pasar de los tíos, hazlo, pero no tienes porqué, eres la chica que todos desearían para que fuera su novia. La combinación perfecta entre colega y pibón.

—El que me interesa no me ve como a una chica... —declaró ella con pesadumbre.

Lo sucedido esa madrugada aún resulta un recuerdo vívido en la memoria de Gara, que, pese al tiempo transcurrido e incluso más que al principio, sigue sintiéndose culpable por la forma en que engañó a Alexis, haciéndole creer que podía ser su novia cuando todo su ser estaba entregado a otra persona de manera incuestionable.

—Ya te dije que lo que pasó con Alexis es algo que tú no puedes recriminarme —se defiende Gara.

—Claro que sí, mi niña —dice con tono vacilón—. Si tú me lanzas que me metía contigo, yo te digo que saliste con otro por joderme.

—Tampoco es que te quedases a verlas venir, no perdiste el tiempo ese verano, aunque, según tú, tenías el corazón roto por mi culpa.

—No iba a quedarme a tu espera, cuando no solo estabas con otro, sino que me ladrabas en cuanto me acercaba. Cúlpame también de que no te limpiaba los zapatos con la lengua, ya que yo debía arrastrarme por tu culo.

—Yo al menos si dejé a Alexis fue por ti, solo porque él no eras tú — responde Gara, siendo más sincera y transparente de lo que suele mostrarse—. Tú solo querías estar conmigo si no había nadie más.

—Eso es mentira —asegura Airam rápidamente.

—¿Y por qué estabas con Tamara entonces? ¿Por qué no dejaste a tu novia si querías estar conmigo?

Aunque Airam abre la boca con la intención de responder a esas preguntas, la vuelve a cerrar sin pronunciar una sola palabra. Cualquier excusa que alegue no puede contradecir lo que Gara ha expuesto.

Era cierto que, aunque ella comenzó a salir con Alexis por razones

equivocadas, terminó con aquella relación sin tener ninguna esperanza de poder estar con él. Pero en su caso fue todo lo contrario; ante la idea de no poder estar con Gara, Airam decidió salir con otra: así fue como Tamara se convirtió en su propio error.

Tamara llegó a la vida de Airam con las Perseidas, la misma noche en que Gara y Alexis pusieron punto y final a su relación, como si los planetas se hubieran alineado para que los destinos de los dos nunca se llegaran a cruzar en un complot que englobaba a todo el universo. En el mismo momento en que Gara confesaba a su mejor amigo que todo había terminado con Alexis porque estaba enamorada de otro chico, Tamara y ese otro chico estaban compartiendo su primer beso en el rincón más oscuro de un portal, a unas pocas manzanas de allí.

A simple vista, Tamara era una chica increíble; largas y torneadas piernas, firmes y generosos pechos, cuerpo esbelto, facciones finas y atractivas, ojos bonitos de un tono verde azulado y una lisa cabellera con mechuras rubias que le llegaba a mitad de la espalda. Era imposible no fijarse en ella o seguirla con la vista al verla pasar. Pero, además, tenía una personalidad abierta y divertida que hacía que uno disfrutara con su compañía y no solo de su presencia.

Sin embargo, Airam no tenía intención de seguir viéndola, ni mucho

menos convertirse en su novio, pero la chica se animó a llamarlo al día siguiente para invitarlo a una fiesta y después para ir al cine con otras amigas. Airam aceptó por la insistencia de sus amigos, pues los gemelos deseaban conocer a todas las chicas posibles para aumentar sus posibilidades de ligue. Cuando se quiso dar cuenta, había pasado una semana quedando cada día con Tamara y sus amigas, para consternación de sus propias compañeras de clase. Y, de forma natural, pero sin que hubiera una petición oficial, pasaron a ser novios antes de comenzar bachillerato.

Descubrir poco después que Alexis y Gara no seguían juntos dejó contrariado a Airam, aunque no podía evitar alegrarse y desear que la chica rechazara los intentos de reconciliación de su ex, ya que Alexis mantenía la esperanza de volver con ella y no lo ocultaba. Sin embargo, en todas las ocasiones en que el chico le había propuesto volver a salir, Gara respondía lo mismo: no quería salir con nadie. Los constantes rechazos fueron acabando con las esperanzas de Alexis y, según menguaban estas, se acrecentaba su frustración y malestar.

Tras las primeras semanas de clase comenzaron a circular rumores sobre Gara y lo mojigata que era, que Aythami dedujo que provenían de Alexis, pese a que su amigo, en un principio, lo negaba.

—No me importa lo que se diga —aseguró Gara en un descanso hablando

con su amigo en el pasillo—. Que piensen lo que quieran. Hasta me viene mejor que crean eso, porque prefiero que ningún chico se fije en mí.

—Claro, por eso no vienes a jugar al fútbol, porque te da igual —apuntó Aythami, mostrando que sí le afectaban los rumores y por ellos su comportamiento era diferente.

—Eso es porque estoy más centrada en las clases, prefiero adelantar trabajo, todo cuenta ahora para la PAU.

—Si tú te lo crees..., tú misma —declaró el chico sin ocultar que no se creía su excusa.

—¡¡Hola!! —dijo una entusiasta vocecilla—. Soy Cova, la chica nueva... Estamos juntos en las optativas, ¿cómo vais?

Ambos amigos desviaron los ojos en la dirección de aquella voz, descubriendo a una joven de pálido rostro pecoso y rebelde cabello pelirrojo que los observaba con una amplia sonrisa que acentuaba su parecido a un duendecillo, para mirarse seguidamente el uno al otro sin llegar a contestar.

—Como ya he dicho, soy la nueva y además no soy de aquí, soy... ¿cómo decís vosotros? ¿Goda? Así que no conozco a nadie, pero vosotros parecéis majos y he pensado, *Ey, ¿por qué no acercarme y saludar?*

—No te llames goda a ti misma, no es algo bueno —dijo Aythami tras la

perorata de la chica.

—Eso es relativo, las cosas son como uno las tome, en cada uno está el sentirse ofendido o no por simples palabras —aseguró la chica—. Hay quién usa la palabra friki como insulto, pero para mí no lo es; yo soy una friki orgullosa y me encanta que me llamen friki.

Mientras la chica hablaba, Gara observó su apariencia y forma de vestir con más atención. El primer día se había fijado en ella solo por el llamativo tono de su salvaje cabello anaranjado y que aparentaba mucha menos edad de la que tenía a causa de su baja estatura, delgado cuerpo y poseer unos grandes e interrogativos ojos verdes, una nariz respingona y unos amplios labios eternamente sonrientes que hacían creer que se había escapado de un libro de seres fantásticos, pero eso no era lo único que llamaba la atención en ella, ni mucho menos. Los llamativos colores de la ropa que utilizaba, de aspecto *hippie* y un tanto infantil con estampados de flores y animales, la hacía destacar allí donde estaba.

—¿Sabes que eres un poco rara? —dijo Gara.

—¡Gracias! —respondió sin dudar.

Aythami soltó una gran carcajada ante aquella respuesta, que dio como resultado que la sonrisa de Cova se ampliara aún más.

—Me caes bien —confesó—. Y me gusta tú nombre, es original.

—Dijo el chico que se llama Aythami —apuntó ella—. El mío es súper tradicional. Al menos en Asturias, ¿nunca habéis escuchado hablar de la virgen de Covadonga? —Ambos negaron—. Pues es de allí, mi familia paterna es de allí, pero yo he pasado media vida en Segovia, en un internado. Mis padres están separados y..., bueno, cada uno vive en un lado y Segovia pillaba en el centro para ambos.

—¿Tus padres no viven aquí? —preguntó Gara.

—No, aquí vive mi hermana mayor. ¡Mi salvadora! —declaró—. Ella convenció a mis padres para que no estudiara bachiller en el internado. Y creo que ya os he contado mi vida.

—En el próximo descanso te contaremos la nuestra —declaró Aythami, viendo llegar por el pasillo al profesor de su siguiente asignatura.

—Me encantará escucharla —declaró antes de encaminarse a su clase.

Cova no se parecía a ninguna otra chica, ni a ninguna otra persona que Gara hubiera conocido y, por esa misma razón, la joven encontró en ella a una chica con la que se sentía cómoda y de la que podía hacerse amiga. No tenían nada en común en cuanto aficiones, pero eso les sirvió a ambas para descubrir cosas nuevas, que a la morena la tuvieron entretenida y alejada de los rumores que circulaban sobre ella y también la distrajeron del hecho de que Airam estuviera saliendo en serio con una chica de otro instituto.

Que Gara estuviera convencida de que Airam la veía como a un chico hizo que descubrir su noviazgo con Tamara; una chica perfecta y femenina, no le resultara un auténtico mazazo en el corazón, pero, aun así, le dolía verle con ella, o solo verle sabiendo que era alguien inalcanzable. Aunque nadie pudiera sospechar nada sobre sus sentimientos, porque su cercana y creciente relación con Cova diera paso a nuevos rumores pasada la Navidad.

La frustración que Alexis experimentaba porque su exnovia no quisiera volver a salir con él dio paso al rencor, acompañado de los celos que le provocaba ver a Gara siempre riendo en compañía de aquella extraña chica nueva. La unión y complicidad que se forjó entre ambas amigas para él tenía una sola explicación: no eran solo amigas, eran algo más. Esa hipótesis respondía perfectamente a la cuestión de por qué Gara siempre se había mostrado tan reticente a estar a solas con él y querer hacer algo más que darse unos pocos besos. No obstante, dar sentido a por qué su relación con Gara estaba evocada al fracaso, no fue reconfortante para Alexis, más bien todo lo contrario, pensar que su exnovia era homosexual le hizo sentir herido, llevado por un arcaico pensamiento en el que su virilidad se había puesto en duda. Y aquel malestar le llevó a cargar contra la pareja de amigas de forma visceral, atacando no solo a su exnovia, sino también a Cova, que se vio afectada de rebote cuando ella lo único que quería era tener un novio, tras pasar toda la vida estudiando en un internado solo de chicas.

—Ni pidiéndoselo a los Reyes Magos he conseguido un novio —dijo Cova llena de frustración—. Estoy desesperada... Esperaba que el que pensaran que soy lesbi atrajera a algunos chicos, aunque fuera por morbo...

Habían quedado en casa de la pelirroja para ver unas películas, y Cova y Gara se encontraban a la espera de que Aythami regresara del baño para comenzar la sesión de cine. Le habían dejado a él escoger las películas, para que quisiera apuntarse. Desde diciembre estaba saliendo con una chica que solía acapararle bastante, aunque ninguna se lo echaban en cara, porque sabían que podían contar con él para las cosas importantes.

—Siento que te salpiquen los rumores, mi niña —comentó Gara.

—Nah... Me ayuda a tener motivos para odiar a tu ex. Toda chica debe odiar al ex de su amiga, es sabido.

»Pero, de verdad, mi cuerpo necesita salsa, he pasado toda mi vida en un internado femenino, deseo desatarme. Lo necesito... —suplicó, apretando el cojín que tenía entre los brazos—. Padezco de carencia masculina y no es broma. Hace dos años me medio pillé por una compañera porque era un poco andrógina y era lo más masculino del lugar. Ahora que estoy rodeada de chicos es muy frustrante que ninguno me dé bola...

—Supongo que, si hubiera estado en tu internado, te habrías fijado en mí —comentó Gara con un deje cómico.

—¿En ti? Tú no eres masculina, tienes gustos de chico, pero nada más — aseguró Cova—. De hecho, no es ni gusto masculino, es solo mal gusto; como *Fast & Furious* y sus secuelas, son horribles.

—¿Qué dices?! ¡Son un pasote! ¿Por qué tiene tantas secuelas sino?

—*Sharknado* tiene cuatro secuelas, así que eso no es un buen alegato — defendió su postura la pelirroja.

—Me encanta *Sharknado* —apuntó Aythami, regresando del baño—. Pero *Rocky* es la mejor saga del cine.

—Bueno..., ya te lo diré —declaró Cova apretando el botón del mando para dar inicio a la primera película de la saga del boxeador de Philadelphia, que era la elegida para ver.

Los tres amigos comenzaron a ver la película en silencio. Cova solía comentar aquellas que había visto, resaltando detalles, pero en este caso no podía. Aun así, prefería ese plan, ya que era bastante patosa y detestaba acompañar a sus amigos a practicar cualquier tipo de deporte o actividad física a la que eran tan aficionados.

—Estoy viendo atractivo hasta a Stallone, en serio... creo que tengo un problema —confesó Cova a mitad de la película.

—Los ves atractivos a todos —apuntó Aythami.

—Lo sé..., pero no es mi culpa, además, los canarios mejoráis mucho la media nacional en cuanto a atractivo.

—Gracias —dijo el chico.

—De nada, puede que sea por el clima, pero lo digo completamente en serio, y de tíos buenos entiendo un rato, aunque solo la teoría, por desgracia. Yo por eso no entiendo como a esta no le gusta nadie... —dijo refiriéndose a Gara.

—¿Ya no te gusta el piojo? —preguntó Aythami mirando a su amiga.

—No —dijo Gara, sin apartar los ojos de la televisión.

—¿Quién es ese? —preguntó curiosa la pelirroja.

—Airam —dijo ella restando importancia—. El alto de ojos claros y castaño de la clase de enfrente.

—¿Hollister? —preguntó confusa, pero con las mismas sus amigos la miraron sin entender—. Es por una marca de ropa pija, tienen tiendas en Madrid y siempre le decía a mi madre de ir porque los dependientes están más buenos que el pan con hambre... Y como él también está para hacerle unos favores, pues... Como tenéis nombres tan raros me costaba acordarme al principio e iba poniendo motes a todo el mundo.

—Dijo la chica que se llamaba Covadonga —apuntó Aythami.

—Vale, no vamos a volver a discutir sobre eso, aunque en mi clase haya un chico que responde cuando le llaman como a una telenovela coreana.

—¿Eh? ¿Quién? —preguntó confusa Gara.

—¡Doramas! ¿No sabéis lo que es un dorama? —Ambos negaron—. ¿Por qué me hice vuestra amiga? Tenéis tanto que aprender del mundo...

—Dijo la chica que ha pasado 15 años en un internado —volvió a comentar Aythami.

—Esas respuestas son mías, ¡deja de copiarme! —se quejó la pelirroja—. Pero, volviendo al tema: ¿por qué ya no te gusta Hollister? ¿Y porque no me habías dicho nada?

—No te lo dije porque no me gusta. Esta muy bueno, sí, pero es simple como una piedra... Solo hay que ver la Barbie que tiene como novia —comentó Gara.

—Dijo la chica que afirmaba que ya no le gusta —comentó Cova, provocando una carcajada de Aythami.

—Déjenme en paz, nos estamos perdiendo la peli... —Les lanzó un cojín.

Ambos amigos se miraron con una sonrisa llena de complicidad, pero, conociendo a su amiga, decidieron cambiar de tema para no enfadarla más.

—¿Y no tienes a algún amigo soltero y potable para presentarme? —

preguntó Cova al rubio.

—Noah es uña y carne con Alexis y luego están los gemelos, que...

—De momento no estoy tan desesperada, aunque... Dame un par de semanas... —apuntó la pelirroja—. Aunque no me vendría mal que comentaras que me van los tíos, para aclarar.

Aythami asintió, dispuesto a ayudar a su nueva amiga a contrarrestar el tiempo pasado en el internado femenino. Pero no sirvió de mucho porque Alexis persistía y reiteraba una y otra vez que Gara y Cova eran lesbianas, por mucho que las chicas intentaran ignorarle y demostrar que les daban igual los rumores que quisiera extender sobre ellas, lo que solo servía para aumentar el malestar del muchacho, que intentaba ser más hiriente y dañino para con ellas.

Airam no sabía si confiar en aquellas habladurías que circulaban por los pasillos, aunque debía reconocer que al dúo formado durante años por Aythami y Gara se había unido cual lapa la extraña chica nueva, y parecía estar muy unida a la joven que aún acaparaba su interés de forma innata. Y es que resultaba igual que su relación con Tamara no tuviera ninguna pega (porque no la tenía), Gara seguía dentro de su cabeza. Eran numerosas las ocasiones en las que inconscientemente comparaba a su novia con su otrora rival. Era inevitable que, si Tamara le proponía pasar la tarde de un sábado en

alguno de los muchos centros comerciales de la isla, Airam pensase que, si estuviese con Gara, ese plan nunca saldría propuesto, ya que ella preferiría ir a la playa a practicar surf o hacer una ruta con las bicicletas. Pero, dado que hacía meses que apenas cruzaban más que un par de palabras, el chico se había mentalizado en pensar que imaginarse a Gara como a una novia era algo absurdo. Ella lo ignoraba y parecía muy contenta con su amiga, o lo que fuera aquella chica nueva. El único nexo que Airam tenía con Gara en aquellos momentos era Aythami, con el que seguía teniendo la misma relación amistosa de siempre, aunque este sí se mantenía más distante de Alexis.

—Thami, ¿te apuntas a ver el partido de la Unión Deportiva contra el Barça en el estadio? —preguntó Airam, pillando a su amigo en el pasillo del instituto durante un cambio de clase.

—¿A Siete Palmas?

—No, el de vuelta al Camp Nou... ¡Pues claro, chacho! —respondió—. Vamos a ir a por las entradas hoy, que si no se agotan.

—¿Quiénes se apuntaron? —cuestionó con recelo antes de contestar.

—Los de siempre, y si quieren Gara y tú... Pero me lo tiene que decir antes de terminar las clases.

—Si va Alexis paso, y Gara igual, obvio —respondió el chico, viendo el

gesto que ponía su amigo—. O le evito o le parto un día la boca, ya que no se calla.

—Solo pasa de él, son coñas —comentó Airam restando importancia—. Todos nos metemos con el resto y él solo estará resentido.

—Hace dos meses eran coñas, ahora ya se está pasando y va a hacer daño.

—¿Gara está bien? —preguntó con preocupación ante las últimas palabras de Aythami.

—Intenta pasar, pero gota a gota le cala, y no solo eso... El tontopolla me mete en medio a mí o a Cova, que ni la conoce. Es un enfermo, chacho —dijo señalándose la sien.

—Bueno, le voy a preguntar si viene seguro, y si no cuento con ustedes.

—De acuerdo.

Aquella conversación dejó a Airam preocupado por Gara. Sentía que la chica se sintiera mal por las cosas que se decían de ella, incluso a sabiendas de que él se había comportado de forma muy semejante a Alexis tiempo atrás, lamentaba que ella fuera blanco de rumores y que estos le afectaran, a pesar de la fortaleza que siempre había demostrado para ese tipo de cosas.

En cuanto confirmó que Alexis no tenía dinero para apuntarse a ir al

estadio para ver el partido contra el Fútbol Club Barcelona, Airam no perdió tiempo en buscar a Gara y hablar con ella para invitarla a acompañarlos al encuentro. Sabía que Aythami tenía clase de apoyo en matemáticas y lo más seguro era que pudiera hablar con ella a solas. Necesitaba una excusa con la que acercarse y comprobar de primera mano cómo se encontraba.

La halló de camino a la guagua, pero en compañía de Cova.

—Oye, ¿te habló Thami de lo del partido contra el Barça? Queremos ir a verlo al estadio, ¿te apuntas? —preguntó al llegar a su altura.

Un poco confusa, porque era la primera vez en meses que Airam le dirigía la palabra, Gara se detuvo y le observó unos instantes antes de responder.

—Sí, me lo ha comentado, pero no puedo...

—¿Y eso? Es contra el Barça.

—Lo sé, pero a mi padre le ha invitado un amigo, tengo que quedarme con mis hermanos —respondió apenada.

—Oh, claro, lo entiendo —asintió, vagando la vista hacia la otra chica que lo miraba con una extraña sonrisilla en los labios, pero sin saber qué más decir.

—En otra ocasión... Tal vez contra el Madrid el mes que viene —dijo

Gara a modo de despedida, comenzando a encaminarse a la parada de nuevo.

—Sí, ya... —comentó cuando se alejaba—. ¡Oye! ¿Y el finde hacen algo? Podíamos ir a Las Palmas, al rocódromo ese del que me hablaste una vez.

—¿El finde? Es San Valentín —cuestionó Gara algo confusa. Airam se quedó turbado por unos segundos, sin saber qué responder—. ¿No tienes planes con tu novia?

—No... No sé... Supongo. Pero podemos quedar otro día para escalar. Hace tiempo que no te apuntas a ningún plan, si no puedo picarme contigo pierde la gracia ser el mejor.

—Intento abrir mis horizontes y probar cosas nuevas —contestó Gara de forma enigmática.

—Eso está bien, pero... —Se quedó callado sin saber qué decir, por lo que decidió dejar de dar rodeos y hablar claro—. Podemos hacer algún plan algún día pasando de Alexis. En realidad, nos tiene un poco hartos a todos y tú también eres parte del grupo.

—Estaría bien, aunque dudo que sea buena idea. No quiero que Alexis tenga más motivos para cargar contra mí.

—Algún día se cansará —aseguró Airam con más ánimo.

—Si, eso pensaba hace unos meses... Lo mejor es que me mantenga al margen para que pueda olvidarse de mí de una vez.

—De las dos —Cova tomó la palabra por primera vez—. La gente se cree lo que dice y piensan que somos novias, y por eso no ligo nada. ¡Es horrible! Estoy por hacerme una camiseta que ponga *Me gustan las pollas*. —Se quedó pensativa un segundo, alzando la vista—. O tal vez *I love dick...*, no sé, debo pensar el diseño con más calma. ¿Quieres que haga una para ti? —preguntó a su amiga.

—No, pero te apoyaría si la llevaras —respondió Gara, sin sorprenderse de la propuesta.

—¿Lo estás diciendo en serio? —preguntó Airam desconcertado.

—Nunca lo sé —confesó Cova encogiéndose de hombros.

—Nadie lo sabe, mi niña —añadió su amiga con una sonrisa—. Bueno, gracias por proponerme lo del partido, en serio. Pero, de verdad, creo que de momento es mejor que esté más a mi aire.

—Pero, si lo que dice es mentira, deberías...

—¿Creías que era verdad? —pregunta Gara sin dejarle terminar.

—¡NO! Claro que no, solo que... Iba a decir que le digas algo.

—Eso sería peor. Que diga lo que quiera y que lo crea a quien le apetezca

—determinó la chica, girando sobre sus talones para alejarse.

Aunque Airam quiso insistir en que él no había creído ninguno de los rumores que Alexis había hecho circular, temía que ella le acusara de ser él mismo el primero que había ido diciendo falsedades sobre ella, por lo que se limitó a verla alejarse, derrotado.

4 minutos

Airam da un paso hacia Gara, con calma y una actitud sosegada, quedando cerca de ella antes de comenzar a hablar, pero no la toca. A pesar de que desea cogerla de la mano, acariciar su rostro o al menos acercarse más, se queda a un escaso palmo de ella y se inclina para hablarle con calma.

—Al principio no sabía lo que tú sentías. No creía lo que Alexis decía, pero como no me podías ni ver ¿qué iba a saber? Pero sí quería estar contigo. Siempre he querido estar contigo —confiesa Airam controlando el tono de su voz, pero hablando con seguridad—. Fui un gilipollas y todo lo que tú quieras, lo admito. Pero también te he demostrado que me importas, incluso entonces.

—Lo sé, lo hiciste...—reconoce ella pensativa—. No sabía cómo sentirme... Pero no voy a negar que en cierta manera sí demostrabas que te importaba.

—Lo hacías —afirma él, con la confianza suficiente de acariciar el brazo

de Gara descendiendo hasta su mano—. Y no podía evitar demostrarlo. Aunque saliera con otra, siempre pensaba en ti, hasta en San Valentín — declara con una media sonrisa, recordando aquel catorce de febrero en que la antepuso a su novia, aproximándose más a ella.

Sin parpadear Gara le observa fijamente, los recuerdos también regresan a su mente y con ellos la voluntad de mantenerse firme ante Airam y demostrar que lo detesta con todas sus fuerzas flaquean. Siente cómo él la acaricia la muñeca y tiembla sintiéndose vulnerable como aquel día de San Valentín.

Para Gara acudir a un centro comercial nunca había resultado un plan atrayente, no le gustaba ir de compras especialmente y tampoco era una gran aficionada al cine, por lo que si visitaba algunos de los muchos establecimientos diseminados por la isla era de forma muy puntal, o al menos así había sido hasta la llegada de Covadonga, que, si bien no era adicta a las compras, sí resultaba ser una gran cinéfila y solía proponer ir al cine con frecuencia. Fue la pelirroja la que arrastró a Gara hasta el centro comercial de Las Terrazas para ver una película el sábado de San Valentín. Aythami había quedado con una chica que había conocido al principio de Carnaval, tras romper con la novia que tenía desde Navidad, aunque aquella relación se acabaría antes del entierro de la sardina.

En Las Terrazas había un par de tiendas *outlet* de deporte, por lo que Gara

propuso ir a ojear, antes de que comenzara la película que iban a ver. Era un *quid pro quo* que Gara y Cova tenían establecido, ser diferentes les hacía aprender la una de la otra y descubrir cosas nuevas.

—Podrías comprarte estas para jugar al fútbol —dijo la pelirroja con una zapatilla rosa en la mano.

—Esas no sirven para jugar al fútbol —aseguró Gara negando con una sonrisa.

—Pero si tienen tacos —Enseñó la suela de la zapatilla.

—No son tacos, aunque para ti lo parezcan... Son zapatillas de ciclismo, esa forma de la suela es para que se ajuste al pedal y no se te escurra el pie —explicó a su amiga.

—Siempre aprendo algo cuando vengo a estos sitios contigo... ¡Es divertido! —declaró Cova, ampliando su eterna sonrisa y dejando el zapato en dónde lo había cogido.

—Vamos a ver si tienen algo de escalada —propuso la chica morena antes de zigzaguear entre los parabanos de ropa, pero se detuvo de repente—. Ños...

—¿Qué pasa? —preguntó su amiga algo confusa por su reacción.

—Vámonos...

Cova no entendía a qué venía ese cambio en su actitud, hasta que reconoció a Airam en un lateral de la tienda, acompañado de una chica rubia de la que iba cogido de la mano. Sin preguntar nada más siguió a su amiga hacia la salida, pero la acompañante del joven tomó la misma dirección y ambas chicas acabaron frente a frente.

—Anda, Gara... ¡Qué casualidad! —dijo Airam al verla, mostrando una amplia sonrisa.

La chica apretó los labios, pero se limitó a asentir sin decir nada.

—Estábamos haciendo tiempo antes de ir al cine —dijo entonces Cova.

—Nosotros también pensábamos ir al cine... ¿Qué peli van a ver? —preguntó el chico animado.

—No lo hemos decidido —dijo Gara.

—A mí me parece un poco paradójico que, tras *50 sombras de Grey*, Dakota Johnson protagonice una comedia llamada *Mejor solteras*, y quería ver esa..., por si había algún mensaje subliminal o algo por el estilo, pero... —declaró Cova con jovialidad dejando un tanto confuso a Airam, que, nuevamente, dudaba de si la pelirroja hablaba en serio o bromeaba.

Tamara, que no había abierto la boca en ningún momento y se limitaba a mirar a las dos chicas con una expresión recelosa, tiró de la mano de su

novio.

—Vida, se nos hará tarde y hemos perdido mucho tiempo mirando *chándals*...

—Creo que se dice chándales, aunque suene raro —apuntó Cova.

—Nosotras nos vamos, quiero comprar roscas^[9]... —dijo Gara, tirando del brazo de su amiga para alejarse rápidamente de la pareja sin dar más explicaciones.

Airam no tuvo tiempo de decir nada antes de que las dos amigas se alejaran entre los parabanos de ropa deportiva, siguiéndolas con la mirada unos segundos, hasta que reparó en la expresión de reproche con la que Tamara lo miraba.

—Has dicho que querías ir de tiendas —replicó el chico al último comentario de su novia.

—Tiendas de ropa, no de deporte —apuntó la chica—. Que parece que quieres pasar San Valentín solo mirando playeras.

—No, pero tampoco mirando faldas...

El dúo de amigas se alejó de la tienda y Gara no pudo saber cómo terminaba la discusión de la pareja, aunque no pudo evitar pensar que no entendía cómo Airam podía soportar estar con una chica como Tamara, por

muy guapa que fuera. Con ella jamás tendría aquel tipo de estúpida conversación, porque ambos disfrutarían por igual de ver y comparar playeras durante horas.

Airam y Tamara salieron poco después del local hacia otra tienda, esta vez de ropa femenina, después a otra y a otra más. El chico no podía dejar de pensar en Gara, en que nunca viviría esa situación con ella, recordando lo bien que lo pasaron juntos aquella tarde en la tienda de deportes y sintiendo una aguda presión en el pecho ante aquellos pensamientos.

Cuando llegaron al cine, que estaba en la segunda planta del establecimiento, Airam no pudo evitar buscar a Gara de forma inconsciente, aunque no tenía ningún propósito, pues, aunque la viera, no sabía qué más podría decirle. No obstante, no tuvo mucho éxito, y no la halló, por lo que supuso que habían ido a otra sesión, pues estaban en la sala donde se emitía la comedia que Cova había mencionado y que irían a ver. Aunque era divertida, la trama en sí de la historia no atrajo demasiado a Airam y su mente siguió divagando en cómo sería su vida si a su lado no estuviera Tamara sino Gara. «Hoy no estaríamos aquí, eso seguro... Ir a la playa a surfear es mejor plan para un día como hoy, el mar tenía una pinta estupenda para montar unas olas. La semana que viene sí que vendríamos al cine, a ver *Deadpool*, esa sí merece la pena».

Cuando la película concluyó, Airam estaba algo molesto e irascible. No era culpa de Tamara ni de nada que ella hubiera hecho, pero el chico no podía evitar sentir deseos de discutir o pelear, con quien fuera, cualquier excusa le servía.

Los planetas se alinearon para que sus deseos se cumplieran.

A la salida del cine, en la pasarela al aire libre que conducía a las escaleras que llevaban a la zona de tiendas y restauración, Airam vio a Alexis en compañía de Noah, que intentaba alejar a su amigo de las escaleras mecánicas.

—Déjalas, tío... —decía Noah.

—¿Qué? ¡Encima que me restriega las cosas! —se quejaba Alexis. Dado que no podía acercarse a las escaleras se giró, esquivó a su amigo, y se dirigió a la barandilla donde se asomó para gritar con fuerza—: ¡Eres una cerda come coños de mierda!

—¡¡Déjanos en paz!! ¡Eres un amargado! —Airam reconoció la voz un tanto aguda de Cova y aceleró su paso, dejando a Tamara atrás.

En cuanto llegó al lado de Noah, su amigo lo miró pidiéndole ayuda con los ojos incluso antes de abrir la boca.

—Chacho, dile algo tú. Ha visto a Gara con la nueva salir de una peli y se

ha puesto como un loco —explicó a Airam, que lo miró extrañado—. Piensa que Gara le restriega que está con una chica o no sé... Se le está yendo mucho la olla con todo esto...

Airam no comprendía el motivo de que Alexis se hubiera puesto así por ver a Gara, pero sí llegó a entender inmediatamente lo que sucedía y se dirigió a su amigo, como Noah le pedía.

—Ey, Alex... —llamó su atención de forma amistosa, para usar un tono más decidido a continuación—. Deja a Gara de una vez, pasa página.

Aunque tenso, el chico intentó sosegar a su amigo poniéndole la mano en el hombro, pero Alexis le rehuyó.

—Airam, déjame en paz, esto no va contigo —lo ignoró—. Tú no lo entiendes. Es una come coños de mierda... Paseándose con esa friki para dejarme mal, jodidas bolleras calientapollas.

Airam apretó la mandíbula con fuerza y sujetó con más intensidad a Alexis por el hombro. Escuchar aquellas palabras rezumantes de rencor y hiel hacia Gara lo enervó de tal manera que olvidó las circunstancias; que estaban rodeados de personas, que su novia estaba a unos pocos pasos, que Gara no necesitaba que él hiciera nada por ella...

—¡Deja de decir eso de ella! —lo increpó empujando su cuerpo.

—¿Pero a ti qué te pasa?, ¿la defiendes? Si tú piensas igual, chacho — replicó a la defensiva—. Debí hacerte caso, es un marimacho que querría tener polla...

Según Alexis hablaba, el puño de Airam se iba apretando hasta que sus nudillos perdieron el color por la tensión. Al lanzar una rápida mirada a Gara desde lo alto y ver la mezcla de consternación y dolor en su rostro, el chico de ojos grises dejó de contenerse y lanzó un puñetazo a la cara de Alexis sin reprimir su fuerza.

Todos se sorprendieron ante el gran golpe, desde el mismo Alexis, que, malherido, no entendía de dónde había llegado el puñetazo, hasta Gara y Cova, que casi no discernían lo sucedido desde la parte inferior del lugar. De forma refleja, Alexis contrató, lanzando primero una patada y luego el puño hacia Airam. La pareja de amigas, al verlo, subió las escaleras tan rápido como pudieron, incluso sin tener un propósito en mente. Al fallar ambos golpes, el chico se lanzó con todo su cuerpo hacia su amigo, al que enganchó por la cintura y comenzó a propinar puñetazos en los costados. Noah intentó interponerse, aún asombrado por el curso de los acontecimientos, luchando sin éxito para alejar a Alexis. Fue Gara quién lo consiguió al llegar hasta al lado de la pelea y lanzarse contra su ex llena de rabia e inercia por la carrera.

—¡Déjale, es conmigo con quien tienes los problemas! —decía al empujarle con furia.

Todavía deseoso de devolver el daño por el tremendo puñetazo que hacía que le palpitara el lado izquierdo del rostro, Alexis seguía lanzando golpes sin calcular la dirección, dando tanto a Airam, Noah y Gara.

—¡Los seguratas! —gritó Cova al ver venir a los guardias de seguridad del interior del cine.

Airam fue el único en reaccionar ante la advertencia y, sin dudar, se apartó del resto con intención de huir, pero antes de dar un solo paso comprendió que Gara seguía forcejeando con su exnovio, porque no había reparado en la inminente presencia de los guardias y la rodeó la cintura con brazo.

—¡Vamos, corre! —dijo al tirar de ella, a pesar de que hizo imposible que le obedeciera, pues la levantó del suelo mientras seguía dando patadas al aire.

Hasta unos segundos después Gara no comprendió qué sucedía, al llegar a las escaleras y que sus pies volvieran a posarse sobre una superficie sólida, sin dudar un solo instante, siguió a Airam a la carrera hasta salir de las instalaciones del centro comercial, cruzando el aparcamiento y llegando a la rocosa playa de Bocabarranco.

—¿Estás bien, te ha hecho algo? —preguntó Airam al detenerse junto a

Gara, a la que seguía sujetando de la muñeca.

—¡Serás tontopolla! —Le empujó con el brazo libre— ¿Por qué le has pegado? ¿En qué pensabas?

—No lo sé —reconoció el chico, negando con la cabeza.

Gara le miró con dureza, sin saber qué sentir en esos momentos, tras todo lo sucedido y la lucha interna que sentía siempre que se encontraba cerca de Airam por lo que él despertaba en ella y lo que realmente desearía sentir. Pero al observarlo no podía evitar detenerse en sus claros ojos y verse bajo su mirada que le eriza la piel.

—¡Ños, tu cara! —exclamó al reparar en el tono amoratado que iba tomando la mandíbula de Airam y dando un paso hacia él, tomando su rostro para comprobar su estado.

—Él está peor, así que no me importa —declaró Airam con orgullo y un deje fanfarrón que Gara conocía muy bien.

La chica lo miró con reprobación, negando con la cabeza, aunque era evidente que no estaba tan enfadada como quería aparentar. Incluso se podía apreciar en la profundidad de sus ojos oscuros una nota de agradecimiento al cruzar la mirada con Airam, a lo que él sonrió en silencio. No era necesario decir nada en aquel instante para que ambos se entendieran.

—Se te inflamará —dijo Gara a media voz, rozándole la mejilla de con la yema de los dedos.

Al sentir el roce de sus dedos sobre el rostro, Airam cerró los ojos y aspiró con fuerza, dejando que el olor al salitre del océano inundara sus fosas nasales. Le dolía aquella zona, pero no emitió ninguna queja, tan solo apretó la mano que rodeaba la muñeca de Gara, atrayéndola un poco más hacia él para sentirla más cerca aún.

—Lo siento —dijo al volver a mirar a Gara fijamente—. Siento todo lo que dije de ti el año pasado, fui un gilipollas...

Por un segundo, Gara pensó que había escuchado mal a causa del silbido del viento y del fuerte oleaje. No le resultaba creíble escuchar de labios del orgulloso de Airam una disculpa de esa índole, no era propio de él. Sin embargo, en sus ojos se podía ver que aquellas palabras eran absolutamente sinceras y la estaba pidiendo perdón sin tapujos.

—¡¡¡Airam!!! —Escucharon un grito por encima del sonido del océano.

Al volverse ambos identificaron a Tamara y a Cova, que daba pequeños saltos alzando el brazo.

—¡¡Airam!! —volvió a gritar la rubia con impaciencia.

En cuanto Tamara comprendió que Airam la había visto, no dudó en

girarse para volver sobre sus pasos con rapidez y bruscos movimientos que dejaban claro que se encontraba molesta. Cova la miró, pero en lugar de seguirla se dirigió en dirección contraria, entre las rocas, hasta dónde se encontraba su amiga.

—Parece enfadada —comentó Gara con ojos culpables, pero Airam se encogió de hombros, sin hacer un amago de ir al encuentro de Tamara—. No tenías que meterte...

—Alguien debió ponerme en mi sitio el año pasado, más de lo que tú lo hacías. Esto lo he hecho porque es lo que yo merecía. Solo espero que algún día me puedas perdonar —declaró antes de soltar su brazo e ir tras su novia con paso tranquilo, sin prisa, dejando a Gara desconcertada viéndole alejarse.

—Pues tú dirás lo que quieras, pero yo a Hollister no le veo nada simple —dijo Cova al llegar a su lado, mirando también a Airam yendo tras su enfadada novia.

Obviamente, Tamara le recriminó a su novio no solo que la hubiera dejado sola, sino que se peleara por otra chica, pero ni siquiera le pidió una explicación. Ella no quería cortar su relación, no quería dejar a Airam y, aunque enfadada, estaba más que dispuesta a olvidar lo sucedido.

Sin embargo, Airam no puede olvidar aquel día de San Valentín, deseando haberse quedado con Gara, haberle confesado el por qué se

enfrentó a Alexis cuando estaban en la playa y así haber podido pasar junto a ella el resto de cosas que llegaron después.

Pensando en el tiempo que habían perdido, en el que siguen perdiendo en esos momentos, Airam salva la poca distancia que le separa de Gara en el reducido espacio que tiene dentro del armario y se inclina a sus labios.

—Olvidémonos de lo que pasó, de todo... —susurra, llevando la mano hasta el cuello de ella con un suave movimiento—. Lo que importa es que sentimos lo mismo que entonces, los dos, siempre ha sido así.

—No, yo no siento lo mismo —responde Gara, aunque no es capaz de apartarse de él, pese a intentarlo, su cuerpo no la obedece—. No puedes pretender que lo olvide todo menos lo que sentía por ti. Me enamoré, sí, pero eso no fue suficiente para que salieran las cosas bien.

—Ves solo lo malo de nuevo, los obstáculos y los errores en lugar de que, aun con todo eso, ahora estamos aquí, juntos y yo solo quiero volver a besarte y tú no dejas de temblar cuando me acerco —declara Airam, tan cerca de su rostro como le es posible sin llegar a rozarla—. Y no todo fue nuestra culpa, hubo cosas que fueron simple mala suerte...

—¿Cómo lo que le pasó a Alexis? —pregunta Gara con mirada triste.

—No tuvo que ver con nosotros, ni contigo siquiera. Gara, dime por favor que no te sientes culpable por eso —le pide tomando su rostro entre las

manos, y ella niega por toda respuesta—. Lo que pasó fue...

—Horrible —declara con un hilo de voz.

Al escucharla, Airam deja de contenerse y estrecha a Gara entre sus brazos, soltando un largo suspiro, para dominar sus emociones y sentimientos en esos momentos, al sentirla pegada a su cuerpo. Sabe que debe consolar a Gara y hacerle entender que no debe sentir más que pena por lo sucedido, pero ni un ápice de culpabilidad. No obstante, los celos que siente hacia Alexis incluso en esos momentos le impiden ser racional.

Gara no debería seguir viéndose afectada por el recuerdo de Alexis tras más de dos años después de cortar con él, pero lo hace, no por la relación que tuvieron, ni por la ruptura, sino por lo que sucedió durante el último día de carnaval de aquel año 2016.

En su pueblo, Telde, el Entierro de la Sardina daba final a las celebraciones de Carnaval. Aquel año la multitudinaria celebración que acogía a vecinos y foráneos se celebraba un veinte de marzo. Habían pasado unas semanas desde el incidente de San Valentín, y desde entonces Gara y Airam habían tenido una relación más cercana de lo que habían mantenido en los últimos meses. No se trataba de que hablasen más, ni siquiera de que se vieran más, pues no hacían nada de eso, pero cuando coincidían y cruzaban alguna mirada ambos sentían que se entendían, como si hubiera un código o

lenguaje secreto entre ellos. Pero ninguno se atrevía a ir más allá. Tamara seguía en la vida de Airam y por ello Gara no se sentía segura para acercarse, y, por su parte, el chico temía crear más problemas después de la pelea en el cine, aunque tanto Alexis como Noah solo fueron amonestados y expulsados de la instalación.

Aun así, Gara estaba nerviosa la noche del final de Carnaval al no llegar Airam con el resto de sus amigos. Habían decidido disfrazarse de personajes de Juegos de Tronos, Gara había optado por Arya, su personaje favorito y Cova se decantó por Sansa, evitando ponerse peluca. Por su parte, Aythami eligió a Tyrion Lannister por ser también su personaje favorito. Mientras que los gemelos decidieron disfrazarse de otros gemelos en la serie, Cersei y Jaime Lannister, siendo Yeray el que luciera la larga peluca rubia y los vestidos de amplias mangas. Miriam fue la afortunada a la que le tocó ser Daenerys, pues el disfraz estaba muy solicitado. Noah, más que disfrazado, iba interpretando a Meñique, mirando a todos con recelo, entre otros que eran fácilmente identificables como Melissandre, Sam y hasta Khal Drogo. Así disfrazados, entre risas y bromas, iban recorriendo las calles al ritmo de la batucada hasta el lugar donde quemarían el ataúd de la sardina.

Cuando las llamas comenzaron a arder y Airam seguía sin aparecer, Gara se sintió un poco desilusionada. Sabía que, de acudir, lo haría en compañía de su novia, pero aun así le alegraba verle, porque eso hacía que mantuviera la

esperanza de poder cruzar al menos un par de palabras con él y poder conservar un buen recuerdo que rememorar en secreto durante mucho tiempo.

Estando ya los bomberos cerciorándose de que todo había quedado perfectamente apagado después de que las llamas consumieran ambas figuras, los vecinos comenzaban a disgregarse; algunos de regreso a casa y otros a continuar de fiesta un poco más, aunque no demasiado, pues al día siguiente era lunes laboral. Entonces, mientras el grupo de amigos decidía a dónde iban a ir para divertirse un poco más, enfundado en una manta de cabra de color negro, Airam apareció en su papel de Jon Nieve, mutando por completo el semblante de Gara, que no pudo evitar sonreír al identificarle entre la gente que se desperdigaba por las calles.

—¿Y Tamara? —preguntó Noah al verlo llegar en solitario.

—Que si no venía de Daenerys no venía, porque no ve la serie y es a la única que conoce —explicó el chico— Por eso he tardado tanto; la traté de convencer, pero no había modo.

—A mí no me hubiera importado que fuéramos iguales —dijo Miriam con un tono que jamás podría resultar sincero—. Siento que no haya venido —volvió a mentir.

—Ella se lo pierde —respondió Airam.

—En marcha... Esto no se acaba, que yo necesito vino—declaró Yeray

metido en su papel de Cersei Lannister, alisándose la peluca rubia mientras se acerca hasta Airam—. Vamos, guapo... Tienes suerte de no ser mi hermano, sino... Yo no sé qué te haría con esas pieles... —bromeó.

Todos se rieron al escucharle y se pusieron en marcha, alejándose entre las calles.

—¿Vas de mi hermana favorita? —preguntó Airam a Gara, quedando a su altura.

—Sí, y Cova de la otra —Señaló a su amiga, que caminaba unos pasos por delante junto a Aythami, al que todos le decían que debía ir de rodillas.

Aunque la idea de decirle a Airam que sentía que su novia no hubiera podido acudir le cruzó por la cabeza a Gara, no llegó a decir nada. No era cierto, así que, antes que mentirle, se limitó a quedarse callada y caminar junto a él.

—Espera un segundo, me tengo que colocar la maldita capa esta... —le pidió Airam deteniéndose en mitad de la calle, forcejeando aparatosamente con la capa de largo pelo negro que lleva sobre los hombros.

—Te ayudo —ofreció Gara, acercándose más hacia él.

—¿Ves el cierre? Me la voy a quitar, es lo peor... Y estoy asado.

—A ver... —La chica encontró el cierre entre el pelaje y forcejeó para

abrirlo.

—Me estás ahogando —se quejó falsamente.

—Calla, quejica, si lo hiciera no podrías hablar —declaró ella—.

Ahora... ¡Ya!

Airam se apartó la capa con poca maña, doblándola de mala manera para llevarla bajo el brazo. Mientras Gara se giró sobre los talones en busca de sus amigos, que habían desaparecido entre la gente que desalojaba la plaza.

—¿Dónde se metieron?

—Ni idea, si yo acabo de llegar —sonrió él, sin mostrar un atisbo de preocupación—. Envíales un mensaje y vamos a ver si los vemos.

Sin replicar nada, Gara asintió y se encaminó con él entre los transeúntes mientras escribía en el móvil.

—¿Tienes sed? Estoy seco, vamos ahí y pillamos algo —propuso Airam señalando una pequeña panadería que permanecía abierta, seguramente previendo que la afluencia de gente le reportaría ventas.

—Estos iban a pillar bebida, pero...

—Seguro que compran cerveza, y ni tú ni yo bebemos más que refrescos y bebidas energéticas —apuntó Airam con razón, por lo que Gara asintió encaminándose con él hacia el pequeño local.

Al observar la afluencia de clientes que abarrotaba el establecimiento, Airam le cedió el cuidado de la aparatosa capa a su compañera para ir en solitario a comprar.

—¿Qué quieres?

—Clipper de fresa^[10] —respondió ella.

De vuelta con los refrescos casi granizados que Airam había conseguido, caminaron distraídos mientras Gara parloteaba un poco nerviosa sobre la cantidad de azúcar que tenía su refresco y que, aunque la gente pensara que no bebía alcohol por practicar deporte y no ser sano, lo hacía únicamente porque no había ninguna bebida alcohólica con un sabor que le resultase agradable.

—Los chupitos de piruleta sí me gustan, por ejemplo.

—¿Y el Malibú con piña?

—No me gusta el zumo de piña —respondió frunciendo sus carnosos labios.

—A mí es que las cosas muy dulces... —Puso una mueca mirando el refresco que Gara llevaba en la mano—. Aunque tampoco me gusta la cerveza, así que no salgo de Aquarius o RedBull, si salgo de fiesta.

—Estos no sé dónde se habrán metido, pero yo tengo que volver a casa —

Airam la miró extrañado, dado que no era demasiado tarde para un día de celebración—. Mis hermanos no se duermen si no me ven llegar, son peor que mi padre para esas cosas.

—Pues te acompaño, mi niña. Total, no creo que vaya a encontrar a nadie.

—En el grupo solo se conectan los que no están, y ni Cova ni Aythami han visto mis WhatsApp... ¿Por qué no escribes tú a alguien?

—No es buena idea... —respondió enigmático—. No quiero que salga cuándo me he conectado.

—Ah, ya... —asintió Gara, entendiendo que tenía que ver con Tamara y evitar responder a los mensajes de ella con la excusa de no haberlos visto.

Según se fueron alejando de la plaza donde se había realizado la celebración, también iban se iba reduciendo el número de personas que encontraban a su paso, hasta quedar solos por las tranquilas calles cercanas al domicilio de la chica.

—¿Te apuntas al Entierro del Hueso? Es la semana que viene —preguntó el chico, refiriéndose a la celebración que marcaba el final del carnaval en un barrio cercano de la localidad: Las Huesas.

—Supongo. Estamos intentando que Cova viva el carnaval todo lo

posible —comentó ella caminando a su lado—. Podrías ir de Khal Drogo en esa ocasión, pasarías menos calor y no tiene capa.

—Era lo que Tam quería, y que viniéramos como pareja, pero tenía que pintarme de negro los ojos y me da yuyu, por eso siempre me niego a ir de Piratas del Caribe —dijo Airam, tirando la lata de refresco para patearla antes de que llegase al suelo, lanzándola a lo lejos de un descampado— Soy un máquina.

—No estás tan fuerte para ir de Drogo —apuntó Gara, mirándole de soslayo.

—¿Perdona? —cuestionó, mostrando su brazo flexionado—. Aprieta, venga...

Gara le obedeció, apretando con los dedos su duro bíceps, pero negándose a darle la razón. En su lugar dibujó una mueca condescendiente, remangándose la camisa de chorreras que vestía, para que él hiciera lo mismo en su brazo.

—Ños... No volveré a meterme contigo —afirmó Airam tras apretárselo.

La melodía del teléfono de Airam comenzó a sonar, distrayéndoles a ambos, sin embargo, el chico no hizo el menos intento por responder la llamada.

—Las relaciones a veces son un asco —apuntó Gara.

—¡Qué te voy a contar! —afirmó él, chascando la lengua.

La existencia de Tamara, presente tras aquella llamada —que sería con toda probabilidad suya—, hacía sentir un poco de melancolía a Gara, aunque Airam estaba junto a ella y ambos parecían disfrutar de su mutua compañía, como antes de que ella pensara que no la veía como a una chica de verdad. La joven sentía que en realidad todo aquello no era más que un espejismo, bonito pero irreal.

—No creas, Alexis, aunque ahora sea lo peor, no era mal novio... El problema era yo —declaró llevada en parte por la melancolía.

Confuso tras aquellas palabras algo crípticas, Airam trató de entender a qué se refería exactamente Gara. Sentía una insana curiosidad por el noviazgo que la chica había tenido con Alexis. La mala relación que tenía por aquel entonces con ella le había alejado tanto de Gara que apenas había sido testigo del idilio, pero siempre había sentido curiosidad por saber qué había visto en Alexis, por qué a él sí le había dejado acercarse tanto a ella.

—No creo que fueras mala novia —comentó, sin poder evitar pensar en todas las ocasiones en las que había pensado lo bien que estaría saliendo con ella, compartiendo aficiones y disfrutando de sus gustos comunes.

La chica negó levemente con la cabeza, encaminándose al portal de su

casa, pero Airam no se atrevió a decir nada más. No era un tema cómodo para tratar con ella. Resultaba mucho más seguro evitar mencionar tanto a Alexis como a Tamara, y así fingir que no existían y nada se interponía entre ellos.

—El problema era que, aunque estaba con él..., me gustaba otro chico — confesó la joven viendo su portal cerca, sintiendo que estaba a salvo de hablar de más y que decir aquellas palabras ante Airam le quitaba un peso de encima, pese a que interiormente sintió un gran nerviosismo.

—¿Otro? ¿Quién? —interrogó sin pensar, pero Gara se limitó a sonrojarse, apretando los labios—. ¿Le conozco? ¡Venga, dime!

—Le conoces, pero es igual, porque no me ve como una novia, por eso pensé estar con Alexis... Fue mala idea. Olvida lo que te he dicho —pidió acobardada ante el interés que mostraba él.

Gara sacó las llaves de su casa al llegar a la puerta del edificio, arrepintiéndose de haber hablado tanto con Airam. Solo sus mejores amigos sabían lo que sentía y que por ello su noviazgo había sido un desastre desde el principio, confesárselo a él había sido un acto kamikaze de lo más absurdo.

—¿Es Aythami?

—¿Estás loco? Ños, es como mi hermano, no seas enfermo... —alegó haciendo girar la llave dispuesta a perderse en el interior del portal y salir de la boca del lobo en la que se había metido sola.

Negándose a verla irse sin obtener una respuesta, Airam dio un paso adelante hasta llegar a la puerta evitando que se cerrase y quedando a medio entrar.

—No se lo diré a nadie, pero cuéntamelo, dime quién te gustaba — insistió, provocando que Gara frenase sus pasos.

La oscuridad la amparaba y el tono casi suplicante que mostraba Airam, en el que podía apreciar ciertas notas anhelantes que iban más allá de la mera curiosidad, removieron algo en ella, dotándola de una osadía que solía aplacar cuando se trataba de demostrar lo que clamaba su corazón. Se giró en silencio, clavando la mirada en los ojos rodeados de penumbra que la observaban con interés, y rehízo sus pasos con semblante decidido. Airam temió por un segundo que ella lo empujase para que la dejara en paz. Una reacción así no hubiera sido rara en ella. Sin embargo, Gara se acercó con decisión, pero una lentitud que lo desconcertaron, como si le fuera susurrar algo en el oído, mas su rostro giró antes de llegar a su altura y los labios de la chica rozaron los suyos por un leve segundo...

Con sus bocas aún en contacto, Gara no sabía qué más hacer, así que, sintiendo una brutal agitación que la recorría por dentro, se movió decidida a girarse para huir a su casa y dudar toda la noche de lo ocurrido, pero no pudo llegar a dar un paso atrás. Con un movimiento rápido, Airam dejó caer hacia

un rincón la capa que sujetaba y la rodeó con el brazo por la cintura, acercándola a él, buscando su rostro con la otra mano, impidiendo que sus labios se alejasen, correspondió a su beso con ansia. Se inclinó hacia ella con tanto ímpetu que la llevó hasta la otra punta del portal y la acorraló en la esquina junto a los buzones y su cuerpo. Sintiendo cómo el corazón le martilleaba el pecho, con tanta fuerza que le impedía poder escuchar su mente y razonar qué estaba ocurriendo, besó a Gara con una pasión hambrienta que no creía haber sentido antes y ella... Ella le devolvió los besos sin pensar, aferrada a su cuello con ambas manos para no dejar escapar aquel momento en que sintió que Airam era al fin suyo.

La puerta del portal se cerró con un fuerte golpe, pero que resultó tan lejano a la pareja que no los hizo inmutarse. El anhelo de estar con él movía el cuerpo de Gara y manejaba sus movimientos. En esa ocasión no pensaba en qué hacer, ni dónde, ni cómo; solo actuaba. Sus dedos se hundieron entre los mechones castaños de Airam y su lengua se deslizó rozando la de él con ansia; dejando que le mordiera el labio inferior, que llevara las manos por su cintura apretando su trasero contra él, escuchando el gemido que emitía cargado de deseo. Se perdió por completo.

El temor, el pudor, hasta la consciencia y el conocimiento se desvanecieron de la mente de Gara, que no se paró a pensar que podría ser descubierta por algún vecino, porque sencillamente se olvidó de dónde se

encontraba. Solo quería que Airam la siguiera besando, quería no dejar de sentir la fuerza de su cuerpo oprimiéndola contra la pared, la presión de sus manos, la calidez de sus besos, porque todo ello le mostraba la intensidad de su deseo por ella. Únicamente en la parte más profunda y optimista de su psique había imaginado que aquello fuera posible y que Airam se mostrara así con ella, por eso no se contuvo tampoco en corresponderle, lo que enajenó al chico. Él apenas había podido procesar que Gara fuera quién lo había besado en primer lugar, no llegó a plantearse qué hacer, solo se dejó llevar por la agitación que se despertó en él con aquel roce de sus labios. Y, al tenerla tan dispuesta, sedienta de sus besos, lo último que deseaba era parar, aunque tampoco tenía claro cómo continuar, solo sabía que cuanto más sentía más deseaba.

No se contuvo en llevar sus manos bajo la camisa de la joven en busca de sus pechos y apretar contra ella su cuerpo para rozarse con ansia. El gemido intenso que escapó de entre los labios de Gara, cuando deslizó los labios por su cuello, lo alienó por completo y, sin dudar, la sujetó con fuerza por el trasero aupándola del suelo.

Gara se sujetó a sus hombros para alzarse frente a él, y sus miradas conectaron por primera vez desde que se comenzaron a besar, viéndose el uno al otro como si acabaran de despertar de un sueño. Por un segundo, ambos sintieron una punzada de pánico por cómo el otro fuera a reaccionar al

ser consciente de lo que estaba pasando, pero seguidamente les invadió una extraña sensación de seguridad. Ninguno hacía nada que no quisiera y, con una dulzura que Gara nunca había visto demostrar a Airam, este acercó su rostro al de ella y le acarició los labios con la nariz, volviéndola a besar a continuación, con calma.

—Sabes dulce... —susurró con una sonrisa, paladeando el sabor del refresco de fresa que Gara había bebido.

—No te gusta —recordó ella.

—En ti sí —afirmó él, aferrándola con más fuerza antes de volver a besarla.

Correspondiendo a su beso, sin prisa, rodeando la cintura de Airam con las piernas y deseando poder sentirlo aún más cerca, volviéndose a olvidar de todo lo que no fueran aquellos besos, Gara halló una parte de sí misma hasta entonces desconocida incluso para ella, que la guiaba a saber qué hacer de forma natural e instintiva.

Una puerta se abrió unos pisos por encima, obligando a la pareja a regresar a la realidad y, antes de que se volviera a cerrar, la luz del portal se encendió. Sin ganas Airam liberó a Gara de su abrazo y se apartó un paso de ella. Mientras las pisadas descendentes del vecino se iban haciendo cada vez más cercanas, ambos se miraron, con la incertidumbre en los ojos de qué

harían.

—Me tengo que ir a casa —dijo Gara con voz tenue, demostrando que era una obligación, pero en absoluto un deseo.

Airam la sujetó por la muñeca y negó, suplicándole con los ojos que no hablase en serio.

—Buenas noches —dijo el vecino al pasar a su lado, y ambos murmuraron una respuesta antes de que saliera del portal.

En cuanto volvieron a quedar solos, el chico se acercó más a Gara, posando la mano en su cintura y pegándose a ella sin ningún reparo.

—No te vayas ya... No me dejes así —suplicó.

—¿Así cómo?

—Así, solo... Quédate un poco más —susurró acercándose a su oído—.

Por favor...

Gara no pudo evitar cerrar los ojos al sentir su aliento abrasador en el cuello, erizando toda su piel. Claro que quería quedarse, si por ella hubiera sido se quedaría con él la noche entera...

—¿Por qué?, ¿por qué debería quedarme?, ¿o por qué quieres que me quede?, ¿por qué me lo pides? —preguntó de seguido, lanzando una pregunta tras otra según se le ocurrían, estaba comenzando a tener miedo a lo que

pasaría tras aquellos besos.

—Pues, porque quiero estar contigo, mi niña —respondió Airam rápidamente, pero el gesto de Gara dejaba claro que no le parecía suficiente, pese a no decir nada—. Porque... Porque apenas han pasado unos minutos, y quiero... quiero estar más contigo... No quiero irme ya, no quiero despedirme de ti todavía —declaró algo agitado y comenzó a decir lo que le cruzaba por la cabeza para que el gesto de ella cambiara—. Quiero besarte otra vez y no esperar a mañana. Irme ahora es lo que menos me apetece, siento ganas de abrazarte solo de pensarlo... —confesó, provocando que Gara se sorprendiera—. Lo digo en serio, quiero quedarme contigo, aunque sea un par de minutos más.

—¿Y después? —preguntó con cautela.

—Después: te diré buenas noches, me iré sin quejarme y esperaré que sueñes conmigo. Hasta que te vuelva a ver mañana en el instituto, y pueda volver a estar contigo.

Gara sonrió al escucharle y tironeó de su chaqueta negra para acercarlo más, decidida a quedarse unos minutos más entre sus brazos. No fueron dos minutos, sino diez, pero a ambos les parecieron escasos.

—¿Soñarás conmigo? —preguntó Airam, recogiendo la capa del suelo antes de salir del portal.

—No te prometo nada —respondió Gara con una sonrisa pícaro antes de darle un intenso beso.

Nunca había besado así a Alexis, y Airam nunca había sentido tanta desazón al alejarse de nadie como la que lo embargaba aquella noche. Sin embargo, ambos estaban deseoso de que pasara la noche y llegara el día, sin tan siquiera imaginar a qué tendrían que hacer frente a la mañana siguiente.

Aythami se presentó en el portal de Gara antes de ir a clase, no se le notaba cansado, pero sí con un gesto preocupado que desconcertó a su amiga, que apenas había dormido algo soñando despierta entre las sábanas.

—¿Lo sabes? —preguntó el chico al notar las ojeras bajo los ojos de Gara.

—¿El qué? —dudó ella más confusa aún.

—Lo de Alexis, ¿alguien te lo ha dicho ya? Les pedí que no lo hicieran, que yo...

—¿Qué de Alexis?

—Anoche, tuvo un accidente con la moto... —El rostro de Gara se transformó en una mueca de perplejidad—. Y él ha...

—¿Qué? —Negó con la cabeza intuyendo que palabra seguiría—. ¿Qué le ha pasado? ¿Está bien?

—No, no está bien... En realidad... Él, él... —tartamudeó bajando la cabeza, no sabía encontrar las palabras con las que dar la noticia a su amiga, a pesar de haber insistido en ser él mismo quien lo hiciera en cuanto se había enterado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó notando como su rostro se quedaba lívido—. ¿Está mal?, ¿grave?

—Peor... No ha... ha... Él ha muerto.

—¿Qué? ¡No! —soltó con un sollozo incrédulo.

—Sí, mi niña... Yo tampoco me lo puedo creer —confesó rodeando con los brazos a su amiga, que seguía negando aun cuando la incredulidad dio paso a las lágrimas.

Aunque Alexis había sido un horrible exnovio durante el último tiempo, también fue su amigo durante años y, aunque de forma infructuosa, intentó quererlo durante todo un verano. Su muerte, aquella cruel y prematura muerte, no la podía dejar indiferente y no lo hacía. Incluso años después, pensar en aquello la emocionaba, porque no podía evitar sentirse mal por salir con él sin quererlo, por no permitir que buscara a otra, que sus últimos meses hubieran consistido en vivir un romance protagonizado por unos sentimientos no correspondidos y una ruptura llena de odio y resentimiento hacia ella. Gara no se culpaba por su muerte, eso no tendría sentido, pero sí lamentaba

que su vida no hubiera sido feliz hasta el final.

3 minutos

Reconfortada entre los brazos de Airam, Gara no puede evitar cerrar los ojos por un par de segundos liberando un suspiro. Se siente bien, tanto que desea poder hacer caso a sus palabras, olvidar todo lo que ha pasado entre ellos y limitarse a disfrutar de su contacto, de esa calidez que la envuelve y de la ternura que quiere pensar que solo ha tenido hacia ella. En realidad, lo que quiere, lo que siempre ha querido, y no solo en el fondo sino también en la superficie de su piel, es estar con Airam sin que importe nada más.

—No quiero volver a perderte, y menos por cosas que ya han pasado —susurra Airam acariciando su cabello—. Odiaría que por recordar lo de Alex nos volvamos a separar. Ya te perdí una vez por lo que pasó y...

—Ños, Airam, ¿es que no aprendes? —le recrimina, apartándose un poco de su lado—. No me alejé porque Alexis muriera, fue por lo que tú hiciste. No puedes culpar a las circunstancias, ni a la suerte. Me aparté por lo que hiciste...

—¿Lo que yo hice o lo que tú pensaste que hice? —pregunta Airam con una mirada inquisitiva, pero una sonrisa en los labios—. ¿Quién no aprende? En lugar de hablar siempre has pensado mal, creías lo peor... ¡Ni ahora quieres hablar!

—Habla, venga... Habla...

—¿Ahora? Si nos quedan tres minutos encerrados —se queja el chico.

En ese tiempo sabe que no puede convencer a Gara de nada, aunque, en realidad, ni contando con la eternidad misma podría hacerla entender algo si se obceca en lo contrario, y parece ser que es así, porque ella conoce de sobra la verdad. Sabe que lo que pasó aquel día en el tanatorio no fue más que un malentendido, y que él había ido para apoyarla, porque sabía que habría quien pensaría que no pintaba nada allí, pese a conocer de toda la vida a los padres de Alexis, pues fue por ellos que la joven se armó de valor para asistir aquel día a despedirse de su exnovio.

No fue fácil, muchas dudas asaltaron a Gara cuando su mejor amigo le comunicó que aquella mañana sus compañeros habían decidido acudir al tanatorio, en lugar de ir a clase. Todos sabían la mala relación que había desarrollado con Alexis a partir de la ruptura y presentarse allí tal vez no fuera bien recibido, sin embargo, pensó que verdaderamente sentía su pérdida y que de todas formas él ya no estaba para molestarse, pero sí sus padres y su

hermano, a los que quería intentar reconfortar o no dejar que se sintieran solos.

—¿Estás segura de que quieres ir? —preguntó Aythami con dudas.

Ambos habían regresado a la casa de Gara para que la joven se sosegara, por fortuna, su padre ya se había llevado a sus hermanos al colegio y no volvería hasta la tarde del trabajo.

—Sí, sé que me arrepentiré si no voy—aseguró la chica, levantándose con decisión de la mesa de la cocina.

Por un segundo, tuvo el impulso de enviar un mensaje a Airam, pero sabía que Aythami le preguntaría al respecto y, dadas las circunstancias, no quería confesarle lo que había pasado entre ellos la noche anterior en su portal.

Por ese motivo Airam no supo qué le había sucedido a Alexis hasta que llegó al instituto aquella mañana y el jefe de estudios le informó del trágico accidente que había sufrido su compañero y que, por esa razón, se cancelaban las clases para los alumnos de su curso, pues como era lógico nadie prestaría atención a nada que se dijera en el aula en aquella jornada. El también dudó si ir o no al tanatorio, de hecho, rehízo el camino hasta su casa y se quedó sentado en el sofá frente al televisor apagado por más de una larga hora, intentando asimilar que su amigo de toda la vida, el chico con el que había

jugado al fútbol, contado chistes, copiado en exámenes y mil cosas más, había muerto. Alexis había perdido la vida hacía unas pocas horas en un accidente con su moto. Por mucho que se lo repitiera, aquello no tenía sentido para él. No podía concebirlo. Había odiado a Alexis, sobre todo en los últimos meses, incluso había llegado a pensar que deseaba verlo muerto por estar con Gara, pero, obviamente jamás lo hizo de verdad. Entonces pensó en ella, en cómo se sentiría, pues suponía que Gara ya debía saberlo, pero dudaba en cuál habría sido su reacción, cuánto la habría afectado, y si aquello haría cambiar algo entre ellos.

Sin otro pensamiento en la cabeza que conocer cómo se encontraría Gara en aquellos momentos, Airam se levantó del sofá de su casa y se encaminó a la calle. Tan solo tecleó un escueto «¿dónde estás?» en su móvil antes de enviárselo y caminando a la parada de la guagua, esperó la respuesta.

Fue al tanatorio más que nada para estar con ella, sin plantearse cómo sería recibido por sus compañeros. Si ninguno le había avisado o propuesto acompañarlo era seguramente porque supondrían que no tenía ganas, ni intención de acudir. Verlo aparecer no dejó a nadie indiferente, como sus rostros mostraron cuando lo reconocieron avanzar por el pasillo.

—¿Qué hace aquí?

—¿Para qué vino?

—¿Quién lo avisó?

Eran las preguntas que formaban un incómodo murmullo entre sus compañeros de clase, que estaban de por sí bastante trastocados por la pérdida de su compañero. Los gemelos, más avispados que el resto, aunque con semblantes que demostraban su consternación, se adelantaron a rodear a Airam por ambos costados e impedir que avanzara hasta la sala donde se encontraba la familia y los restos de Alexis.

—Oye, el hermano está aquí y sabe la movida que tuvieron cuando el cine, mejor será que no te vea, porque podría reaccionar mal —dijo Yeray.

—Sabemos que fue una cosa tonta y que Alexis era tu amigo, pero hoy... Otro día les das el pésame, ¿lo entiendes? —se unió su hermano.

—¿Y Gara? —preguntó Airam, como si no hubiera escuchado ni una palabra de lo que le decían sus amigos.

—Dentro, con la madre. Está colocadísima y el padre también —dijo Agonay.

—¿Gara? —preguntó confuso.

—¿Eh? No, los padres —apuntó su amigo—. Y Noah también está hecho polvo.

—La mayoría, yo... Ños, aún no me lo creo —confesó Yeray, alejándose

unos pasos para controlar sus emociones.

—Te acompaño fuera —dijo Agonay, que parecía más sereno, tomando del hombro a Airam, que se dejó guiar, viendo cómo todos sus compañeros lo escrutaban con ojos llorosos y miradas cautas.

Fueron a la cafetería del tanatorio, donde tomaron un refresco mientras Airam esperaba paciente que Gara leyera y respondiera a su mensaje. Se sentía impaciente y embotado. Los recuerdos de la noche anterior se mezclaban con lo que vivía aquel día y dudaba que algo fuera real, deseando en parte estar en una pesadilla.

Gara apareció cerca de hora y media después, acompañada de Cova que, en comparación con ella parecía muy serena, lo que era lógico pues apenas había tratado con Alexis y solo estaba allí apoyando a su amiga.

—¿Podemos hablar? —preguntó el chico acudiendo a su lado con impaciencia.

—No tenías que haber venido, el hermano de Alexis está muy nervioso, no sé qué se ha tomado, pero no está bien y sabe lo que pasó en el cine...

—Lo sé, pero necesito hablar contigo —la interrumpió.

—Ahora no, por favor —pidió con tono suplicante la joven.

—Gara...

—No es un buen momento, ¿no lo entiendes? Alexis... Alexis... —Las palabras se le atascaron en la garganta.

—Mi niña, lo sé, pero quiero que...

—Airam, lo que sea puede esperar, al menos a que pase el entierro — consiguió decir, sin lograr contener las lágrimas que apartó de su rostro con los dedos—. Por favor. Te llamaré y hablaremos, pero...

—Está bien, me iré —aceptó sin ganas, veía a Gara demasiado consternada y quería quedarse con ella, pero sabía que no era una buena idea.

La joven soltó un suspiro que, si no hubiera estado tan abatida hubiera sonado triunfal y decidió acompañar a Airam hasta la salida, mientras Cova se quedaba tomando algo.

—¿Cuándo es el entierro?

—Creo que mañana por la mañana. Pero no estoy segura, la familia está muy confusa —explicó Gara.

—Claro... Si necesitas... —comenzó diciendo, pero al mirarla olvidó qué iba a decir a continuación—. Lo de anoche, quería decirte que...

—Ahora no, de verdad, ahora no —dijo negando con la cabeza.

—Está bien, vuelve dentro, voy a coger la guagua. —Señaló la parada—. Llámame cuando puedas hablar.

Con un leve asentimiento y el deseo contenido de darle un beso o al menos rozar su mano con cariño antes de que se alejase, Gara vio cómo Airam se distanciaba de su lado. Regresó con la mirada al suelo hasta la cafetería, donde se sentó junto a Cova, cerca del gran ventanal que dotaba de la suficiente luz natural a la sala como para restar a la atmosfera cariz fúnebre, y se quedó mirando a Airam esperar la guagua sin ser consciente de estar siendo observado.

Cova siguió la mirada de su amiga, y conociendo lo que sentía por Airam no pudo reprimir una sonrisa, pese a las circunstancias.

—¿Deduzco mal si pienso que Hollister ha venido para ver cómo estabas tú? —preguntó, moviendo con lentitud la cuchara en su vaso de té.

—No —respondió Gara, volteando los ojos a su amiga por un segundo, para regresar la vista al chico—. Anoche pasó algo...

—Sabía que no responder a tus mensajes y dejarte sola con él no era tan descabellado —comentó Cova, con una expresión pícaro.

—Le besé —confesó la chica con cierto pudor, dejando pasmada a su amiga—. Y él... me besó a mí...

Recordar la noche anterior hizo que Gara se sonrojara notablemente y no pudo evitar que una sonrisa se dibujara en su rostro. En esos momentos, aquel recuerdo le parecía muy lejano, pese a que solo habían pasado unas pocas

horas, pero la ilusión que había sentido durante toda la noche sin poder dormir seguía muy viva en ella, incluso sobresalía un poco ante las trágicas circunstancias.

—Me tienes que contar qué pasó, y digo bien, no así; en dos palabras no me puedo hacer a la idea —relataba Cova emocionada—. ¿Entonces ha venido por eso? Claro, estaría preocupado por ti. Aunque de primeras parece un chulito-playa, que diría mi padre, cuando estás tú, o, mejor dicho, contigo muta. No sé cómo explicarlo, pero es como que su egocentrismo mengua, levemente eso sí, por prestarte atención a ti; cuando habla con otros, vaga la mirada, se limita a asentir, casi puedo escuchar que su mente está diciendo «habla trucho, que yo finjo que te escucho», pero cuando eres tú la que habla ¡bum! Se centra en escucharte, no asiente con la cabeza sino con la mirada... ¿Gara? ¿Gara me escuchas o me tomas por una trucha?

Pero Gara no escuchaba, sus ojos estaban fijos en la calle, en aquella parada de guagua hasta la que habían acudido un par de chicas desde la marquesina de enfrente, recién llegadas en otro vehículo a la que estaba junto a Airam. La joven no identificaba a la de cabello castaño, pero la rubia era inconfundiblemente Tamara, que, para no dejar dudas de que era la novia de Airam, en cuanto llegó a su lado le acarició el rostro y le besó en los labios, con la confianza de quien no teme ser rechazado, y no lo fue. El estómago de Gara se revolvió violentamente al ver la escena y los gestos de cariño que la

chica le dedicaba a Airam sin el menor reparo, ni sin ser mínimamente apartada.

—Creo que voy a vomitar... —declaró Gara, antes de levantarse haciendo chirriar la silla por el suelo y saliendo hacia el baño sin cuidado.

—¡Será cabronazo! —bramó la pelirroja lanzando una mirada de odio por la ventana antes de seguir a su amiga sin dilación.

Si Cova se hubiera quedado mirando unos segundos más hubiera podido llegar a ver al menos el inicio de una discusión entre la pareja, pues Airam quería hablar con Tamara sin que estuviera la amiga de esta delante. Pero la rubia, en cuanto vio el talante distante de su novio, lo achacó a su pasada pelea de la noche anterior, por negarse a ir con sus amigos si no iba disfrazada como quería y también se puso a la defensiva.

—¿En serio quieres hablar de eso ahora? ¿Es lo que te preocupa? —le interrogó—. He venido hasta aquí, saltándome clases, para estar contigo porque sé que esto debe ser horrible.

—Haberme escrito.

—Quería que fuera una sorpresa —replicó ella.

—¿Una...? ¡Es un tanatorio, cielo santo! —Se llevó las manos a la cabeza—. ¿Pensabas que podía ser divertido o qué?

—No, pero...

—Tam, un amigo mío de toda la vida murió anoche. La última vez que hablé con él nos partimos la cara y jamás en la vida le podré pedir perdón —vociferó ante su novia, que lo miraba estupefacta—. No quiero estar contigo, no quiero que tú me consueles. Lo que quiero es entrar ahí y pedirle perdón por lo que siento de verdad y también por aquello de lo que no me arrepiento, pero no puedo, ni puedo estar con quien quiero ahora, porque todo se ha complicado demasiado. Así que no me toques las pelotas con tus rollos de novia dramática... —declaró casi sin tomar aliento y se dio la vuelta para alejarse de allí con paso decidido.

—¡Airam! ¡¡Airam!! —lo llamó Tamara, pero él no se giró ni un ápice y siguió calle abajo.

Caminó sin rumbo fijo. Llorando sin poder evitarlo, sin estar seguro de que los motivos fueran egoístas o no, sin saber bien dónde se encontraba y, cuando aceptó que estaba perdido, buscó un taxi y le dio la dirección de su casa, pagándole con dinero que pidió al dueño del bar junto a su vivienda con el que tenía confianza.

En cuanto llegó a su hogar se metió en su cuarto y se tumbó en la cama e intentó no pensar en Alexis, sin éxito. Después, trató distraerse con el ordenador, la consola y programas deportivos, pero todo era inútil. Gara no le

llamó ese día, como suponía, aunque tampoco al siguiente, que decidió volver a faltar a clase. El miércoles cuando la vio en los pasillos, ella lo ignoró sin disimulo y lo esquivó durante los descansos, hasta el recreo.

—Dijiste que me llamarías —la interpeló antes de que llegara a la escalera.

La mirada dura que ella le lanzó bien podría haberle atravesado como un cuchillo.

—Mejor que mantengas las distancias —respondió antes de rehuirlo para alejarse.

Airam no entendió porque le había dicho aquello y se quedó confuso, observando cómo todos sus compañeros lo observaban con disimulado interés. Sin embargo, no se rindió, ni siquiera cuando ella ignoró todos y cada uno de los mensajes de WhatsApp que Airam le envió durante las clases, y al salir del instituto el chico tomó el camino de casa de Gara y, haciéndose pasar por el cartero comercial, la esperó dentro del portal. Sabía que ella tardaba más por acompañar a Cova un trecho del camino.

Cuando la chica traspuso la puerta, se quedó turbada al reconocerle sentado en los peldaños del primer tramo de escaleras.

—Necesito hablar contigo —declaró Airam, poniéndose en pie.

—No tenemos nada de lo que hablar —dijo ella.

—¿Cómo que no? —preguntó incrédulo, abriendo los brazos y señalando a su alrededor.

No hizo falta que dijera nada más, aquel lugar era en sí el motivo, era El Lugar donde todo había cambiado entre ellos, donde, sin hablar, habían confesado muchas cosas al otro. Y, aunque no quisieran, volver a estar allí juntos despertaba en ellos los recuerdos de forma nítida

—Es mejor que nos olvidemos de eso —aseveró Gara, tomando la llave de su casa para dirigirse a ella sin perder más tiempo, pero Airam la sujetó por el brazo cuando se dispuso a subir las escaleras—. Airam, déjame, ¿de acuerdo?

—No. Dime qué mierda pasa —clamó.

Durante un par de segundos Gara le aguantó la mirada, estaba decidida a no decirle nada de Tamara, no iba a confesarle que los había visto, que había sido testigo de lo cabrón que era al seguir con su novia, porque si lo hacía tal vez no pudiera mantener la fortaleza con la que era capaz de hacerle frente en esos momentos. Podía ser que Airam hubiera jugado con ella, pero no por ello se iba a mostrar como una muñeca de trapo ante sus ojos y aún menos iba a demostrarle lo mucho que le afectaba e importaba en realidad.

—Soy la zorra que no quiso volver con él, que le rompió el corazón y lo

trató mal; tú el amigo que le partió la cara hace poco más de un mes — explicó con tono frío—. Que nos vean juntos solo empeoraría las cosas, para los dos.

—No me importa —dijo él sin dudar.

—Pues a mí sí. Me daba igual lo que Alexis decía porque era mentira, pero esto no me resbala y no voy a pasar por ello solo por estar contigo — afirmó, moviendo el brazo con fuerza para soltarse del agarre de Airam—. Me gustabas, pero no tanto —dijo antes de subir con rapidez las escaleras hasta su casa.

Airam nunca le preguntó a Gara si había preparado aquellas palabras o había improvisado sobre la marcha la forma de lacerarle el ego directamente: su punto más débil. Pero, como fuera, resultó muy efectivo. Estaba furioso porque le habían herido en el orgullo, pero también dolido de forma más profunda, de una manera que Gara no había creído poder dañarle en un principio, pues no consideraba que tuviera tanto poder sobre Airam, pero lo poseía.

Durante unas cuantas semanas, como Gara había dicho, ambos fueron como parias en su instituto. Eran los malos de un cuento donde el héroe era un ángel imbatible, al que no se puede vencer porque los muertos, al no tener defectos, carecen también de puntos débiles. Gara se apoyó en la leal Cova y,

por supuesto, en Aythami, quienes no dudaron un segundo en cerrar filas en torno a su amiga para que los comentarios fueran lo menos hirientes posibles. Aunque las habladurías no eran especialmente dañinas para ella, ya que tenía motivos propios, secretos y personales para sentirse mal respecto a Alexis. La culpabilidad por no haber correspondido a sus sentimientos, por haberle dado esperanzas y haber sido su novia sin sentir nada real por él, evitando que pudiera disfrutar de un amor correspondido con cualquier otra, la abrumaban y martirizaban más que cualquier comentario que otra persona pudiera lanzarle.

Por su parte Airam se apartó de todos. Le era indiferente que le vieran como un violento o un amigo traicionero, pues, en el fondo, agradecía que nadie revolotease a su alrededor, en especial las chicas, porque se sentía furioso con el mundo entero las veinticuatro horas del día.

Y, poco a poco, mientras sus compañeros se iban acostumbrando a decir que eran sesenta y tres alumnos en bachillerato y no sesenta y cuatro, los profesores dejaron de recordarles que si necesitaban hablar sus despachos y el del psicólogo estaban siempre abiertos y los padres dejaron de sentir una agobiante psicosis porque uno de sus vástagos muriera repentinamente, fue pasando el curso.

Lo que había pasado en el portal de Gara la noche del Entierro de la

Sardina, se convirtió para ambos protagonistas en un recuerdo que rememoraban en secreto porque, pese a tener un sabor amargo, eran incapaces de dejar que se perdiera en el olvido, ya que una parte de ellos seguía apreciando la dulzura que contenía.

Cuando llegó el verano, Airam se puso a trabajar en la tienda de deportes cercana a su casa y Gara se marchó a la península todo un mes con Cova. La pelirroja no quería estar sola con cada uno de sus padres por quince interminables días, pese a disfrutar de todas las comodidades, porque resultaban ser de esas personas devotas de la creencia de que un abrigo caro, una cena de postín y un viaje de lujo, reconfortan tanto o más que el cariño de un abrazo.

Sin embargo, ni el tiempo transcurrido, ni la distancia, ni tampoco la pequeña diferencia horaria de una hora; lograron que Gara sacara de su cabeza a Airam, y a Cova no le costaba deducir que cuando su amiga se quedaba con la vista perdida en el infinito y el semblante distraído, era en él en quién pensaba, incluso habiendo conocido a varios chicos durante aquellas semanas que podrían hacer olvidar a cualquiera.

—¿Quieres que quedemos con Eloy y sus amigos? A Juanan parece que le gustas mucho —propuso Cova, refiriéndose a los chicos que habían conocido en la heladería de la playa unos días atrás.

—Juanan me agobia un poco, es demasiado intenso, solo nos hemos liado y no deja de escribirme —dijo Gara.

—Le habrás impresionado, qué sé yo... Pero es un chico que merecería la pena recordar siempre, aunque lo que pase no sobreviva a las vacaciones —comentó Cova.

—¿Recordarle? —preguntó incrédula, sabiendo perfectamente a qué se refería su mejor amiga—. No me voy a acostar con él, no me gusta tanto, así que no comparto tu opinión de querer recordarlo siempre.

—Supongo que es cuestión de gustos —determinó la pelirroja—. Pero es el coñazo de ser virgen. Si no lo fuéramos, pues la cosa sería más fácil, aunque ligáramos con un capullo no importaría, porque te puedes olvidar del quinto chico con el que te acuestas, pero..., cuando es el primero, su recuerdo de capullo estará siempre ahí...

—El exceso de capullos nos mantiene vírgenes —declaró Gara con tono cómico.

—Por desgracia.

—Alexis no era un capullo, no como novio —reconoció la chica—. Aunque como ex se desquitó de lo lindo, eso sí. Por eso me alegro de no haber dado ese paso con él y, además, que el primero esté muerto sería algo... No sé...

—Funesto, creo que es la palabra de buscas —apuntó Cova.

Gara asintió sin decir nada, quedándose pensativa por unos segundos. Durante unos meses le había costado mucho volver a hablar de Alexis, pero, poco a poco y con las personas de más confianza, comenzaba a mencionarle cuando lo recordaba. Se había dado cuenta de que aquello le ayudaba a asimilar la realidad, a procesarlo y también dejarlo atrás.

—Además, yo creo que tú tienes claro con quién te gustaría que eso pasara, ¿no? Venga, estás pensando en Hollister... no lo niegues.

—¿Airam? —preguntó Gara, sentada en el bordillo con las piernas en remojo.

—Reconoce al menos que has estado pensando en él, no lo niegues, pones esa cara de “¿él se acordará de mí?”.

—No he pensado en él, ¡pero si he estado ligando todo el verano!

—Sí, pero siempre te niegas a volver a quedar con esos chicos, y ambas sabemos que es porque no quieres estar con ningún chico, porque no le has olvidado.

»Deberías enviarle un mensaje, hablar, aunque sea por WhatsApp e intentar solucionar lo que pasó. No tienes que perdonarle lo de la rubia esa sin más, pero al final la dejó y no ha estado con nadie, que sepamos, desde

entonces. Algo querrá decir. Yo creo que le gustas, más que cualquiera, y que, si los dos dejarais de primar vuestro tonto orgullo a lo que sentís, podríais estar bien juntos, pero uno de los dos tiene que ceder.

—Me da igual que la dejara al final o no. Estuvo conmigo esa noche y me hizo creer que lo que pasó fue importante, parecía que le importaba de verdad, pero cuando Tamara apareció ni se inmutó, como si todo fuera perfecto entre ellos. No puedo estar con alguien así, nunca me fiaría de él —determinó Gara—. Me gustaba mucho, creo que desde siempre, pero en realidad sé que no funcionaría y lo mejor es que me olvide de él, y tú deberías ayudarme.

—Uno no decide esas cosas, por mucho que se lo proponga —afirmó Cova, con mucha razón.

Su amiga soltó un bufido, pero no replicó nada más. Cova era una entusiasta del amor y Gara lo sabía, por eso prefería no discutir con ella sobre Airam, dado que la pelirroja se había empeñado en darle esperanzas, cuando Gara estaba segura de que mantenerlas era absurdo, pues a esas alturas el chico ya la habría olvidado, y con otra seguramente.

Muy errada tampoco estaba la joven, Airam había buscado con quien consolarse y tratar de olvidarla en su trabajo estival. Muchas de sus compañeras eran aficionadas a los deportes y como, en parte, él pensaba que

Gara le gustaba por eso, porque era lo que la hacía diferente, creyó que conociendo a otras chicas con las que compartir esos pasatiempos, comprobaría que ella no era única para nada y podría olvidarla, pero se equivocó. Después de salir con una chica aficionada al baloncesto durante un par de semanas, y luego con otra que entrenaba cada día y era una fanática del *fitness*, y estar rodeado de compañeras que sabían tanto o más que él sobre deportes y ejercicio, se dio cuenta de que por muy divertida, simpática, ingeniosa, guapa o atractiva que fuera cualquier otra, no podía hacer sombra a Gara para él. Aun así, estaba decidido a no intentar nada con ella. Lo había humillado, era así como se sintió cuando le dijo que no merecía la pena ser el blanco de todo el escarnio de sus compañeros por estar con él, y no podía olvidarlo.

Airam no podía dejar de pensar en todos los meses que Gara había fingido ignorarlo, había hecho como si nunca hubiera pasado nada entre ellos y demostrado que no le importaba. Aunque le llevase tiempo olvidarla estaba seguro de que lo conseguiría y, con el comienzo del curso, aunque la tuviera que volver a ver todos los días, iba a demostrarle que le era indiferente.

El verano y los meses transcurridos habían hecho que la gente olvidase que Airam y Alexis se odiaban antes de que este último falleciera y el encanto, atractivo y carisma que el primero siempre había tenido, ayudó a que recuperase su popularidad en aquel último curso. El primer trimestre fue

normal, con la salvedad de que la palabra «universidad» era repetida una decena de veces por asignatura. Airam odiaba escuchar de forma fugaz una conversación donde Gara mencionaba a algún chico que había conocido en vacaciones y ella verle a él coquetear con alguna compañera, pero, oficialmente, ambos se ignoraban.

Sin embargo, al llegar el carnaval y las fiestas encadenadas de unos lugares y otros, Airam se topó con su propio pasado, encontrándose con Tamara durante una de las celebraciones de comparsas. No fue demasiado incómodo, no tanto como él esperaba, porque Tamara lo saludó con normalidad y le preguntó cómo estaba, como si fueran solo dos viejos amigos. Pasados unos minutos, donde las preguntas por mera educación pasaron a un par de bromas, se apartaron de sus amigos y comenzaron a hablar sentados en un banco de qué planes tenían para cuando terminarán de estudiar, lo que quedaba más lejano para Tamara, que tenía un año menos.

—No creo que estudie fuera, quiero hacer Educación Física, así que no tengo que mudarme ni nada —comentó Airam, jugueteando con la lata de RedBull vacía en la mano —, pero tampoco tengo las cosas muy claras, podría cambiar de opinión.

—Yo decía de irme a península, pero ahora creo que estudiaré algo aquí. No quiero dejar a mis padres...

—¿Y eso? Siempre dijiste que la isla se te hacía pequeña, que te agobiaba —preguntó sorprendido.

Los ojos de Tamara se volvieron tristes y desvió la vista al suelo, desconcertando al chico.

—Mi abuelo está enfermo y... aunque él no estuviera para cuando comience la universidad, dejar a mis padres...

—Oye, no digas eso —intentó consolarla.

—Está muy mal, cada día peor. —Negó con la cabeza—. La verdad es que... nos lo dijeron al poco de lo que pasó con tu amigo, cuando lo dejamos. Sé que para ti fue muy duro todo aquello y yo no supe cómo llevarlo. Me da cuenta cuando a mí me tocó pasar por un momento duro...

—Lo siento, mi niña, no sabía... —dijo él.

—Tranquilo, no lo sabías, es normal. La verdad es que siento que desde que rompimos todo ha ido mal. No te lo digo para hacerte sentir culpable ni nada así, pero no puedo evitar pensar que pasé contigo los mejores días de mi vida—confesó Tamara con los ojos llorosos—. Me gustaría volver a aquella época, lo pasábamos bien...

Airam asintió, casi sin pensar. En realidad, no podía contradecirla en nada, con ella había estado bien, cómodo y feliz, o al menos había

experimentado un sucedáneo a la felicidad muy agradable. Dejó a Tamara por Gara, pensó que podría estar con la chica que realmente quería, pero no fue así, y ciertamente desde entonces no había vuelto a sentirse satisfecho.

Por ello, por la morriña de tiempos mejores y de la seguridad de lo conocido, Airam se acercó con calma y levantó con lentitud la barbilla de Tamara para poder mirarla a los ojos, y aunque eran de un azul claro y no los profundos ojos oscuros con lo que solía fantasear se acercó más y la besó, pensando que así se cerraría el círculo.

Tamara necesitaba a alguien que la reconfortara ante la expectativa de perder a un ser querido sin poder hacer nada para evitarlo; Airam también sentía la necesidad de que alguien lo valorase y lo quisiera. Así que no les costó volver a ser la pareja perfecta.

Sin embargo, aunque la relación que Airam tenía con Tamara podía parecer ideal desde fuera, en realidad no iba bien. No se veían mucho; ella quería pasar tiempo con su familia, en especial con su abuelo, y él ponía cualquier tipo de excusa para evitarla si le era posible, desde entrenar con el equipo de fútbol a estudiar de cara a la selectividad.

Volver a salir con ella había sido una mala idea, sin ninguna duda, el tiempo no retrocedía y ni los sentimientos se podían controlar. Lo único que podía hacer Airam era dejar pasar el tiempo hasta que Tamara pasara por el

duro trance de perder a su abuelo y un tiempo después dejarla, cuando no fuera tan doloroso para ella. Hasta entonces, Airam haría más de buen amigo que de novio, o eso pretendía, porque Tamara sí seguía enamorada de él y no perdía la ocasión de demostrar lo mucho que apreciaba su cariño y comprensión.

—Sé que no podemos estar mucho juntos, pero te lo puedo compensar —decía ella con voz sugerente, tomando asiento en el sofá de su casa junto a Airam.

—No importa, yo también ando liado.

—Que no te importe no hace que sea poco importante, vida. Además, mi madre no llegará hasta más tarde —declaró acariciando su muslo, acercándose a él antes de besarle con pasión.

—En serio, Tam...

—Shhh... —interrumpió, posando su dedo índice en los labios de Airam —. Relájate.

Con movimientos lentos que pretendían resultar sensuales, la chica fue deslizándose por su torso sin dejar de mirarlo a los ojos, descendiendo sus manos hasta los pantalones de Airam y abrirlas con la mayor maña posible. El roce y las caricias en su entrepierna resultaban agradables y muy placenteros para que el chico le impidiera continuar. Aunque sentía una

punzada incómoda en su interior, también sabía que solo un estúpido frenaría a una chica como Tamara, sobre todo cuando no tendría que tener ninguna otra preocupación en la cabeza.

Cuando sintió el cálido aliento de la chica sobre su sensible piel, dejó caer su cabeza hacia atrás en el respaldo del sofá, dispuesto a disfrutar de lo que su entregada novia tuviera deseos de hacer, dejando que la excitación se apoderase de su cuerpo. Con más entrega que destreza, la chica deslizó su lengua, provocando un ahogado gemido en Airam que la animó a continuar sin miedo.

—Mírame —pidió con voz cálida—. Quiero que nos miremos...

Airam giró el cuello dispuesto a obedecerla para que no se detuviera, pero en cuanto sus ojos se centraron en sus rasgos angulosos, sus ojos claros y su rubio cabello, el deseo se desvaneció dejando su cuerpo frío. Ella, ignorante del cambio producido en su novio, sonrió con los labios humedecidos bajando de nuevo el rostro con los ojos clavados en él.

—Para... —Se incorporó con un brusco movimiento.

—¿Qué pasa? —preguntó confundida.

—Nada... —aseguró, llevándose las manos a la ropa interior para que todo volviera a su lugar—. Es que no es un buen momento.

—¿He hecho algo mal?

—No, no... No eres tú, soy yo —dijo, insultándose interiormente por usar una expresión tan trillada—. Es que estoy bajo mucha presión. No lo entiendes porque no estás en segundo y no te meten tanta caña con la uni y nada de eso, pero es mucho agobio y no puedo pensar en otra cosa —soltó la primera excusa que se le pasó por la cabeza con voz nerviosa—. Me siento fatal, pero no puedo evitar pensar que ahora debería estar pensando en qué carrera elegir, en lugar de pasarlo bien contigo. Lo siento.

Ante la mirada atónita y confundida de Tamara, Airam se alejó, decidido a salir de la casa rápidamente. Estar allí frente a ella, que no entendía cómo era rechazada por su propio novio, lo estaba agobiando y necesitaba huir cuanto antes.

En cuanto salió del edificio, comenzó a maldecir para sí mismo e insultarse en todos los idiomas que conocía por haber sido tan memo de rechazar a Tamara en aquella situación, pero sí llegaba a intuir que no había sido ni por él mismo ni por su novia, sino a causa de Gara. Había sido al ser consciente de que no estaba con Gara que su libido se había esfumado y una parte de él la odio por ello.

—Tengo que sacármela de la cabeza —se ordenó a sí mismo con voz rabiosa, caminando a paso acelerado por la calle.

No obstante, Airam solo tenía claro que estaba decidido a ello, pero no cómo podría lograrlo. Tamara no le había hecho olvidarse de Gara, como tampoco había logrado pasar página estando con otras chicas durante el verano. Hablar con ella no pensaba que fuera a dar ningún resultado, ni se le ocurría ninguna otra alternativa, así que decidió hacer lo que había escuchado que solía hacer la gente para olvidar: beber.

La importancia que el deporte tenía en la vida de Airam había dado como resultado que fuera poco, o nada, aficionado a la bebida. En una ocasión se había tomado un par de copas de ron con Coca-Cola y al día siguiente había jugado el peor partido de su vida, por lo que en raras ocasiones llegaba a consumir cerveza y usualmente no consumía nada más que bebidas energéticas. Pero las clases para su curso habían terminado para que se prepararan para la PAU y, pasara lo que pasara en esa prueba, la mayoría de los estudiantes querían celebrar el final de aquel ciclo en sus vidas con una buena fiesta en la playa.

Airam no sabía qué le había servido Yeray, pero no estaba tan malo como esperaba, sobre todo después de haber bebido dos vasos enteros. Cuando dio cuenta del tercero, ni siquiera estaba seguro de que el contenido tuviera el mismo color que los anteriores, y terminó tumbado en un banco del paseo con el quinto vaso vacío en su mano cuando la marea alta invadió toda la playa en la madrugada.

—¿Tus planes son dormirla aquí o ni siquiera te has dado cuenta de que nos estamos yendo? —preguntó una vocecilla sobre su cabeza.

Con pesadez y sintiendo cómo el mundo entero giraba de forma brusca. Airam alzó la vista reconociendo el cabello pelirrojo de Cova.

—Será mejor que te gires, pero no te levantes o acabarás vomitando, aunque eso a veces es lo mejor —siguió diciendo—. No te preocupes, yo sé dónde van y Thami sabe que me he quedado contigo.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Airam mareado sin entender siquiera de qué hablaba la chica.

—Mejor que me quede yo a que lo haga Miriam, creo que sus intenciones son peores que las mías —dijo pensativa, tomando asiento en el poco espacio del banco que Airam no ocupaba—. O, tal vez son mejores, será cuestión de perspectivas, supongo.

»Bueno... Te has cogido una buena, ¿has cortado con la Barbie?

—¿A ti qué te importa?

—Nada, la verdad, era por hablar de algo —respondió despreocupada—. Pero como no ha venido y tu pareces un poco raro, pues...

—Su abuelo está enfermo, sale poco —respondió—. ¿Y Gara? ¿Por qué no ha venido ella? Sueles ser su amiga lapa, siempre van juntas.

—Voy a ignorar esa denominación ofensiva para centrarme en tu interés por mi amiga. ¿Por qué te importa?

—Curiosidad, ya te he dicho que al ser su lapa me extraña no verla a ella estando tú.

—Eres realmente gilipollas, y pensar que yo me ponía de tu parte — declaró Cova poniéndose en pie.

—Eh, ¿qué has dicho? —Se incorporó rápidamente al escucharla.

—Que eres gilipollas... —Se giró hacia él.

Airam se vio conquistado por una intensa náusea que lo instó a ponerse en pie y buscar un lugar donde vomitar con rapidez, ignorando el insulto de la chica. Asqueado y un tanto angustiado, porque su cuerpo nunca había pasado por un estado así, el chico no supo qué hacer a continuación, pese a sentirse mucho mejor.

—Toma, límpiate. —Un pañuelo de papel apareció frente a su rostro—. Será mejor que nos sentemos hasta que te vuelva el color a la cara.

—Gracias —dijo, aceptando el pañuelo y siguiendo a la pelirroja hasta un banco cercano, pero bastante alejado de su última cena.

—Me parece incongruente que se financien campañas contra el abuso de alcohol y no cursos sobre qué hacer cuando te has pasado con él —dijo Cova,

como si hablase consigo misma—. *Los adolescentes beben, ¿qué hacemos? Decirles que no beban, ¿Funciona? No. ¿Entonces? ¡Pues repetimos!*

—Yo no suelo beber, de hecho, esta es la primera vez que...

—Ya, y no sabes que si te hubieras quedado dormido boca arriba podrías haber entrado en coma etílico, ¿a que no? Por eso te he dicho que te girases. No defiendo que la gente se ponga pedo, solo digo que si se ponen pedo al menos que sepan cómo no tener más consecuencias que una resaca. Aunque a veces un susto para algunos es bueno, pero también los hay que no aprenden ni...

—¿Puedes callarte un minuto? —la interrumpió.

—Eh, sí, claro... Lo sé, hablo mucho. No eres el primero que me lo dice, es que... —Airam la miró incrédulo—. Vale, me callo.

Aunque seguía sintiendo el estómago un tanto revuelto, el malestar que se había apoderado de todo su ser y lo tenía embotado minutos antes se había esfumado del cuerpo del chico, al que solo le incomodaba en esos momentos el desagradable sabor a bilis en la boca.

—¿Qué has querido decir con estar de mi parte? —preguntó al ver que la chica no se marchaba.

—Que si hubiera sabido que eras tan gilipollas no lo habría hecho —

respondió sin aclarar en absoluto la duda del chico—. Por cierto, eso me recuerda que me iba y, además, ya estás bien.

—Espera, ¿cuándo has estado de mi parte? —preguntó con interés.

—Pues..., cuando te vimos con tu novia después de estar por la noche con mi mejor amiga y ella decía que eras un cabrón y yo me equivoqué pensando que habría una explicación...

—Wowww Wowww, ¡alto ahí! ¿Cómo, cuándo, dónde? —preguntó Airam.

—Tanatorio: el día después de liarte con mi mejor amiga y decirle que te preocupabas por ella y blablablá... Cuando tu novia apareció no parecías nada incómodo con ella. ¿Ya sabes de lo que hablo?

—Pero si dejé a Tamara ese mismo día, de hecho, discutimos allí.

—Te vimos besándola y no parecías para nada...

—¿Y qué iba a hacer; tirarla a la carretera?!

—No, bueno, pero...

—Lo que hice no estuvo bien, pero no con Gara, sino con Tam. Le puse los cuernos y además no me arrepentía. ¿Acaso Gara pretendía que encima humillara a Tamara allí mismo? Ella no había hecho nada.

—No, claro... Pero verte besándola pues...

—Es decir, Gara me vio con ella... Y fue eso lo que le jodió: pensó que seguía con Tamara... Entonces, lo que me dijo era una excusa, ¿no? Eso de que no merecía la pena estar conmigo, eso era mentira, era que ella pensaba que yo estaba con Tamara y con ella a la vez... ¿A que sí?

—No te voy a responder, no soy tu amiga.

—¿Y qué? Dímelo, Gara sí quería estar conmigo.

—Puede, pero eres un gilipollas, así que, por suerte, no lo estuvo.

—Pero yo dejé a Tamara. Ese día discutimos, no por Gara, cierto, pero sí que discutimos y esa misma noche le dije que no podía seguir con ella.

—¿Por Gara?

—No, a nadie le gusta saber que le han puesto los cuernos —dijo Airam—. Pero la dejé por Gara, salí con ella para olvidarme de Gara... Las dos veces, de hecho.

—¿Y te funcionó?

—¿Por qué piensas que he terminado vomitando? —preguntó retórico, pero la pelirroja lo miró confusa—. ¡No! No me he olvidado de Gara.

—Sois idiotas, ¿lo sabéis? —declaró Cova enfadada, levantándose del banco para enfatizar su malestar—. ¿Por qué no le dices eso? ¿Por qué en lugar de salir con otras personas, os decís de una vez que os gustáis y dejáis

de marear al mundo, llorar, vomitar y mentirosos el uno al otro? No es tan difícil, miles de parejas se confiesan a diario... ¿Qué problema tenéis para no hacerlo vosotros? ¿Sois masoquistas?

—¿Pero qué dices? ¿De qué estás hablando?

—De que esto es exactamente lo que yo suponía, de que a ella le gustas más que nadie y de que tú estás loco por ella, pero sois dos imbéciles llenos de orgullo que me acabaréis provocando una úlcera.

»El domingo por la tarde me voy con ella a escalar a Las Palmas, aunque no me apetece nada porque seguro que me piño, creo que es por La Isleta. Si apareces por allí me pondré de tu parte, por última vez, pero si vuelves a tener una excusa o lo que sea voy a ser la mayor defensora de que te olvide para siempre, ¿me oyes? —declaró sin apenas pensar y, sin dejar a Airam tiempo para reaccionar, se dio la vuelta y se alejó en la dirección en la que habían ido el resto de sus amigos.

Airam la vio alejarse, dudando de si había entendido bien lo que aquella excéntrica chica pelirroja le estaba proponiendo. Hacía meses que entre él y Gara solo había esquivos cruces de miradas. Para la chica que él hubiera vuelto con su exnovia resultaba lo más lógico, así las cosas eran como debían ser, porque así le resultaba más sencillo convencerse de que ella y Airam no eran una posibilidad factible como pareja y podría olvidarle. Que la sensación

de vacío en su interior fuera intensa, que tuviera que obligarse a emocionarse al pensar en otro chico o que la mente la traicionara cuando recordaba que nadie la había besado como Airam aquella lejana noche en su portal, eran problemas que podía ocultar al resto y fingir que no existían, porque si los confesaba sabía lo que le iban a decir, en especial Cova, que llevaba meses repitiéndole que todos los malentendidos que habían padecido eran solo fruto de la falta de comunicación; «debéis hablar», repetía la pelirroja, mientras Gara negaba. «¿Hablar? ¿A esas alturas?». Había demasiadas conversaciones pendientes, demasiados temas que tratar y ni siquiera sabía por dónde empezar. Ninguno de los dos, ni Gara ni Airam, eran buenos con la dialéctica, eran seres de acción, por lo que, si la solución había estado en hablar, estaba claro por qué no estaban juntos. Y Gara seguía pensando igual un año después: por mucho que gastaran saliva, sus problemas no se solucionaban debatiendo.

—Es que tampoco quieres hablar —lo acusa Gara alejándose todo lo que el reducido armario le permite—. Solo quieres que olvide todo, diga que te perdono y te bese.

—¡Sí! Claro que quiero eso, te lo he dicho —reconoce el chico—. Quiero estar contigo, quiero besarte y abrazarte, quiero saber que estás en mi vida, porque te quiero, Gara, ¡te quiero!

—Que... me... —Las palabras se atorán en la garganta de Gara y no es capaz de repetir la oración en su totalidad.

Jamás le ha escuchado decir esas palabras, ni nunca ha tenido la suficiente confianza como para decirse a sí misma que Airam la quería pese a no decirlo directamente. Incluso con todo lo vivido a lo largo de los años, que él reconozca sin tapujos sus sentimientos, que lo haya vociferado hasta tal tono que seguramente lo hayan oído desde fuera del armario, no deja indiferente a Gara y hace que seguir resistiéndose a las palabras de Airam y sus propios sentimientos sea muy complicado.

—Te quiero —repite él—. ¿Te lo repito? Te quiero, te quiero a ti y solo a ti. Te quiero desde hace años y desde entonces no he dejado de quererte.

»Estuve con Tamara, volví con ella..., pero porque me daba pena, aunque suene mal, lo estaba pasando mal y lo sentía por ella. Pero solo hay un motivo por el que estaba con ella sin sentir nada: que creía que te había perdido y nunca me perdonarías...

—¿Y, si me querías entonces... por qué... por qué...? —pregunta Gara intentando contener el llanto.

Las palabras de Airam han removido no solo sus recuerdos, sino también los sentimientos que experimentó por él en aquel entonces y en todas las ocasiones, incluyendo ese preciso instante. No puede continuar hablando por

la tensión acumulada en su garganta y, en lugar de dar voz a sus pensamientos, golpea el pecho del chico, sin demasiada fuerza, pero con decisión, con ambos puños alternativamente sin que él haga nada más que aceptar cada golpe cargado de frustración más que de ira, hasta que la chica se detiene.

2 minutos

Con los pulgares, Airam limpia las lágrimas que recorren las mejillas de Gara enmarcando su rostro con ambas manos, mientras apoya su frente en la de la chica, sin decir ni hacer nada más.

—¿Por qué no me dijiste que me querías? —pregunta ella con la vista en el oscuro suelo.

—Sabes que soy un imbécil... —responde Airam—. Y, porque temí que, aunque te lo dijera, me respondieras que te daba igual. Sabes hacerme daño cuando te lo propones. Además, en parte creí que lo sabías, porque tú tampoco me lo dijiste.

—Yo...

—¿Vas a decirme que no me quieres? ¡Ños, Gara...! Ahora no me lo voy a creer, solo mírate —apunta él.

—¿Qué? ¿Que me miré qué? —pregunta un poco a la defensiva.

Airam sonríe al ver la expresión orgullosa de ella entre las sombras y reprime el impulso de besarla.

—Estás llorando —se limita a contestar.

—¿Y qué? —replica, pero no le permite responder—. Es por todo, no solo por ti.

—Bueno, di lo que quieras. Sigue pensando que eres la única que tiene derecho a estar enfadada, niega que me quieres, apúntate a bruta^[11] y sigue como siempre... Como si eso te hubiera venido bien alguna vez —declara Airam algo cansado.

Sabe que ya no le queda tiempo para hacerle ver las cosas de otra manera a Gara, apenas les quedan un par de minutos allí encerrados y, en cuanto la puerta se abra, ella saldrá tan deprisa como sus largas piernas se lo permitan.

—¿Y qué quieres que haga? —pregunta ella—. No puedo olvidar sin más.

—Solo dime qué quieres que haga yo, eso es lo único que te pido.

»He venido hoy aquí por ti, me he tragado el orgullo porque tú me importas más. Y estoy dispuesto hacer lo que haga falta para dejar de pensar en ti y poder estar contigo —declara con tono seguro y firme—. No te pido nada, no quiero que hagas nada.

—Claro que lo haces —afirma Gara con firmeza—. Me pides que olvide, que vuelva a confiar en ti... Y no puedo, no confío en ti...

Airam da un paso atrás frente a Gara, apoyando la cabeza en la pared con gesto abatido. No sabe qué más decir o hacer. Podría replicarle que él también tiene motivos para seguir molesto, pero no lograría nada, porque lo único que puede recriminarle a estas alturas es precisamente que no confiara en él, y sigue sin hacerlo. ¿Acaso puede culparla? En realidad no: no solo cometió un error, sino que lo cometió dos veces.

Cuando Airam despertó al día siguiente a la celebración de final de curso, la primera gran resaca de su vida y los difusos recuerdos de la noche hicieron que no tuviera claro si había soñado o no su conversación con Cova. Sin embargo, por fortuna, recordaba con bastante claridad que la pelirroja le había dicho que al día siguiente Gara estaría escalando en un lugar de La Isleta, y decidió buscar en internet. Solo había un centro de escalada *indoor* en la zona y tuvo claro que al día siguiente estaría allí para aclarar de una vez las cosas con Gara y sincerarse con ella. Cova había dicho que si no estaban juntos era por su orgullo y no podía negar eso. Sin embargo, tampoco podía negar que el hecho de que él hubiera estado con Tamara también había complicado mucho las cosas, por ello no dudó un segundo en llamar a su novia, con la intención de que dejara de serlo.

—Vida, estaba a punto de llamarte, acaban de bajar a mi abuelo a la UCI —dijo una llorosa Tamara—. No podemos entrar a verle, pero no me voy a mover del hospital.

—Lo siento, Tam... —dijo el chico apesadumbrado.

—Me alegra escuchar tu voz, aunque no tengo muchas ganas de hablar ahora... No sé qué va a pasar y...

—¿Quieres que vaya? —propuso, pese a que era lo último que deseaba.

—Eres tan bueno... Pero no hace falta. Es mejor que esté con mis padres, mi madre está tan cansada y triste.

—Claro... Llámame cuando necesites, me gustaría hablar contigo.

—Gracias, eres un cielo por llamar —dijo la chica intentado mostrar optimismo en su voz.

Airam maldijo para sus adentros, pero conservó la esperanza de poder hablar con la chica aquella noche o al día siguiente para confesarle que quería poner fin a su relación de la forma más suave posible. No obstante, Tamara no cogió el teléfono por la noche, y a la mañana siguiente fue ella la que contactó con él, informándole del triste, aunque esperado, desenlace que había sufrido su abuelo, pero lo hizo con un mensaje.

Airam se odiaba por lo que estaba haciendo mientras tecleaba con

decisión cada letra. Tamara no merecía aquello, y menos en un momento así, pero debía terminar con ella antes de sincerarse con Gara aquella tarde.

«Lo siento mucho. Lo mejor es que estés cerca de tu familia y nos demos un tiempo».

En cuanto envió el mensaje se sintió liberado de una forma culpable, aunque sabía que debía sentirse mezquino, era incapaz de arrepentirse, sobre todo ante la esperanza de que aquello le ayudase a que nada se volviera a interponer entre él y Gara.

Las horas que le restaban hasta la tarde se le hicieron eternas. Al igual que le sucedió a Cova. La joven era incapaz de poder disimular que algo sucedía frente a su mejor amiga, en especial cuando esta apareció con su padre y hermanos.

—Creía que iríamos solas —dijo la pelirroja al acercarse al coche de su amiga.

—¿Y cómo llegaríamos, mi niña? Está súper lejos. Ese sitio les encanta a mis hermanos, pero no estarán toda la tarde, sobre las seis mi padre se irá con ellos. Aythami me dijo de quedar para cenar por Triana, podemos ir desde allí en guagua y luego a casa desde San Telmo, ¿te parece?

—Vale, bien... —dijo un poco nerviosa

—¿Qué te pasa? Estás rara —preguntó curiosa su amiga, antes de montar en el automóvil.

—¿A mí? Nada. Ya sabes que soy rara siempre. Lo raro sería que no estuviera rara, ¿no? *Uy, Cova siendo normal, qué raro...* —se rio nerviosa, moviendo las manos a su alrededor—. Así que estoy como siempre, rara.

—¿De verdad que estás segura de que tus padres no te medicaban en secreto y, ahora que no estás a su cuidado, no tomas las pastillas adecuadas? —preguntó Gara en broma, ocupando el asiento trasero del vehículo junto a sus hermanos.

—¿Absolutamente? No, pero de verdad que siempre he sido así, no es nuevo —respondió su amiga acomodándose en el asiento del copiloto.

Durante todo el trayecto, Cova estuvo pensando qué pasaría si Gara y Airam se encontraban estando el padre de la chica allí, y si eso arruinaría el plan que había ideado. Daba por hecho que, fuera como fuese, su amiga se enfadaría de primeras, contaba con ello y lo asumía, con la esperanza de que al final todo saliera bien y fuera perdonada. Pero la presencia de los dos niños podía echar todo por tierra, eran unos auténticos monstruitos.

Cuando llegaron al centro de escalada Airam ya estaba allí y, por su gesto, también le sorprendió encontrarse a la familia de Gara acompañando a la joven. Con algo que no contaba la pelirroja era con que el chico conocía de

sobra al progenitor de su amiga, y ante el desconcierto de la joven Airam saludó a su padre y comenzó a hablar con él de la liga de fútbol.

—¿Qué narices hace él aquí? —preguntó Gara a su amiga, que se encogió de hombros.

Gara se dirigió a ponerse su equipo al fondo del local. La instalación estaba en una nave industrial, con elevados techos que proporcionaban unas altísimas paredes perfectas para la escalada *indoor* y que se habían aprovechado al máximo con estructuras irregulares, para aumentar la dificultad en algunas zonas, creando con muros espacios independientes para los diferentes niveles y estilos de práctica. La zona infantil se encontraba al fondo del local y hasta allí Gara llevó a sus hermanos, para colocarles el equipo y dejarlos al cuidado del monitor de aquel día, ocupándose a continuación de su amiga, neófito en aquella actividad.

—Te lo voy a preguntar una vez más, ¿qué hace él aquí? —cuestionó apretándola el arnés.

—Yo le dije que vendríamos —dijo Cova con rostro culpable—. Pero lo hice solo cuando me dijo que dejó a Tamara la misma tarde que fue a verte al tanatorio, y que si no lo hizo antes fue porque no se merecía que él fuera un cabrón con ella, y lo cierto es que... es verdad.

—¿Perdona?

—El viernes, ya sabes que no pensaba ir y quería quedarme contigo cuidando de tus hermanos, pero...

—Ese no es el tema, me alegro de que Aythami y tú fueran, son mis hermanos y mis problemas, no los de ustedes, pero eso no justifica que hayas confabulado con el tontopolla de Airam sin decírmelo.

—Sé que ahora me odias, y lo entiendo, pero él no jugó contigo y creo que sí está colado por ti. Le dije que vendríamos a escalar por La Isleta esta tarde y que si no se tragaba su orgullo y venía a decirte lo que siente, te obligaría a que pasaras de él para siempre. Y, mira, encontró el sitio y a saber cuánto lleva esperando, porque apenas le di datos.

Gara soltó un gran bufido para demostrar su enfado, pero no dijo nada, porque no se le ocurrió nada malo, ni encontraba en las palabras de su amiga algo que replicar. No obstante, se sentía demasiado contrariada para darle las gracias o mostrarse visiblemente contenta.

—De nada —dijo la pelirroja al pasar junto a ella con una sonrisa pícaro.

Nerviosa y sin poder concentrarse en la subida que intentaba realizar para enseñar cómo se hacía a su amiga, Gara no dejaba de dirigir su mirada a las mesas de la parte delantera del local, donde Airam se había sentado junto a su padre a tomar un refresco. Cova no le metió presión, ya que no tenía ningún interés real en aprender escalada, y ver a su amiga tan inquieta le hacía

gracia, por lo que las dos horas siguientes pasaron con relativa rapidez, pese a la inquietud que los tres jóvenes sentían.

Como era de esperar, los hermanos de Gara se negaron a irse, pero si había algo que el padre de la joven había aprendido para poder criar a todos sus hijos en solitario, era a mantenerse firme en sus decisiones y, pese a los pataleos de los pequeños, dijo que el que no llegara al coche en menos de dos minutos no volvería a escalar en un año, lo que provocó que los niños echaran una carrera hasta el vehículo. Por un instante, Airam temió que Gara decidiera irse con su padre, y respiró con alivio cuando la chica se dirigió a la parte central de la sala, a la sección que formaba una cueva en donde poder practicar la escalada horizontal.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó yendo tras ella.

—No —dijo con determinación.

No solo Airam quedó desconcertado, sino que Cova miró a su amiga sin dar crédito y a punto estuvo de adelantarse al chico para increparla por ser tan cabezota y orgullosa, pero Airam fue más rápido que ella.

—Bueno, pues no hables. En realidad, solo he venido para decirte que no supe hasta el viernes que me habías visto con Tamara y que por eso no sabía por qué estabas tan mal conmigo. Yo nunca quise estar con las dos. Ninguno pensó lo que iba a pasar la noche de final de carnaval y por eso seguía con

ella. Tamara no merecía que la tratara mal, y tal vez por eso te hice pensar que quería seguir con ella, pero la dejé ese mismo día porque no quería estar con las dos, solo quería estar contigo.

—¿Ahora es cuando me preguntas “a quien vas a creer a mí o a tus propios ojos”? —cuestionó con sarcasmo Gara, saliendo de la cueva para alejarse de Airam, que la siguió hasta la pared aladaña.

—Ños... Te estoy diciendo lo que pasó, es la verdad.

—Sé lo que vi. Ella no solo te besó —alegó anclando su arnés a la cuerda de seguridad para poder ascender por la pared—, tú actuaste como si no pasara nada. Hacía treinta segundos que me habías dicho que querías hablar conmigo de lo que pasó esa noche y luego estabas con ella como si nada.

—Pero... Si... —tartamudeó Airam confuso. No sabía qué alegar, el no recordaba aquello como Gara lo estaba relatando, pero todos los recuerdos de esa mañana se le antojaban muy difusos por todas las circunstancias.

Antes de que el chico pudiera formular una frase completa y con un mínimo de sentido, Gara comenzó a ascender por la pared vertical, agarrándose con firmeza a los asideros de colores, ganando metros de altura sobre el suelo.

—No sé qué hice, ¿vale? —dijo Airam alzando la cabeza—. No recuerdo qué pasó, pero te juro que si esa mañana hubiera podido hacer lo que

realmente quería me habría quedado contigo, porque solo fui por ti, solo pensaba en ti y solo me preocupabas tú —declaró, pero, sintiendo que Gara lo ignoraba, se aferró a uno de los asideros y comenzó a ascender para acercarse a ella—. No me preocupaban ni Tamara ni tampoco Alexis, y me siento como una mierda, porque era mi amigo, pero cuando se trata de ti para mí nada más importa.

—¡Ey, no puedes subir sin anclarte! ¡Ey, chacho, baja! —gritó el monitor del centro.

—Airam, te tienes que enganchar al arnés —dijo Gara viéndole subir—. ¡Estás loco!

—No voy a caerme, no soy tan lerdo —alegó el chico, contento porque ella le prestase un mínimo de atención al fin, prosiguiendo su ascenso—. Solo quiero que me escuches de una vez.

—Esta no es la manera...

—Entiendo que odies a Tamara, yo odiaba a Alexis y que estuviera contigo, pero ella no te ha hecho nada.

—Lo último que quiero es que me hables de ella, me importan una mierda: ella y tú... —declaró, mirando el metro que le faltaba para llegar hasta ella—. Son perfectos, y es genial que hayan vuelto...

—La he dejado —dijo mirándola de frente con una sonrisa confiada—. Con quien quiero estar es contigo...

Intentando acercarse más hasta Gara, Airam levantó el pie del asidero para aproximarse hacia la izquierda, alargando la mano hacia ella. Entonces, su pie derecho resbaló del agarradero donde estaba apoyado, provocando que el joven perdiera todo su punto de apoyo.

—¡Airam! —gritó Gara, lanzándose hacia él con premura y consiguiendo que él se aferrase a su cintura con fuerza, pero el movimiento pendular que generó la cuerda a la que estaba sujeta la chica provocó que sus cuerpos regresaran hacia la pared de escalada con ímpetu, y Airam se golpease en la frente con una de las agarraderas.

—Mierda... —soltó el chico, ante el fuerte golpe.

Gara se alejó de la pared para descender con mayor rapidez y que Airam pudiera estar cuanto antes en suelo firme.

—¡Esto está prohibido, no se puede ascender sin estar sujeto! —siguió diciendo el empleado de la instalación, pero ninguno de los dos chicos lo escuchaban.

—Estás sangrando —dijo Gara, comprobando la ceja de Airam—. Eres idiota.

—Lo sé —respondió el chico sonriendo, sin apenas sentir el dolor.

En la penumbra del armario, Gara se acerca con lentitud y alza la mano hasta el rostro de Airam, palpando con el pulgar la ceja y la sien, notando la fina cicatriz de aquella herida sin poder evitar sonreír levemente.

—Eres idiota... —susurra—. Y yo una cabezota. No tenemos remedio.

—¿Y ya está, eso es todo? —dice abatido, escuchando en su cabeza el pasar de los segundos que quedan, negando—. No puedo aceptarlo.

—¿Y? ¿Qué harás? —pregunta retándole.

—Convencerte —dictamina con tono seguro dando un paso, hasta quedar frente a ella.

La oscuridad reinante hace que los ojos de Gara parezcan más profundos de lo que son de por sí, y Airam decide perderse en ellos por unos segundos, llevando sus manos hasta la cintura de la joven y deslizando los dedos con calma por sus costados antes de inclinar el rostro y ver en la negra mirada que ella no le va a impedir que continúe, notando aquel cálido aliento mezclarse con el suyo. El recuerdo de todos los besos que se han dado regresa a la memoria del chico, aquellos que se robaron el uno al otro en el portal la primera noche y también los que llegaron después, en especial aquel primer beso que se dieron el domingo, que fue a poner fin a los malentendidos entre ellos.

El trabajador del rocódromo le había puesto un punto de papel sobre la ceja e invitado a que se largara del establecimiento, a ser posible para siempre, y Cova se había ido, sin apenas excusarse, para encontrarse con Aythami en otra parte de la ciudad ante el deseo de dejarlos solos de una vez, bien para que aclarasen todo o para no ser testigo de cómo seguían alargando la situación durante más tiempo.

—He traído el coche, te puedo llevar a casa —dijo Airam esperando que Gara no le contradijera en eso.

—No me importa coger la guagua —alegó ella.

—Ños... Me agotas la paciencia —declaró encaminándose hacia el vehículo con paso decidido, obligándose a no comprobar si ella lo seguía o no.

—¿Te has dado cuenta de que siempre nos echan de los sitios cuando estamos juntos? —preguntó Gara, acelerando el paso para ponerse a la altura del chico—. Nos pasó lo mismo en el Decathlon, ¿te acuerdas?

Airam se giró para observarla, con el recuerdo de aquella tarde provocándole una sonrisa durante unos segundos, hasta que recordó que había pasado después entre ellos y sintió el irrefrenable deseo de resolver aquella duda.

—¿Qué te pasó después? —preguntó sin miramientos—. Ese día lo

pasamos genial y de pronto, sin saber por qué, no podía decirte nada sin que me ladraras.

El semblante de Gara, que hasta que Airam había planteado la pregunta mostraba un gesto afable que pretendía ser una señal de paz, se tornó triste en apenas una fracción de segundo.

—Me enteré de que lo que decías de mí era en serio, no solo por molestarme —declaró, con la misma sinceridad con la que él había planteado la pregunta—. Eso de que nadie podía verme como a una chica...

La sorpresa fue evidente en el rostro de Airam, incapacitándolo para proferir alguna excusa o réplica que lo justificara hasta que llegaron al coche de su madre.

—Tal vez no me creas, porque ahora no sé muy bien en qué pensaba para hacer eso, pero solo decía esas cosas para quitarme competencia, mi niña. No quería que los demás te vieran como lo hacía yo... —Abrió la puerta y se metió en el automóvil, no muy seguro de que Gara se fuera a montar con él.

Sin embargo, tras los segundos que tardó en reaccionar después de escuchar al chico, Gara apretó la manija de la puerta y se sentó en el asiento del copiloto, aún con gesto sorprendido.

—Debería odiarte —comentó mirando al frente—, pero no por lo que dijiste, sino por lo que me hiciste creer. Pensé que jamás te fijarías en mí

como yo quería... Creí que nunca me verías como yo quería que lo hicieras.

Confesar esas cosas delante de él la hizo sentirse indefensa, pero también experimentó una paz liberadora que la reconfortaba, aunque con aquella confesión los recuerdos de Alexis se hicieron intensos, pese al intento de apartarlo de su cabeza y de aquel momento. Entonces Gara comprendió que solo había una manera para liberarse también de esa carga.

—Cuando Alexis me dijo que le gustaba imaginé que eras tú, que eras tú quién me decía eso. Tú eras al único al que quería escucharle decir que era la chica que le gustaba. —Reprimió las emociones que esos recuerdos despertaban en ella, sin mirar a Airam aún, para no perder el control.

Sin embargo, fue Airam quien no se pudo controlar y se abalanzó hacia su asiento, tomando el rostro de Gara con ambas manos, besándola con fuerza, sin pensar. Un beso precipitado, brusco e incómodo, que bien podría figurar en cabeza de los peores besos de la historia del romance.

—Ay, bruto... —se quejó Gara, palpándose el labio en cuanto sus labios quedaron libres de la intensa presión.

—Lo siento... —susurró son moverse, a escasos centímetros de ella.

—¿El beso o todo lo demás?

—Todo, menos besarte —declaró Airam, haciendo que ella sonriera con

complicidad.

Con más delicadeza, volvió a unir sus labios con los de Gara, moviéndose con lentitud y disfrutando del contacto y roce húmedo de su boca, emulando la complicidad que habían experimentado en el portal de ella meses atrás de forma natural. Sin ningún pudor, ella le mordió el labio inferior con deseo antes de besarle acariciando su cuello con ambas manos.

—No pienso llevarte a casa —pensó él en voz alta.

—¿Qué? ¿Qué piensas hacer? —preguntó Gara mirándole con curiosidad.

—No sé —confesó—. Improvisaré. —Sin prisa se acomodó el cinturón de seguridad y encendió el motor del coche—. Siempre que damos un paso adelante, luego retrocedemos cinco en cuanto nos separamos, así que...

—Vas a secuestrarme —apuntó ella divertida—. Pues estamos en una isla, así que piensa un buen escondite, porque lejos no vamos a llegar.

—Pareces conforme con el plan.

—Has sido tú el que ha dicho de llevarme a casa, yo en ningún momento dije que me quisiera ir —informó Gara despreocupada.

—Es curioso, aunque estás de acuerdo conmigo sigue pareciendo que contradices todo lo que digo —comentó maniobrando el coche con cuidado, Gara se limitó a sonreír con cierta picardía—. Bien, ahora haz el esfuerzo de

no incordiarme, porque es la sexta vez que conduzco solo y sigo un poco pez.

—¿Es tu forma de decirme que confíe en ti? —preguntó sin fingir su intranquilidad.

—En serio, calla, mi niña. Ni me pongo música... Leer las señales, controlar la velocidad y pensar cuando tengo que meter tercera de momento no me sale solo, y menos si tengo que pensar una respuesta ingeniosa a lo que dices.

Gara se limitó a asentir, intentando no llamar la atención de Airam durante el trayecto hasta Telde, pero no dejó de observarle en todo momento con curiosidad. El chico conducía con gesto concentrado y ciertas mañas inseguras que, para ella, resultaban un tanto tiernas, pues no eran propias de él o de la imagen que solía dar.

—¿Vamos a La Garita? —preguntó sin pensar al ver qué desvío tomaba Airam—. Perdón.

—Esta zona ya la conozco mejor, no importa. Dejo el coche y vamos adónde te apetezca.

Por fortuna, en aquella zona había aparcamiento para elegir y pudo encontrar un hueco lo suficientemente grande para aparcar en batería sin problemas.

—Vamos a la playa —propuso Gara tendiéndole la mano, comenzando a caminar hacia la costa.

El chico aceleró el paso y se aferró a ella de primeras, para rodearle la cintura seguidamente y pegarla a su cuerpo de forma posesiva, pero, antes de que sus labios rozaran el cuello de Gara, como era su intención, ella lo esquivó.

—No quiero retroceder cinco pasos otra vez —citó las palabras que él había pronunciado poco antes—, así que no volvamos a cometer el mismo error.

—No lo haremos, ya sé por qué te enfadaste la última vez y tú por qué decía esas sandeces de ti... —aseguró animado, sin dejar de rodear la cintura de ella con ambos brazos—. Solo eran malentendidos y ya se han terminado.

—¿Por qué volviste con Tamara? —preguntó Gara con seriedad—. Yo te he dicho por qué salí con Alexis, y me avergüenzo mucho de ello, por todo lo que pasó. No creo que lo tuyo sea peor...

—Es simple, mi niña, quería olvidarme de ti, las dos veces. La primera vez ni hablamos de salir, solo pasó y cuando supe que ya no estabas con él toda la situación era rara entre ambos. Y ahora, pues... Suena fatal, pero estaba jodido por lo que había pasado contigo y ella me hacía sentir bien, aunque me daba pena —Gara lo miró extrañada—. Sé lo que ella siente, y

por eso me da pena...

—Debería sentir pena también, pero no la siento, no siento que la hayas dejado por mí —confesó sincerándose—. ¿Soy un ser humano despreciable?

—Te gusta ganar, siempre has sido así —respondió Airam mirándola con cierto orgullo—, y me gusta que seas así.

—En eso no te contradeciré —dijo Gara sonriendo.

—Y mira que yo te he ganado veces —bromeó Airam, recibiendo un leve puñetazo en el pecho como respuesta—. Auch...

La rodeó con los brazos sin dejar de reír y se lanzó a sus labios sin contenerse. Sabiendo que esta vez no le esquivaría, la besó con ansias, dejando que el viento azotase la media melena de Gara.

Recorrieron la playa sin prisa, intercalando bromas, abrazos y besos, como si llevaran años compartiendo momentos así, hasta que comenzó a oscurecer.

—Mañana quiero llevarte a un sitio, mi niña, quiero que conozcas a alguien —propuso el chico, caminando de la mano hacia la casa de Gara.

—¿A quién?

—Es una sorpresa, pero te va a caer bien —declaró enigmático.

—Sabes que no estamos de vacaciones en realidad, que estos días sin

clase son para estudiar de forma intensa, ¿verdad?

—Sí, pero por un día... Tenemos tiempo para estudiar, mi niña.

—Bueno, eso lo dirás tú, porque yo, con mis dos hermanos, los momentos para estudiar los saco solo cuando están en clase.

—Pues ven a mi casa, mi madre trabaja la mitad del día y...

—No quedo con Cova porque es imposible estudiar junto a ella, porque no para de hablar... Contigo no creo que fuera mejor —alegó Gara—. Y como Aythami tiene claro hacer un módulo, está ya de vacaciones.

—No hablaré —prometió alzando la mano con gesto solemne.

—Ya... —Lo miró con una sonrisa traviesa—. Que hablemos es lo que menos me preocupa.

—Quiero verte estos días, no podré estudiar si no te veo después de hoy —confesó Airam frenando sus pasos.

—Ni yo, pero... no creo que nos concentremos.

La sugerente sonrisa que formaron los labios del chico ratificó la teoría de Gara, pues sintió un intenso deseo de abrazarse a él y retrasar su regreso a casa por horas.

—Haremos la prueba y, si no sale, iremos a una biblioteca —propuso como solución, consiguiendo que ella asintiera sin queja.

Poco antes de llegar a su casa, la joven recibió un mensaje de su padre, por lo que se despidió de forma precipitada de Airam con la promesa de verse al día siguiente para conocer a aquella persona que el chico le tenía preparado como una sorpresa.

En cuanto estuvo en la soledad de su habitación, no dudó en llamar a Aythami mientras respondía a los curiosos mensajes de Cova y compartir con él toda su emoción y alegría por los últimos acontecimientos. Su amigo no era bueno dando consejos sobre relaciones, pero se alegró por ella, asegurándole que si Airam terminaba siendo un capullo podía contar con él para ayudarla machacarlo.

Durante toda la noche la joven estuvo pensando y dando vueltas en la cama, le intrigaba quién podía ser esa persona que Airam quería que conociera. Pero también temió que volviera a suceder algo que nuevamente la alejase de él o que descubriera que Airam no era en realidad como ella pensaba, a pesar de que sabía que lo conocía de sobra.

Cuando la pareja se encontró al día siguiente, Airam seguía mostrándose enigmático sobre la identidad de quién iban a visitar, solo informó a Gara de que debían tomar una guagua hacia el sur, pues su destino era la playa de Mogán, su madre usaba el coche para ir al trabajo y solo podía cogerlo cuando ella no lo necesitaba.

—He llegado a pensar que me presentarás a un cincuentón confesándome que eres gay en realidad y que solo quieres pedirme que sea tu tapadera hasta que puedas irte a vivir con él.

—¿Cómo se te ocurren cosas así? —preguntó desconcertado, una vez que tomaron asiento en la guagua, mirando a todos lados para comprobar quién los había escuchado.

—Es la influencia de Cova, esas ideas son típicas de ella —confesó Gara.

—Te aseguro que no es nada malo, te caerá genial, mi niña, y seguramente se hagan amigas.

—¿Es una chica?

—Sí, me he ido de la lengua, así que no preguntes más —pidió.

—No puedo, es un reto y sabes que amo ganar —se justificó—. Venga, dame pistas o deja que pregunte, solo di sí o no. Venga...

Durante cerca de media hora, Gara estuvo lanzando preguntas y Airam contestando con monosílabos o gestos ambiguos que enfadaban a la chica. Como resultado, Gara supo varias cosas de la persona misteriosa: era una chica y de su familia, pero no una prima, dato que para Gara era muy relevante, porque con un primo uno puede tener un lío sin que se considere del todo incesto. También averiguó que era alguien más joven que ellos, a la

que Tamara no conocía y que había oído hablar de Gara.

Cuando por fin llegaron hasta el turístico pueblo costero, la joven estaba más confusa que el día anterior, pues no era capaz de concebir a quién quería presentarle Airam con tanto interés. Pero, temiendo que cualquier nueva indagación la confundiera más, se limitó a dejarse guiar por el chico entre las blancas casas adornadas con frondosas plantas y flores de buganvilla y campanillas de vivos colores, hasta llegar a un restaurante cerca del puerto.

—Hola, Alba, ¿qué tal? ¿Está la peque? —preguntó el chico al traspasar la puerta del pequeño, pero coqueto, restaurante.

La mujer que había entre las mesas del comedor se giró hacia él mostrando su alegría al reconocerlo y saludó a la pareja con ánimo, lanzando un par de gritos a la cocina. Gara observó con atención la decoración marítima del local, las redes que pendían de las paredes blancas sujetando viejas fotografías de pescadores con sus barcos y algunas instantáneas de famosos en aquel mismo salón.

—Gara, este es mi padre y ella es Yara, mi hermana pequeña. —La voz de Airam hizo que la chica volviera a prestarle atención.

Frente a ella, un hombre alto y fuerte con el cabello rubio y los ojos del mismo gris eléctrico que Airam le sonreía, con la misma actitud de no saber bien cómo comportarse en aquellas circunstancias que la chica intuía que

debía tener ella. A su lado, una niña de pelo rubio recogido en una trenza de raíz y grandes ojos azules, lucía casi al completo la equipación del club de fútbol de Las Palmas.

—Yara, ella es Gara, la chica de la que te hablé y que jugaba al fútbol conmigo, casi tan bien como yo —dijo Airam, inclinándose hacia su hermana.

—¿Casi tan bien? —preguntó la chica sin pensar—. Bueno, no voy a ser cruel delante de tu hermana pequeña.

El padre de Airam soltó una sonora carcajada al escuchar a la chica, que disipó en segundos el ambiente un poco incómodo que había al principio.

—¿Sigues jugando al fútbol? —preguntó la pequeña.

—Claro, ¿por qué iba a dejar de jugar? El fútbol nunca deja de ser divertido —aseguró Gara, inclinándose hacia la pequeña.

—¿Juegas conmigo?

—Claro, canija, para eso hemos venido —dijo entonces Airam—. Venga, ve a por el balón, que te esperamos en la calle.

Gara lo miró maravillada mientras salían del restaurante, nunca habría imaginado que Airam tuviera una hermana pequeña al sur de la isla. Jamás le había oído hablar de ella con nadie, y menos aún que fuera una niña tan

encantadora, y no lo decía porque a simple vista esa pequeña le pareciera una copia de sí misma, pero con rasgos claros.

—No sabía que tuvieras una hermana.

—Mis padres no se separaron de forma amistosa y, cuando nació Yara, sentía que alegrarme era traicionar a mi madre, así que no dije nada. Me acostumbré a no hablar de ella... No es que sea un secreto, pero ahora me gusta que sea algo solo mío.

—Pues gracias por compartirlo conmigo, me alegra conocerla y que le hablaras de mí —declaró Gara, emocionándose un poco porque Airam no hubiera tenido reparos en hacerla partícipe de aquella parte de su vida que sentía tan personal.

—Siempre me ha gustado jugar al fútbol con ella, es como un mono de repetición, es divertidísima, pero hace tres años, cuando comenzó primaria, algunos niños no querían que jugase por ser una niña.

—Conozco la historia —comentó Gara con una media sonrisa, resignada.

—Fue entonces cuando le hablé de ti; de que conocía a una chica que jugaba al fútbol y que, aunque había un idiota que siempre le decía que no podía ser tan buena como un chico, ella lo ignoraba y se siguió esforzando por ser la mejor hasta que nadie puso en duda su talento.

—¿Y qué pasó con el idiota? —preguntó ella.

—Que tuvo una hermana que le hizo ver que esa chica era increíble y él solo un completo imbécil —respondió sin dudar, haciendo reír a Gara.

—¡Ya estoy! —Yara salió del local con un balón en las manos.

Los tres se encaminaron hacia una plazoleta al este de la pequeña playa, donde poder jugar con suficiente espacio. Gara tomó el balón de las manos de la niña y Airam cargó con la pequeña a la espalda, bromeando con ella y jugando, intentando marearla al girar sobre sí mismo mientras ambos reían. Ver la complicidad y cariño que tenía con su hermana pequeña despertaba en Gara no solo la mayor de las ternuras, sino que hacía que su atracción por el chico se multiplicase. Podía comprender la adoración que la niña sentía hacia él, que se reflejaba en la forma de mirarlo, aunque la propia joven se ganó su propia admiración al caminar dando toques al balón con la rodilla sin mucha dificultad, para asombro de Yara.

—¿Me enseñarás a hacer eso? No sé darle más de tres, luego se escapa.

—Claro, es solo práctica y no ponerte nerviosa cuando le das por tercera vez, si no, lo harás más fuerte y perderás el control.

La niña se bajó de la espalda de su hermano y reclamó su balón para ponerse a practicar nada más llegar a la plaza. Como había dicho, no lograba dar con su rodilla a la pelota por cuarta vez, pero Gara no perdió la paciencia,

tenía experiencia gracias a sus hermanos para tratar con niños.

Por fin, Yara le dio una cuarta vez al balón, quedando sorprendida de su logro. En cuanto la pelota volvió a caer, Gara la controló con el pie y se la pasó a Airam, maravillando aún más a la niña, que comenzó a aplaudir, como si aquello fuera un espectáculo ensayado. Siguieron jugando a dar toques leves con la niña hasta que la pelota se alejó demasiado y Airam se fue en su busca, momento que Gara aprovechó para hablar con la pequeña.

—¿Con quién te gusta jugar al fútbol?

—Con Airam, nunca me dice que juego como una chica —respondió Yara.

—Jugar como una chica no tiene nada de malo; yo juego como una chica, porque soy una chica —declaró la joven, a lo que la niña la miró confusa—. Soy rápida, tengo buen equilibrio, soy la mejor regateando y, aunque tal vez no tenga mucha potencia de tiro, soy más ágil que la mayoría. Ser una chica no es algo malo, ni un defecto. Yo no quiero dejar de jugar nunca como una chica.

—¡Yo tampoco! —dijo entonces la niña.

Airam llegó por su espalda con el balón bajo el brazo, anunciando que ya era tarde y Yara tenía academia de inglés. Solo al prometerle que volverían pronto a jugar con ella, la pequeña aceptó irse sin armar berrinche.

La acompañaron hasta el centro de estudios.

—Sigue jugando como una chica —dijo Gara al despedirse.

Regresaron al restaurante del padre de Airam antes de ir a tomar la guagua de regreso, pero el hombre se ofreció a llevarlos hasta Telde en coche. Durante el trayecto, sentada en el asiento trasero del Citroën Xsara, Gara respondía con parquedad debido a la timidez que sentía ante las preguntas del hombre, mientras lo observaba con detenimiento. Ya se había fijado en lo parecidos que eran en complexión y rasgos padre e hijo, la única diferencia era que el chico tenía el cabello más oscuro, y su mente la llevó a imaginarse a Airam pasados los años, las décadas y continuar sintiéndose atraída por él con la misma intensidad con la que lo estaba aquella tarde.

Una vez en el municipio, Gara aceptó sin dudar ir a casa de Airam. Aquel día a su lado había dilapidado cualquier duda que pudiera tener. Él había compartido con ella algo importante, se había expuesto ante ella descubriendo una de sus debilidades: su pequeña hermana. Ante eso, Gara comprendió que no tenía nada que temer por su parte, naciendo en ella unas intensas ganas de estar a solas con él, y no buscó ninguna excusa para ocultarlo. No echó en falta que Airam la enseñara la casa, ni que no le ofreciera algo de beber, lo siguió hasta su dormitorio confiada.

—¿Quieres que juguemos al *Pro*? —preguntó el chico mirando a su

alrededor.

La habitación era pequeña, una tele estaba a un lado del escritorio, junto a una estantería con pocos libros, pero una buena cantidad de trofeos deportivos. Bajo ella se encontraba una estrecha cómoda donde la consola descansaba junto a los mandos y algunas prendas revueltas de ropa, todo frente a la cama, que ocupaba la mayor parte de la estancia.

La chica negó ante la propuesta con una sonrisa y un brillo en la mirada que destilaba los pensamientos que tenía en la cabeza de lo que deseaba hacer. Airam lo adivinó al ver su expresión y mostró una sonrisa torcida al acercarse a ella, seguro. Sin dudar, Gara correspondió a sus besos con entrega, precipitándose sobre el somier entre los fuertes brazos de él sin queja.

Lejos quedaba la chica que se sentía incómoda al notar unas manos recorriendo su cintura o respondía a los besos de forma mecánica mientras buscaba una excusa para poner el fin a esas situaciones. En aquellos momentos, Gara se recreaba en apreciar la dureza de los brazos de Airam y palpar con deseo los músculos tensos de su espalda y torso, mostrándose sedienta de cada beso y moviéndose con ardor contra el atlético cuerpo que estaba sobre ella, desterrando la incertidumbre de Airam a que su irrefrenable deseo fuera detenido y dando plena libertad a sus manos para que apartaran

las prendas que se interponían entre sus cuerpos, mientras su boca recorría cada centímetro de aquella piel bronceada que tanto había deseado. Gara se contoneaba con deleite, despeinando el cabello de Airam al hundir sus dedos entre él para guiarlo por su cuerpo, sin sentir el más mínimo pudor. Notar sus intensas caricias y sus besos recorriendo su estómago la enardecía, y su única preocupación era que aquella situación tuviera que tener un final. Con ímpetu se incorporó apartando a Airam, no para detenerle sino para adueñarse del control y sentarse sobre él mientras le quitaba la camiseta, dejando su torso desnudo y pudiendo recrearse en la visión de esos abdominales sin disimular su lascivia. Desprenderse de su propia ropa, quedando también expuesta frente a él, solo le preocupó durante una fracción de segundo, hasta ser consciente de cómo Airam la miraba antes de acercarse hasta apropiarse de su pecho con la boca.

Una corriente recorrió el interior del cuerpo de Gara, haciendo que soltara un grito enardecido echando la cabeza hacia atrás. Era la primera vez que su cuerpo experimentaba aquellas sensaciones, pero supo que así era como debía ser.

—No tengo condones —susurró Airam.

Gara sintió que despertaba de un sueño al escucharle, comprendiendo al fin que se estaba dejando llevar más de lo que podía controlar.

—Entonces para —dijo, sin atreverse a reconocer que, aun teniéndolos, no quería llegar al punto de necesitarlos.

—No te preocupes... —jadeó él apretando su cuerpo sin menguar un ápice su deseo.

—No, no... Airam —negó intentando liberarse de su abrazo.

—Eh, shhh, no digo eso —apuntó reteniéndola, pero Gara lo miró con determinación fijamente—. Me refería a que no hacen falta para lo que tengo en mente, hay muchas cosas que podemos hacer... Y que quiero hacerte...

Mientras lo escuchaba, Gara sintió como la mano de Airam se colaba bajo sus *shorts* y dio un respingo al sentir los dedos en su centro. La sorpresa de la chica le provocó una sonrisa que Airam mostró mordiéndose el labio.

—El romanticismo no es lo tuyo —sentenció la chica.

—No, pero tengo otras cualidades—confesó sin detenerse—. Llevo años deseando esto, queriendo estar contigo y fantaseando con algo así.

Aquella podía ser una confesión falsa, hecha únicamente para lograr un propósito, pero Gara no quiso creer que fuera así, porque se identificaba con aquellas palabras. No le importaba que apenas un día antes dudase de él, en aquel instante nada de lo que sucedía le parecía forzado. No estaba obligándose a corresponderle, su cuerpo lo hacía solo y sabía que aquello

debía significar algo.

—Yo también, pero nunca he estado así con nadie —confesó jadeante.

Durante unos segundos, Airam no demostró comprender la totalidad de aquella confesión y se mostró turbado.

—Entonces... Quieres decir... —tartamudeó, apartando la mano que tenía bajo la ropa interior de Gara y aflojando el agarre con el que la rodeaba.

Ella asintió sin más explicaciones.

—No te pido que pares, solo...

—Lo siento, me has sorprendido —reconoció algo turbado—. Ños... Pensaba que a estas alturas ya... No quiero decir que pensara nada, solo que..., ya sabes.

Gara no sabía qué quería decir y su expresión se lo mostró, delatando también cierto temor.

—Yo creía que lo suponías, por lo que Alexis fue diciendo de mí —comentó ella—. Con él nunca hice nada... Yo no quería...

—¿Quieres que pare? —preguntó mostrándose comprensivo.

—Te he dicho que no, estoy bien, solo quería que supieras que esto es nuevo para mí, pero me gusta —aseguró con tono tranquilo.

—Ya, vale... Pero no quiero que te agobies.

—Tú pareces más agobiado que yo, y no sé por qué —apuntó Gara.

—¡Eres virgen! ¡Claro que me agobio! No quiero joderlo de nuevo, pero, a los diez minutos de liarnos por primera vez ya estoy tan caliente que quiero follarlo —reconoció nervioso—. Y, de verdad, no quiero joderlo nunca más, haré lo que sea...Lo que necesites, pero llevo años, sin exagerar, años imaginándome esto. —Señaló el torso desnudo de la chica—. Fantaseando con verte así, a mí lado y...

Gara apenas entendía lo que Airam intentaba explicar, pero incluso así sabía que había oído más que suficiente para comprender que todo lo que escuchaba le hacía sentir aún más confiada para con él y decidió interrumpirle con un beso, un apasionado beso al que Airam tuvo que corresponder, un tanto confuso, abrazándose a su cuerpo.

—Te he dicho que no pares porque me gusta —ordenó la chica.

—Pero puedes pedírmelo si... —Tragó con dificultad, intentando buscar las palabras y proceder correctos.

Gara negó sin dudar, ver a Airam tan inseguro en esos momentos le hacía sentir extrañamente poderosa y decidida, tan confiada de sí misma que no dudó en confesar sus secretos más íntimos frente a él.

—Quiero que sea contigo, que hagas todas esas cosas que has dicho que quieres hacerme —declaró mirándole fijamente, disfrutando de la expresión maravillada que aquel atractivo rostro mostraba al escucharla—. No eres el único que ha fantaseado con esto, así que no te preocupes, porque también llevo años esperando este momento y no encuentro ninguna razón para pedirte que te detengas.

—Solo no me dejes joderlo —dijo él antes de besarla y volver a estrecharla con fuerza entre sus brazos.

—Eso suena hasta romántico, viniendo de ti —apuntó Gara, decidida a entregarse hasta dónde él deseara, confiando en que nada malo pasaría a su lado, no le pediría nada que no quisiera darle y disfrutaría con la experiencia.

No se equivocaba.

Tras aquella tarde, quedar con Aythami o Cova suponía para Gara hacer el esfuerzo en no buscar una excusa para estar solo con Airam, todo lo contrario a como le había ocurrido en el pasado. Los horarios laborales de la madre del chico les proporcionaban tanta libertad para estar solos en su casa que, en un momento de increíble lucidez, determinaron no comprar preservativos hasta presentarse a los exámenes de la PAU, recordándose que se jugaban su futuro, repitiéndoselo el uno al otro cual mantra particular para dirigir sus manos a un libro y no a sus cuerpos. Nunca visitaron una

biblioteca y pasaron las tardes encerrados en el dormitorio del chico, pero, aun así, la noticia de que estaban juntos comenzó a conocerse, tampoco era que ninguno de ellos quisiera ocultarlo. Cada día que pasaban estaban más unidos y, en un par de semanas, la confianza que sentían era tan profunda como si siempre hubieran estado juntos.

—¿Qué haces? —preguntó Gara somnolienta al despertarse junto a Airam en su cama.

—Una foto, demostrando que estudiar filosofía es soporífero —respondió el chico divertido.

—Estuve repasando hasta el amanecer, me hubiera quedado dormida hasta en el final de la *Champions* —aseguró ella, frotándose los ojos.

—Estás tan inocente dormida, no pareces tú—bromeó Airam mostrándole su teléfono.

—¿La vas a subir a *Snapchat*? —preguntó agarrando el aparato y observando la instantánea, donde se la veía profundamente dormida descansando la cabeza sobre el torso desnudo de él—. No, sales marcando tableta, parece otra cosa, no que estamos estudiando...

—Mi tableta se marca sola —aseguró con altanería—, y será que no te gusta.

Se puso sobre ella, acorralándola sobre el colchón con cada brazo a un lado de su cabeza, mostrando su marcado pectoral con cada músculo en tensión, provocando que surgiera un brillo lascivo en los ojos de Gara.

—Dijimos que repasaríamos esta tarde —recordó ella.

—Necesito un descanso, no me entra en la cabeza más información— declaró descendiendo hacia la boca de Gara.

—Todo tiempo es útil si se emplea bien —apuntó esquivando.

—Lo voy a emplear bien, te lo aseguro...

Volvió a inclinarse hacia los labios de la chica con sensual lentitud y una sonrisa confiada en los labios, apropiándose de sus boca para invadirla con su lengua de manera apasionada. Rendida a sus besos, las manos de la joven recorrieron los costados de Airam hasta rodear su espalda, haciendo lo mismo con las piernas para atraerlo hacia su cuerpo.

—Me haces sentir súper culpable —susurró ella—. Debería de estar repasando la Segunda República...

—Si te lo sabes —dijo él y se incorporó—. Te lo demostraré.

Buscó con la mirada algo con lo que escribir entre las cosas que estaban diseminadas sobre la cama junto a los libros, tomando un rotulador negro que destapó con los dientes, tirando el caperuchón nuevamente sobre el colchón

sin cuidado.

—¿En cuántas etapas se divide la Segunda República antes de la guerra?
—preguntó sin apartarse de encima de ella—. ¿Y cuáles son?

—En tres —respondió Gara, mirándole con reservas, dudosa de qué pretendía hacer. Airam asintió y se inclinó hacia ella, dándole tres besos en la boca, cada cual más intenso y largo—. El primer bienio, entre el 1931 y el 1933 que gobernó Manuel Azaña... —En esta ocasión, Airam le subió la camiseta y comenzó a escribir sobre sus costillas, justo bajo el pecho, los datos de forma escueta: «31-33 Azaña»—. Los recordaría mejor si te los apuntases tú sobre la piel.

—Así repasamos los dos —respondió con una sagaz mirada—. Venga, sigue.

—El segundo que fue desde 1933 al 1935...

Airam siguió apuntando los datos por el estómago de Gara, provocándole cosquillas al escribir en determinadas zonas, hasta llenar su torso y brazos de fechas y palabras que formaban parte de la historia de España hasta el final de la Guerra Civil.

—¿Viste cómo te lo sabías? Y ahora también me lo sé yo... Y dudo que me olvide de las fechas del gobierno de Negrín —declaró mirando el pecho derecho de la chica, ruborizándola—. Podemos pasar a otra cosa, mientras no

sea La Transición.

—Eso lo dejamos para mañana, siempre que el boli lo tenga yo — propuso con una sonrisa traviesa.

—Hecho —aceptó dejando el rotulador sobre la mesilla—. En ese caso... —Acarició sus costados desde el pecho a la cintura, descendiendo hacia ella para besarle el cuello, mientras guiaba su muslo para que le rodease la cadera y así poder pegarse a su cuerpo—. Hay tantas cosas que quiero hacerte ahora mismo...

—¿Dentro del trato? —preguntó jadeante ante las sensaciones que experimentaba su piel.

—Lo intentaré... —declaró besándole la oreja.

—Cada vez cuesta más —confesó Gara, rodeándole con más fuerza entre sus piernas.

—No dirás que te dejo a medias, ¿no? —cuestionó, alzando el rostro con curiosidad—. Ayer casi me da un calambre en la lengua...

Gara soltó una gran carcajada, invadida por el rubor tras aquellas palabras. Porque, aunque no habían llegado a acostarse, tampoco se habían quedado limitados a los simples besos, en absoluto. La cama de Airam había sido enclave y testigo del aprendizaje y complementación que formaban Gara

y él cuando se dejaban llevar por el deseo. A ella le encantaba la forma en que la clara mirada gris recorría cada curva de su cuerpo cuando terminaba de desnudarla, descubrió que ver los gestos de ardiente deseo en el rostro de Airam la enardecían tanto como a él escucharla gemir de gozo, y aprendió que relajarse abrazada a aquel fuerte y musculoso torso, tras experimentar un nivel de placer que pensaba que no existía, era su parte favorita.

—No es eso, *tolete*^[12], es... Ya sabes, que no es lo mismo —aseveró Gara.

—Sí, lo sé, y mejor que tú, mi niña —asintió acomodándose sobre ella más relajado—. Pero quiero cumplir mi palabra. Nos pusimos un reto y lo cumpliremos —aseguró acercándose a su oído—. Yo que tú me preocuparía por cómo lograr que después me aleje de ti.

—Es que no voy a querer que lo hagas —declaró sin dudar, rodeándolo con los brazos el cuello de forma posesiva—. Ya has estado lejos demasiado tiempo.

—No me tientes, que eres mi *kriptonita* —pidió Airam—. Eres una salidilla que quiere que ceda, lo sé, pero voy a ser fuerte... Aunque me cueste más que nada después de lo que has dicho.

Gara se rio con ganas de nuevo, pero cedió, liberando de su agarre a Airam.

—¿Y si echamos un *Pro*? —propuso como alternativa—. Para sosegarnos.

—Cuando te pones romántica haces que se me acelere el pulso —bromeó, haciendo reír a la chica—. Pero lo estaba pensando.

—Lo sabía —aseguró la chica al incorporarse—. Soy tu alma gemela, te leo la mente.

—Sí, lo eres —asintió Airam, mirándola como si la viera por primera vez, tras escucharla decir aquello.

Era así, tan evidente y tan sencillo de definir que no entendía cómo no lo había comprendido antes. Gara había sido, era y siempre sería su alma gemela. Por ello siempre había sentido un vínculo o una conexión diferente con ella, más natural y sencilla. Por eso sabía, tal vez desde siempre, que estar con ella era incuestionable. A su lado, aquellas semanas habían sido las más felices de en toda su vida, incluso con la presión de la PAU siempre presente y el incierto futuro que les deparaba ese verano que se iniciaba. Al estar junto a ella, al poder demostrarle lo que sentía y disfrutar de su compañía sin obstáculos, no había nada que le llegara a preocupar de verdad.

Y, después, Airam nunca se volvió a sentir tan pleno y satisfecho como al tener a Gara tranquila haciendo dibujos sobre su pecho distraída entre sus brazos.

Ni ella tampoco.

Gara estaba perdidamente enamorada de él, cada día más, porque, aunque lo conociera desde la infancia, en esos días le descubrió de una forma nueva y profunda. Todo lo que era capaz de hacer por estar con ella, lo mucho que disfrutaban pasando el tiempo juntos y todo lo que podían compartir. No era un chico servil, que le diera la razón o cumpliera sus deseos por defecto, era diligente y decidido, sin embargo, Gara solo le llevaba la contraria para hacerle rabiar y no por opinar diferente. Ilusamente, llegó a creer que, pese a su juventud, estarían siempre juntos por ser almas gemelas, ya habían bregado con dificultades antes de estar juntos y por ello nada los separaría. Confiaba en ello, confiaba en Airam.

Confiaba en Airam.

Confió en Airam...

Y, aunque volver a confiar en él no resultase sencillo, en cuanto Airam la rodea con sus brazos en la oscuridad del armario, Gara se rinde a él sin oponer resistencia a su beso, correspondiendo por instinto.

1 minutos

Sin un atisbo de pudor, Airam acorrala a Gara contra la pared al sentir como ella le corresponde al beso y pega el cuerpo al de ella para notarla cerca, recorriendo con las manos sus curvas y sentirla suya, besándola con deseo y un ansia cada vez mayor, porque él también le pertenece.

—Te quiero —susurra ella entre besos. Airam sonríe al escucharla—. Pero...

Su sonrisa se desvanece en una fracción de segundo y la vuelve a besar antes de que diga nada más.

—Yo también te quiero —declara sin controlar su nerviosismo, volviendo a besarla para que no le interrumpa—. Te quiero más que a nada. Pídeme lo que quieras y lo haré para demostrártelo. Lo haré... —La mira a los ojos—. Te lo juro. Haré lo que me pidas...

Los ojos de la chica se muestran dudosos en contraste con los de Airam, que la observan con determinación, para demostrar que lo que dice es cierto y

que está dispuesto a cualquier cosa para recuperarla. Cumplirá su palabra le pida lo que le pida.

Y si algo no le puede echar en cara es que con ella no haya cumplido cada cosa que le haya dicho, incluso aquellas que le suponían un auténtico esfuerzo y voluntad conseguir. Como superar casi un mes viéndola cada día, estando a solas y contando con intimidad de sobra sin acostarse juntos. Porque Airam cumplió su palabra de esperar hasta terminar los exámenes, porque quería hacerlo todo bien, quería estar a la altura de Gara y merecerla. Para él cada examen realizado era un paso más para estar con ella. Si aprobaban con la nota suficiente tendrían todo el verano para disfrutar juntos y sería el mejor verano de sus vidas.

La noche antes del último día de exámenes se vieron en el parque que había cerca de casa de Gara, todo les había ido bien hasta el momento y dejar volar la imaginación resultaba tentador. Ella aún dudaba de que carrera estudiar, no quería irse de la isla para poder ayudar a su padre con sus hermanos, así que estaba indecisa entre los grados que la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria ofrecía, aunque sentía mucho interés por poder cursar Ciencias Ambientales, pese a que se impartía en la universidad de La Laguna.

—Tenerife está cerca, yo también podría estudiar allí, y hasta alquilar un

piso para los dos... —dijo Airam.

—Claro... —le siguió la corriente divertida.

—Tal vez no el primer año, pero...

—Pensemos primero qué haremos en vacaciones, si tú trabajas en el *Deca* y yo estoy de socorrista, hay que decidir cuándo pillamos los días libres, ¿no? Al menos si queremos ir a algún lado...

—Siempre nos podemos ir al sur, Yara estará encantada, te lo aseguro — declaró Airam.

Gara hizo un leve mohín como respuesta.

—Me encanta Yara, pero si voy al sur tendré que ver a mis tías y prefiero que me den un balonazo en la cara con un balón de *mikasa*, la verdad — confesó—. Siempre que las veo no paran de hablar de mi madre...

Airam se quedó callado, nunca sabía cómo comportarse ante aquel tema que resultaba tan delicado para Gara.

—Sé que es normal, era su hermana, pero... no paran de repetirme que soy igual que ella, que cada día me parezco más y de contar cosas sobre ella.

—¿No te gusta hablar de ella? —preguntó para entenderla mejor.

—Háblame de tu madre —pidió entonces la chica, en lugar de responder.

—¿Mi...? Pues..., ya sabes que trabaja en El Corte Ingles y, no sé... Le gusta ir a la playa y leer tomando el sol, y también le gusta la decoración e ir a Ikea... No sé a dónde quieres llegar...

—Que tú hablas en presente y cuando yo o cualquiera habla de mi madre es en pasado... Por eso no me gusta hablar de ella... Porque cuando hablo de ella nunca puedo olvidar que ya no está —explicó con ojos vidriosos.

Airam le rodeó los hombros y la atrajo hacia él, besando el cabello que tenía recogido en una coleta.

—Lo entiendo, mi niña. —La estrechó contra su pecho durante un rato, sin que ella se moviera y sintiéndose cómodo a su lado—. Buscaremos otro destino, a otra isla u otro lado, lo que sea. Será un gran verano, te lo prometo.

Gara le miró con una sonrisa agradecida, no solo porque no le importase cambiar de destino, sino porque hubiera cambiado de tema hacia otro mucho más agradable en el que pensar.

—¿Iremos a la celebración después de los exámenes? Cova me ha preguntado —preguntó la chica.

—Sí... Pero después, ¿no? —contestó con un poco de duda.

Gara supo rápidamente de qué hablaba y su mirada se tonó sugerente al asentir.

—Tengo que ir a recoger a mis hermanos a clase y llevarlos a casa, pero luego iré a tu casa.

—Te estaré esperando —aseguró con una pícara sonrisa, decidido a no faltar a su palabra.

En cuanto terminó su último examen, Airam se fue directo a su casa con un nerviosismo en la boca del estómago que nada tenía que ver con las evaluaciones, ni la universidad. Había estado con otras chicas, pero nunca de esa manera. Hasta la fecha se había dejado llevar y limitado a pasarlo bien, sin embargo, en esa ocasión quería cuidar de los detalles. En pocos días se cumpliría un mes de haber ido a hablar con Gara al rocódromo y, hasta el momento, no cambiaría ni uno solo de esos días perfectos junto a ella, no estaba dispuesto a que esa situación cambiara.

Cuando el timbre de su portal sonó anunciando la llegada de Gara a media tarde, el pulso del joven se aceleró de tal manera que tomó las llaves, cerrando la puerta de su domicilio en lugar de abrir a causa de los nervios. En cuanto la joven traspuso la puerta de la vivienda, ambos se miraron un tanto azorados, reconociendo el rubor en el rostro del otro y se sonrieron de forma nerviosa, sin saber muy bien que debían hacer.

—¿Qué tal el último examen? —preguntó él.

—Bien, me cayó la Segunda República, ¿y el tuyo?

—Genial.

Gara asintió con una sonrisa y lo miró expectante, con los nervios apretándole la boca del estómago. Airam dio un paso hacia ella y la besó sin perder más tiempo, apoderándose de su boca lleno de impaciencia. En segundos, las manos de ambos se buscaban sin que sus labios se separasen por más de un instante, caminando casi a ciegas hasta el dormitorio del chico.

La camiseta de Airam fue la primera prenda en caer al suelo y, con el torso desnudo, el chico dio un corto paso atrás para tomar a Gara de las caderas y auparla a su cintura, volviéndola a besar camino a la estrecha cama.

—¿Estás nerviosa? —preguntó acariciando su mejilla con el pulgar, a lo que ella negó con rapidez, demostrando que mentía—. Iré despacio, irá bien.

—Lo sé —asintió ella con una sonrisa que pretendía transmitir confianza.

Al llegar a la cama, Gara se acomodó sobre ella sentándose sobre las rodillas a la espera que Airam la acompañase, recostándose junto a él.

—¿Tienes los condones? —preguntó deslizando la mano hasta la entrepierna del chico.

—Sí... —Le quitó la camiseta y, sin perder tiempo, fue directo a desabrocharle el sujetador—. Pero todavía no hacen falta.

Gara asintió, en realidad no sabía exactamente cuándo un chico debía

ponerse el preservativo, ni si había un momento preciso y no otro para hacerlo, así que decidió no pensar en ello e intentar relajarse.

Como en los anteriores días que había estado en aquella misma habitación, rendida a los besos y caricias de Airam, dejó que él la fuera desnudando, disfrutando de cómo recorría su piel desnuda con los ojos mientras sus labios dibujaban traviesas sonrisas. Se limitó a devolverle los besos y las caricias, mientras se movía con placer entre sus manos, dejando que las llevara donde quisiera de su cuerpo. Cuando los labios de Airam se deslizaron por su pecho hasta besar sus senos, la joven giró el rostro con una sonrisa y los ojos entrecerrados, sin embargo, algo llamó su atención obligándola a abrirlos y observar con detenimiento su alrededor. Aunque todo parecía igual que los días anteriores era evidente que la estancia estaba más limpia y ordenada que de costumbre; no había ropa desordenada, ni ningún objeto fuera de su sitio, hasta los mandos de la Play Station 4 estaban colocados en paralelo sobre la consola. Ser consciente de aquello le hizo sonreír; tal vez Airam no era un chico dado a demostrar lo que sentía con ramos de flores, corazones de fieltro y velas perfumadas, símbolos que para Gara resultaban un poco cursis y la incomodaban, pero sí tenía gestos que para la joven significaban mucho, aunque resultasen mucho más sutiles.

Para Airam aquella tarde era importante, aunque él había estado con otras chicas antes, ninguna significaba tanto para él como lo hacía Gara y por eso

quería que todo fuera genial con ella. En aquellas últimas semanas había comprendido con más claridad lo que sentía hacia ella, lo que seguramente siempre había profesado hacia ella, incluso antes de conocer su nombre y significado. Cuando deslizaba sus manos por aquella piel bronceada sabía que no había ningún otro cuerpo que quisiera tocar, no había otros labios que deseara besar y que no había mayor satisfacción en el mundo que hacerla disfrutar a ella. Con decisión deslizó su lengua, lentamente, hasta las caderas de Gara y bajó luego por su ingle, resuelto a conseguir que ella disfrutara.

—Oh... Si lo vamos a hacer, esto no... no hace falta. —Gara jadeó con placer, pero Airam no dio muestras de haber escuchado sus palabras y recorrió con la lengua su sexo con deleite, ayudándose de sus manos y dedos para lograr que se retorciera sobre el colchón, alocada.

No era la primera vez que Airam se apropiaba así de su cuerpo, y por ello Gara no sintió pudor alguno, relajándose para disfrutar con placer de las magníficas y conocidas sensaciones que su cuerpo experimentaba ante las caricias ardientes de boca y lengua de Airam en su centro. Hasta lograr que sucumbiera al éxtasis.

Con una sonrisa triunfal volvió a ascender hasta estar a la altura del rostro de la joven.

—Era así o despacio —declaró, alargando el brazo para alcanzar los

preservativos—. Y sabía que despacio no me iba a salir.

Ella asintió a aquella explicación recuperando el aliento, casi sin pararse a pensar en lo que iba a suceder segundos después, hasta que Airam se recostó sobre ella.

—Dime que pare si te duele —pidió el chico, acomodándose entre sus piernas.

Sin embargo, a pesar de su petición selló sus labios con un profundo beso con la misma intensidad con la que se hundía en el interior de Gara, que arqueó la espalda ante la punzada que sintió en su interior, aguda y diferente a cualquier otra sensación que su cuerpo hubiera experimentado. Habían sido muchas las experiencias vividas con Airam en las últimas semanas, pero, a diferencia del resto, esta no resultaba nada agradable. Sin poder reprimirse, su garganta emitió un gemido que denotaba su padecer, aunque, antes de que Airam se apartara, sus manos le sujetaron por el cuello y la nuca para que no dejase de besarla y le rodeó la cintura con las piernas, sintiendo como la invadía más profundamente. No quería que se detuviera, aunque no todo eran sensaciones agradables, sentir su ímpetu y la fuerza de todo su cuerpo poseyéndola le gustaba, le excitaba sentirlo tan profundamente unido a ella y no deseaba parar, como si una necesidad interna la dominara para continuar unida al cuerpo del chico; un ansia más fuerte que la razón, a la que decidió

obedecer cuando permitió que sus caderas se movieran a un sordo ritmo que su cuerpo conocía de forma innata, acompasándose al que Airam también mantenía. Y, con aquel vaivén de sus cuerpos, el dolor se fue disipando, relajando a Gara suavemente. Las manos que se aferraban a la nuca de Airam descendieron por su espalda y él se separó de sus labios, tomando la suficiente distancia para observar los gestos de su rostro.

—Estoy bien —declaró ella al ver sus ojos claros escrutándola, recorriendo con atención esas facciones tan atractivas que sabía que podía observar el resto de su vida sin cansarse.

Airam no sabía si mentía o no, pero decidió creerla, porque no sabía qué otra cosa hacer. Se había dado cuenta de que su poca delicadeza había sido incómoda para ella al sentir la presión de su ceñido interior oprimiéndole. Para él era una sensación más que agradable, sin embargo, se movió con calma, con un intenso balanceo de cintura alentado por los jadeos que la escuchaba emitir, hasta sentirse confiado en aumentar el ritmo e intensidad y, con él, también las reacciones de Gara.

Apretando su muslo con fuerza, como si se fuera a perder de no sujetarse a ella, Airam embistió su cuerpo más rápido y con más intensidad cada vez, deleitándose con los gemidos que escuchaba y el agarre de ella a su cuerpo, lleno de deseo, hasta que el éxtasis le sobrevino, dominándole por completo,

para dejarle desfallecido sobre el cuerpo de Gara y con el rostro cobijado en el hueco de su cuello. Eso fue lo que más le gustó a ella; sentirle rendido abrazado a su cuerpo.

—Te huele el pelo a manzana —dijo Airam.

—Gracias, eso es lo que cualquier chica quieres escuchar tras su primera vez... —apuntó ella

—No eres cualquier chica —comentó él alejándose de Gara para retirar el preservativo —. Y no quería comenzar con un “lo siento”.

—No ha sido tan malo —comentó ella.

—Ños..., acabas de decir la frase que nadie quiere escuchar nunca. —Se llevó las manos a la cabeza, tirándose sobre el colchón abatido—. ¿Quieres hundirme la moral?

—Claro... Es porque a ti te ha gustado más que a mí y para compensar el placer lo saco así: humillándote —respondió Gara con sorna y se giró hacia él sonriendo, que la miraba con recelo—. Estoy bromeando.

—Quería que te gustara —dijo él, acercándose a su lado y acariciándole el costado con los dedos.

—Y me ha gustado, sino no estaría deseando repetir —dijo con una sonrisa traviesa.

Airam miró hacia abajo un segundo, a su entrepierna, y luego de nuevo a Gara.

—Si me das cinco minutos, te cumplo el deseo —propuso haciendo reír a la chica.

—Cuando te pones romántico haces que me tiemblen las piernas —bromeó.

Sin dudarlo, Airam se abalanzó hacia ella, apropiándose de sus labios y su cuerpo por entero, rodando juntos por la cama hasta dar con la pared, quedando Gara sobre el cuerpo de él, que se incorporó sentándose sobre sus caderas.

—No me estarás dejando ganar, ¿no?

Airam miró su cuerpo ladeando la cabeza, intentando apartar la atención de su torso desnudo y centrarse.

—Los dos sabemos que nunca te he dejado ganar —confesó, y también se incorporó para rodearla con los brazos y atraerla hacia él mientras la besaba.

Esa tarde no tenían que sentir ningún cargo de conciencia por no estar estudiando y podían limitarse a disfrutar y deleitarse con la sensación de estar desnudos el uno junto al otro, piel con piel, confirmando que era una de las cosas favoritas de su vida para ambos.

Si en aquel momento hubieran podido pedir un deseo, uno que no tuviera que ajustarse a leyes físicas, ambos hubieran deseado, sin pensar ni dudar un instante, el poder quedarse allí, en aquella cama, juntos y convirtiendo eterno ese momento.

Y, si Gara pudiera pedir un deseo, pediría regresar a ese instante, no para quedarse en él para siempre, sino para poder cambiar lo que pasó después, para intentar impedir que su corazón se rompiera y la confianza ciega y plena que sentía hacia Airam se desvaneciera como arena entre sus dedos.

—No sé qué pedirte —confiesa a media voz—. No sé qué puedes hacer para te perdone.

—¿Por qué no puedes perdonarme? Si me quieres... ¿Por qué...? —pregunta abatido.

—No se trata de perdonarte, sino de confiar en ti —asevera ella, mirándole con ojos tristes—. No sé cómo hacerlo, no sé cómo confiar de nuevo...

—Pues como lo hago yo —apunta él—: arriesgándote. ¿Crees que no me acojona que vuelvas a dudar de mí? Sí, mucho. Pero, si voy a estar mal, prefiero que sea porque tú termines haciéndome daño a estarlo siempre por no tenerte.

—Pero yo dudo de ti porque...

—¿Vas a empezar otra vez con el «yo tengo motivos para cagarla y tú no»? —la interrumpe.

—No —acepta, aunque con gesto contrariado.

—Yo te entiendo a ti, sé por qué desconfías; ¿tú no entiendes por qué actué así?

—Sí..., supongo... No sé... —dice, un poco confusa.

Con la mirada perdida en la penumbra recuerda aquella noche de celebración meses atrás, con todos los exámenes realizados. Unida a Airam como siempre había deseado estar, Gara apareció con una gran sonrisa en el local donde toda su clase estaba celebrando el inicio de las vacaciones en busca de Cova, necesitaba compartir con ella su experiencia, contarle como había sido y lo feliz que se encontraba.

La pelirroja, en cuanto vio su expresión, la asaltó a preguntas incluso antes de refugiarse en el baño para hablar con más intimidad.

—Pero ¿cómo duele? ¿Es en plan como la regla o como un cólico? —preguntó.

—Como nada, porque no es el estómago, ni los ovarios, es como si comparase un dolor de cabeza con un tirón muscular, te duele una parte del cuerpo que no te ha dolido nunca o, al menos, a mí nunca me ha dolido —

explicó Gara, apoyada en la puerta del cubículo del retrete—. Pero no es tan malo como pensaba, es decir; al principio es como ¡ños! Pero luego es más ñehhh.

—Maravilloso manejo del léxico, muero de curiosidad por ver tu comentario de texto de ayer —comentó Cova—. ¿Y habéis estado hasta ahora? Tus hermanos salen de la academia a las seis.

—Sí y no —respondió sonrojándose—. No lo hemos hecho solo una vez... Y, la verdad, es que la segunda vez, sin ser muy diferente, ha ido mucho mejor. Creo que lo que estropea más la primera vez no es que te duela o sea raro, es que piensas que es importante, muy importante, y en realidad no. Es decir, lo es, pero no...

—En serio, lo tuyo con las explicaciones es asombroso, me lo estás dejando todo claro, claro...

—¿Y qué quieres que te diga? —preguntó.

—No sé. Mejor ni te preguntó por cómo la tiene Hollister, porque temo que me digas que es «así como grragg» o algún palabro similar.

—En todo caso es lo que diría: woow —respondió con regodeo y un gesto de malicia.

—Genial, ahora no voy a poder mirarle sin recordar este momento,

¡fantástico!

—Culpa tuya —apuntó Gara, girándose para abrir la puerta—. Salgamos de aquí...

Las dos amigas regresaron a la sala del local, donde ya había llegado Aythami con su nueva novia. Aunque el chico hacía un mes que estaba de vacaciones por no tener intención de ir a la universidad, se encontraba celebrando con el resto de sus compañeros. Con solo cruzar una mirada, el rubio pudo notar que su amiga había experimentado la experiencia de la que tanto le había hablado en confianza en las últimas semanas.

—¿Todo bien? —preguntó simplemente.

—Mucho —afirmó ella sonriente y él le guiñó un ojo para mirar seguidamente a Airam que se encaminaba hacia ellos.

Ofreciéndole un refresco, el chico llegó hasta Gara y le rodeó la cintura.

—Tu amiga me mira de una manera que me da miedo saber qué le has contado —le susurró al oído, haciendo que Gara riera con fuerza.

—Sí, mejor no preguntes, pero te he dejado en buen lugar —aseveró la joven.

Aquella complicidad y muestras de cariño eran la confirmación plena de los rumores que se habían propagado durante semanas y, aunque algunos no

parecían sorprendidos, otros tantos sí los miraban con cierta curiosidad. Sin embargo, a esas alturas, aquella situación no era motivo para que ninguno de los dos se cohibiese lo más mínimo y, por ello, no se reprimieron en besarse y demostrar lo que sentían por el otro.

—El único motivo por el que no te propongo volver a mi casa es que mi madre ya ha vuelto del trabajo, pero me encantaría que nos fuéramos lejos de aquí y estar solos los dos —susurró Airam en el oído de Gara antes de besarle el cuello.

Ella se abrazó a su cuello sin perder la sonrisa. Y, por un segundo, vio como Miriam la miraba sin ocultar su envidia. En parte la entendió, incluso que sintiera más rabia que al ver a Airam con cualquier otra chica, porque ella no era cualquier otra, era la chica que apenas sabía maquillarse y para la que peinarse era hacerse una coleta, la que jamás tardaba más de dos minutos en decidir cómo se vestiría y el noventa por ciento de su calzado eran deportivas, era la chica que menos había cuidado su apariencia y, con todo eso, ella era la chica que estaba recibiendo los besos del chico más atractivo de todos los presentes. Entendía que la envidiaran con odio y debía reconocer que hasta le gustaba que lo hicieran.

Tirando de Airam, se desplazó hacia el centro del local, estaba sonando el tema *Lovers on the Sun* de David Guetta, que le encantaba, y, aunque el baile

no había sido nunca su fuerte, quería dejarse llevar con aquella canción. Airam la abrazaba por detrás besándole el cuello mientras ella se movía sin prestar atención a nada más que la música.

—We're burnin' up... We might as well be lovers on the sun. —
Escuchaba susurrar a Airam en su oído.

Se giró entre sus brazos y le rodeó el cuello, mirándole a los ojos fijamente, mientras los dos repetían esa última frase al ritmo de la canción antes de darse un hambriento beso.

—¡Así que es cierto! —Escucharon un grito por encima del sonido de la música, pero Airam y Gara lo ignoraron.

Entonces, de un fuerte tirón, alguien apartó a la chica de al lado de Airam y se abalanzó a empujarlo a él.

Era Tamara.

—¡¿Qué haces con esa?! ¡¿Para esto querías un tiempo?! —gritó la rubia encarándose a Airam—. ¡¿Para pegármela con esta?!

—¿Tam, qué haces aquí? —preguntó confuso el chico, reconociendo a su exnovia.

—¿Que qué hago? Venía a estar con mi novio, después de semanas sin verle para que estudiase...

—¿Aíram? —preguntó Gara mirando al chico a los ojos.

—Tam, lo hemos dejado —dijo Aíram.

—¿Cuándo? No hemos hablado desde que murió mi abuelo —negó la rubia—. Solo me pediste un tiempo... ¡en un mensaje!

—Ya, sí... Bueno...

—¿Aíram? —preguntó Gara de nuevo, más apremiante.

—Aíram. Aíram ¿qué? ¿Qué mierdas le reclamas tanto? —Se volteó Tamara, encarándose a Gara.

—A mi amiga no le digas ni media, te aviso. —Apareció Cova de por medio con su aguda voz, interponiéndose ante Tamara pese a que la rubia le sacaba casi un palmo de altura a la pequeña chica.

Pero Gara seguía con la vista clavada en Aíram, esperando que dijera algo que echara por tierra los temores que estaban tomando forma en su cabeza.

—Tamara, lo dejamos —insistió Aíram, acercándose a la rubia para que volviera a centrarse en él y no dijera nada a Gara.

—No, no lo dejamos. No se deja a tu novia de casi un año diciéndole «siento que tu abuelo se haya muerto, es mejor que estés un tiempo con tu familia». Fue lo que me dijiste, lo último que me escribiste.

—¡Creía que lo habías entendido! —gritó el chico, nervioso al sentir

todas las miradas sobre él.

—Y lo entendí, estabas agobiado por la selectividad y yo no estaba bien, así que acepté lo del tiempo... Pero nunca me dijiste que querías terminar.

—Porque se había muerto tu abuelo, pero...

Gara no podía escuchar más, no necesitaba escuchar más... Esas palabras confirmaban lo que Tamara decía y su estómago se revolvió bruscamente. Se sentía agobiada en aquel local, entre aquellas personas, frente a Airam y Tamara, *su novia*, así que se alejó tan rápido como pudo para huir de allí.

Tras abandonar el local, se encaminó sin un rumbo claro con paso agitado calle abajo, no iba a perderse porque conocía perfectamente la zona, pero, tras un centenar de metros, el aire le comenzó a faltar y se tuvo que frenar, respirando con fuerza sin conseguir llenar los pulmones. Las palabras de Tamara martilleaban en su cabeza, donde sentía un intenso palpitar en las sienes, mezclándose con el recuerdo de las últimas horas con Airam que aún sentía presente en su piel. Lo que habían vivido juntos apenas un rato antes, y que tan maravillosa le había parecida, se transformaba en esos instantes en una lacerante herida en su pecho que la impedía poder respirar, pensar y ser capaz de asimilar la situación en conjunto.

—Tranquila, es por la ansiedad, solo relájate y respira por la nariz — escuchó que decía una voz familiar.

Al darse la vuelta, encontró a Aythami caminando hacia ella y lo miró negando, con los ojos llorosos, tomando aire por la nariz como le aconsejaba.

—Me siento tan...

—Es un subnormal, pero no es culpa tuya —dijo el chico—. En cuanto te sientas mejor volvemos y le pegas una paliza, se la tiene ganada.

Ella volvió a negar, pegarle no le haría sentir mejor, no había nada que le pudiera hacer sentir mejor en aquellos momentos.

—¡¡Gara!! —Escuchó la voz de Airam y lo identificó al final de la calle—. ¡Gara, tienes que escucharme!

Y, aunque su primer impulso fue alejarse, sus piernas se quedaron pegadas al asfalto porque aún pensaba y quería creer que Tamara mentía, que eso de pedirle un tiempo por mensaje era falso y que Airam sí había roto directa y definitivamente con ella hacía un mes.

—La dejé, la dejé y no he sabido nada de ella desde hace un mes. Solo que no quería ser cruel porque su abuelo había muerto y por eso solo le puse que necesitaba tiempo, pero era una forma de hablar... No fui directo, pero... —fue diciendo al acercarse a ella.

—¡Le mandaste un maldito mensaje pidiéndole tiempo, tras todo lo que llevaban juntos! ¿Eso harás cuando te canses de mí? ¿Me escribirás un

WhatsApp diciendo que tienes que pensar mientras te tiras a otra?

»No sé qué es peor, si creer que realmente no querías romper con ella y jugabas conmigo, o que realmente dejaras a Tamara como se supone que lo has hecho... Pero, como sea, no quiero estar con alguien que es de ninguna de las dos maneras —declaró con determinación, soltando todo lo que bullía en su cabeza desde que había sentido el impulso de huir del local, consiguiendo que ni una sola lágrima abandonase sus ojos mientras hablaba.

—No, oye, no... Eso es injusto —dijo Airam—. Yo jamás te haría a ti algo así, sabes que no.

—Lo que sé es que es la segunda, Airam, la segunda vez que ella aparece para que se te caiga la máscara que te pones conmigo —replicó y se alejó hacia Aythami, que se había distanciado unos cuantos metros, cerca de donde estaba su novia.

El chico de cabello rubio se acercó hasta Airam con paso decidido.

—Nos vamos con Gara. Si quieres un consejo: no le insistas, porque cuanto más lo hagas ella más se encabezonará —informó y, sin esperar una respuesta de su amigo, volvió con las dos chicas.

Cuando Cova salió del local solo quedaba Airam en la calle, sentado en el bordillo de la acera con la cabeza caída.

—Tu novia te espera dentro —soltó con la voz cargada de hiel—. Está contándole a todo el mundo su versión de los hechos.

Alzando la cabeza, el joven miró a la pelirroja con cierto rencor antes de ponerse en pie.

—Recuerda lo que te prometí; si perdías tu oportunidad, yo misma animaría a Gara a que se olvidase de ti para siempre —recordó Cova, imitando a una villana de telenovela en su gesto y tono, a pesar de su voz aguda.

—Sabes que ella no va a poder olvidarme nunca —declara con seguridad Airam.

Esa afirmación enervó profundamente a la chica, porque sabía que era cierta, más después de lo que Gara le había contado sobre lo sucedido entre ella y Airam aquella misma tarde; al primer chico nunca se le olvida, por muy capullo que sea. Por lo que se encaró hacia él, sin importarle que tuviera que ponerse de puntillas y que aun así le sacara más de una cabeza de altura.

—No, ¿pero sabes lo que también sé? Sé que Gara se puso un escudo cuando un subnormal, ególatra y egoísta le obligó a ello de niña. Puede que ese escudo le haga parecer dura, pero, una vez que te deja superarlo, comprendes que tiene un corazón enorme que lo domina todo y es en sí mismo su punto débil. Cuando Gara te deja traspasar su coraza y queda

expuesta te da el poder absoluto para que la destruyas y destroces por completo, y lo único que te pide es que no lo hagas. Y eso es lo que tú has hecho, no hoy, ni hace un mes, sino todos los días desde entonces.

Airam negó a las palabras de la pelirroja por mero orgullo, aunque sabía que no podían ser más certeras ni aun estando escritas en piedra. Había traicionado la confianza que Gara tenía en él al no encarar la situación abiertamente con Tamara, lo había hecho mal, pero en ningún momento había tenido mala intención, con ninguna de las dos chicas.

Si lo que impedía a Gara confiar en él era el miedo a que la tratara como lo había hecho con Tamara, entonces no tenía nada que temer. Y si no lo había entendido en todo ese tiempo, aún le quedaban unos segundos de encierro en los que la chica no tenía más remedio que escucharle.

—Le escribí ese mensaje para ir el día que Cova me dijo, entonces pensé que, si no iba, perdería mi última oportunidad —explica intentando buscar las palabras más acertadas, sabiendo que la puerta se puede abrir en cualquier momento y que tal vez Gara salga de allí sin darle otra oportunidad—. Quería dejar a Tamara, pero decirle directamente que lo nuestro se había terminado en ese momento me parecía muy cruel, su abuelo acababa de morir, ya me sentía mal por no querer estar con ella. Lo que hice no estuvo bien, pero no lo hice a malas.

—Pero...

—No, Gara, escúchame —la interrumpe, enmarcando su rostro entre las manos—. Fui egoísta, tal vez fui un cobarde... Pero puedes confiar en mí, puedes porque no estoy aquí solo para que me perdones, ni para que lo olvides todo, ni para que nos besemos dejando todo atrás; estoy aquí porque llevo enamorado de ti desde que era un chiquillo, sin saber bien qué era eso que tú me provocabas. Sé que la he cagado, de todas las formas y maneras durante todos estos años, pero te quiero con todo mi ser, como no podría querer a nadie más, porque sé que tú eres mi alma gemela y solo quiero estar contigo para hacerte feliz, como lo eras el mes antes de selectividad. Quiero que seamos felices juntos y siempre, sé que podemos hacerlo y volver a sentir lo que sentía esos días desde que me levantaba y me alegraba al pensar en que te vería y estaríamos juntos, hasta que me dormía recordando cada instante a tu lado de ese día —declara esta vez sin pensar, soltando las palabras tal como las siente—. No he dejado de pensar en ti ni un solo día, no he querido siquiera, porque no quiero renunciar a ti, no puedo. Te quiero y sé que tu sientes lo mismo, porque somos iguales y por eso lo que siento por ti es más...

—Airam, odio ser tan cabezota y orgullosa —comienza diciendo Gara interrumpiéndole, llenándole de desazón porque suena a una nueva negativa —, y que, aun así, consigas convencerme, porque odio perder contra ti,

pero... me has ganado —concluye mirándole emocionada.

El semblante de Airam cambia por completo al entender lo que acaba de escuchar y se lanza a sus labios sin perder un segundo más, olvidándose del tiempo que les queda de encierro.

La puerta se abre de golpe llenando de luz el armario para que su interior sea presentado ante los invitados de la fiesta, que se agolpan frente a él expectantes.

—No me lo puedo creer. —Se escucha con asombro la voz de Miriam.

—Flipo... —Suena de fondo que alguien comenta.

—Lo sabía. —Se oye susurrar a Yeray, que sujeta la puerta que acaba de abrir.

Algo sobresaltada, y sintiendo molesta la súbita claridad, Gara oculta su rostro en el pecho de Airam, mientras él la rodea con el brazo con gesto protector.

—¿Les importa? Estamos ocupados —dice él, agarrando la puerta para volver a encerrarse y se inclina hacia Gara con una sonrisa torcida—. ¿Por dónde íbamos?

Aunque solo es capaz de observar oscuridad a su alrededor, el roce de las manos de Airam en su cintura y cuello le erizan la piel.

—Creo que has vuelto a secuestrarme. —Le rodea el cuello con los brazos.

—Y esta vez no te voy a dejar escapar.

El ascensor

Después de dos años viviendo durante todo el curso en aquel apartamento de estudiantes, Gara echa un último vistazo a su pequeño dormitorio. Las baldas de la pared vacías, la cama con tan solo el colchón desnudo sobre ella y la mesilla y escritorio desiertos, sin ningún objeto decorativo aparte de una pequeña lamparita junto a la cama son todo lo que queda ahí, además de los recuerdos. Tiene cientos, quizá miles de recuerdos entre esas paredes de color azul cielo: ocasiones en que aquel lugar le pareció una cárcel lejos de todo lo que quería y momentos en los que ese lugar se hizo su paraíso, las largas noches de estudio intensivo y veladas de pasión que siempre resultaban cortas.

Sus labios se curvan en una sonrisa nostálgica tras soltar un suspiro y se agacha para cargar con la última caja con sus cosas, caminando con ella entre los brazos por el lúgubre pasillo pobremente iluminado hacia la entrada de la casa.

—¿Algo más? —le pregunta Airam en la entrada.

—No, es la última —responde entregando la caja.

—¿Y nuestras tazas; las has cogido?

—¡Ay, no...! —Se gira para regresar al interior de la vivienda.

Entra en la cocina y abre el armarito encima del fregadero con prisas, buscando con la vista las dos tazas y las toma entre sus manos con cuidado. Ambas son un regalo. Gara no es especialmente creativa así que, por consejo de Cova, le regaló a Airam una taza de café personalizada la primera vez que él se quedó a pasar el fin de semana con ella en Tenerife con la frase de William Hazlitt «El amor y la felicidad son almas gemelas», porque le recordó a ellos. Pocos meses después, por el cumpleaños de Gara, y demostrando su poco ingenio y originalidad, Airam también le regaló una taza a ella, en esa ocasión con la frase «Te quiero porque eres como yo, pero versión tú».

—Egocéntricamente romántico —dice para sí con una sonrisa, leyendo la inscripción de su taza—; totalmente Airam.

—¡El ascensor espera! —Escucha que Airam la llamaba desde su portal.

Gara acelera el paso fuera de la vivienda, cerrando la puerta de entrada tras de sí y entra en el ascensor antes de que se cierren las puertas, casi de un

salto.

—¡Las tengo! —Muestra las tazas con una sonrisa, acercándose hasta Airam para darle un beso.

—¿Vas a echar de menos esto? —pregunta el chico, apretando el botón.

—Puede, pero no extrañaré echarte de menos a ti —asegura con una tierna sonrisa.

Las puertas se cierran y Airam le guiña el ojo, antes de sonreírle al tener la caja entre sus manos y no poder abrazar a Gara como le gustaría hacer en ese instante, mientras el ascensor comienza su descenso hasta el piso inferior.

Un sonido metálico chirría y tras una leve sacudida el cubículo se detiene.

—¡Ños! ¿Qué pasó? —pregunta Airam desconcertado.

—Ni idea, se ha parado —dice Gara apretando agitadamente el botón con la B grabada.

—Sí, eso parece —asevera, dejando la caja en el suelo.

Con curiosidad, se acerca hasta el panel de botones y aprieta el de la campana de alarma. El timbre ensordecedor inunda todo el receptáculo y ambos se tapan los oídos.

—No vuelvas a hacer eso —le insta Gara.

—Pero algo habrá que hacer.

La chica mira su teléfono, comprobando que no tiene cobertura, cosa que ya intuía.

—Mi padre está abajo, cuando vea que no salimos entrará a ver qué pasa —comenta resignada—. No estaremos mucho aquí.

Airam se apoya un poco frustrado en la pared de la derecha y Gara se acerca a él acariciándole los hombros y el pecho con una sonrisa un poco enigmática.

—¿Esto no te recuerda a algo? —pregunta, haciendo que Airam mire a su alrededor con curiosidad—. Tú y yo encerrados..., en un lugar pequeño..., sin poder salir...

—Solo que el armario no estaba suspendido en un hueco de una altura indeterminada —dice el chico al comprender a qué se refiere su novia.

—Gracias por ayudarme a mantener la calma, cariño.

—Parece mentira que hayan pasado más de tres años de eso —comenta con una sonrisa que intenta darle más confianza y apartar cualquier idea temerosa de su cabeza—. Y pensar que cuando salimos de ese armario estaba acojonado por cómo conseguiríamos que funcionara estando tú aquí y yo en casa... No sabía si podría aguantar no verte en días o semanas.

—No fue fácil, pero lo hemos conseguido —declara ella, alzando las manos hasta su cuello—. Esos siete minutos lo cambiaron todo.

—Sí, son los siete minutos más importantes de mi vida —asiente él—. Nuestras vidas cambiaron después de ellos.

Gara asiente, pensando que es incapaz de imaginar qué habría sido de ellos dos si no hubieran pasado aquellos siete minutos encerrados en el armario de casa de Noah. Seguramente habría terminado el Grado de Ciencias Ambientales igual, como Airam se habría sacado su título de Educación Física, pero no habrían estado viajando todos los fines de semana para poder verse y demostrar que la distancia no era impedimento para lo que sentían el uno por el otro. Y, seguramente ella, de no tener a Airam en su vida no estaría tan ansiosa de comenzar aquella nueva etapa, por fin cerca de él.

Unos golpes se escuchan por debajo de donde se encuentra la pareja que, asustada, se abraza mirando al suelo.

—¿Gara, hija, estás ahí?! ¿Airam?!

—¡Sí, sí!! ¡Estamos en el ascensor; no funciona! —grita Gara, acercándose a la puerta.

—¿Están bien?

—¡Sí! Pero los botones no responden —contesta la joven.

—De acuerdo, voy a pedir ayuda, no se asusten. —Escucha decir a su padre.

—Vale, papá...

Airam se sienta en el suelo, intuyendo que la ayuda va a tardar, mientras Gara insiste en apretar los botones unas cuantas veces más hasta rendirse e ir junto a él, acomodándose entre sus piernas.

—Creo que no vamos a salir de aquí en siete minutos —comenta ella acurrucándose en su regazo.

—No tengo prisa, estoy contigo —responde, rodeándola con los brazos.

Agradecimientos

Esta novela no hubiera tenido su carácter canario, tan marcado y definido, sin la inestimable ayuda de Romina Naranjo, una de las principales lectoras 0 de la historia y que con absoluta paciencia y cariño me aconsejó, ayudó e informó de cómo lograr que los personajes hablaran de forma correcta y creíble. Diálogo a Diálogo. Por eso ella encabeza sin lugar a dudas la lista de agradecimientos.

No dejo Canarias ni a sus escritoras, porque sin lugar a dudas Siete minutos no sería como es, ni ocurriría donde ocurre si las RomántiCanarias hubieran aparecido en mi vida, o yo en la suya... Compañeras, amigas... Barbará Padrón, Dacar Santana, Jossy Loes, Kira Santana, Leticia Blanco, Magela Gacia, Raquel Antúnez y Yanira García. Habéis sido un inmenso apoyo en el tiempo que llevo en las islas y no exagero lo más mínimo al decir que sois uno de los pilares fundamentales de mi vida.

También, y antes de que pueda olvidarlo, tengo que dar las gracias al

encargado de centro de escalada *IndoorWall* de Las Palmas de Gran Canaria, que me informó de todo lo referente a las instalaciones y particularidades de esa modalidad para poder escribir un capítulo de esta historia con una base creíble y datos reales.

Como no podría ser de otro modo, y aunque en esta ocasión su lugar haya estado relegado unos cuantos puestos, quiero dejar constancia de lo agradecida que estoy a mi Kokoro por apoyarme y motivarme para cumplir mi sueño, estar a mi lado y recordarme que tengo que seguir soñando incluso cuando llegan momentos en los que piensas que la vida es una pesadilla. Ninguna de mis historias existiría si tu no hubieras llegado a mi vida y por eso te doy las gracias a ti y a la vida.

No puedo olvidar a las lectoras 0 de esta historia que me ayudaron con los borradores y transmitirles toda mi gratitud, especialmente a Aretussa Romero Partida, Roxi González, Selva Salinas.

Y, como suele decirse, en último lugar pero no por ello menos importante todo mi agradecimiento a mis compañeros de letras y a los devoradores de ellas, los lectores. A los primeros porque cada compañera que he conocido en estos años de camino me ha hecho crecer y aprender

Sobre la autora

Carmen Serrano es una gata criada en el madrileño barrio de Carabanchel. A pesar de que en sus primeros años, y debido a su dislexia, no era muy aficionada a la lectura, durante su adolescencia calló en sus manos la novela El príncipe de la niebla, que hizo que se enamorase de la literatura y por ende de los libros.

Años más tarde y gracias a internet comenzó a publicar sus primeros relatos de ficción en diversas plataformas atrayendo la atención de lectores de todo el mundo, lo cuales la animaron a publicar sus novelas de forma profesional.

En la actualidad reside en la isla de Gran Canaria donde continúa escuchando a los personajes que desean que ella cuente sus historias.

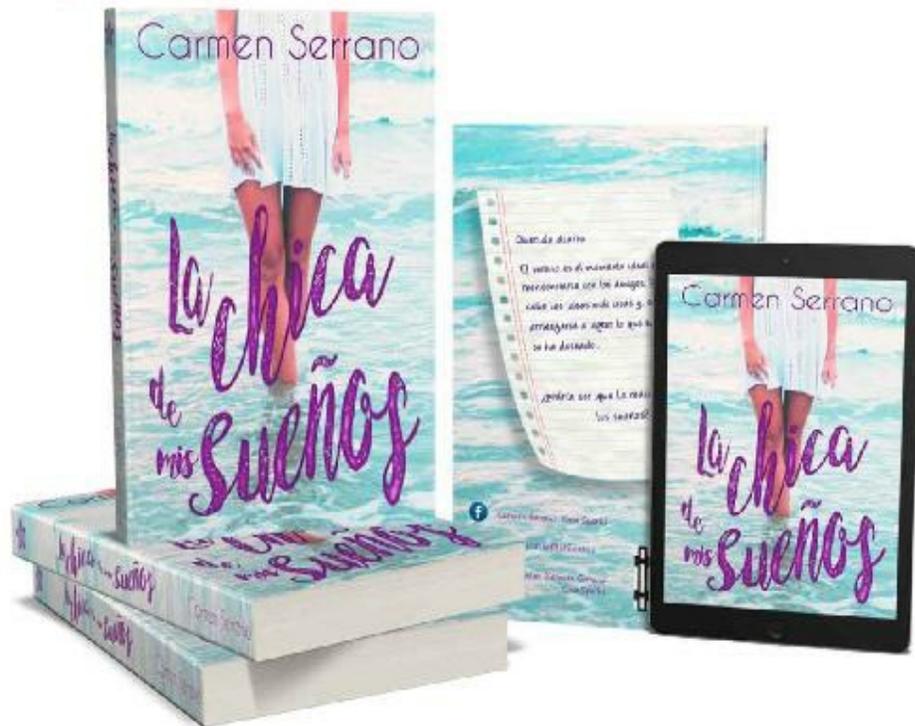
Como Cora Spark tiene varias novelas románticas dirigidas para el público adulto y de corte erótico. Un encuentro de altos vuelos es su primera

obra publicada, una novela corta que ha conquistado a multitud de lectores a través de Amazon. Sin embargo, con la biología Presa de su objetivo, Cora nos ofrece un relato más ambicioso, cargado de pasión y personajes entrañables como es su estilo.

Cambiando un poco de género pero sin abandonar el romance, publicado como Carmen Serrano, lanzó una novela juvenil titulada Prefiero los Jueves, donde toca el tema del bullying, la aceptación y la amistad. Y, presentándose al Premio Literario Amazon 2018 con La chica de mis sueños, fue una de las novelas más relevantes dentro del género juvenil, con una historia donde los lectores felicitaron la buena forma de mostrar el idealismo del amor juvenil y la narrativa de la historia.

Otras novelas

La chica de mis Sueños



Querido diario:

El verano es el momento ideal para reencontrarse con los amigos, llevar a cabo las ideas más locas y, sin duda, arriesgarse a lograr lo que siempre se ha deseado...

¿Podría ser que la realidad supere a los sueños?

Prefiero los Jueves



La adolescencia es una mala época para parecerse a un personaje de terror...

Durante toda mi vida el apelativo de Miércoles me ha perseguido allá donde fuera; mi pelo oscuro y mi piel pálida, producto de mi alergia al sol, provocan que mis compañeros solo vean en mí la representación de la hija psicópata de La familia Addams. Motivo por el que yo odio todo cuanto

tenga que ver con el terror y el misterio; en especial lo relacionado con Halloween. Por ello, año tras año, cuando se acerca el 31 de octubre comienza mi calvario particular, sobre todo con los estrenos de cine.

Intento sobrellevarlo, la adolescencia es una etapa y, como todas, tendrá un final en algún momento... Pero me encantaría que alguien, aparte de mi único y mejor amigo, viera en mí algo diferente a Miércoles y me hiciera ver todo desde otra perspectiva

[1] *Localismo canario: mucho, excesivo.*

[2] *Localismo tinerfeño: forma coloquial y un poco despectiva de referirse a alguien.*

[3] *Localismo canario: infantil.*

[4] *Personajes de la serie de televisión The Walking Dead, que tiene una controvertida relación amistosa, pero no romántica.*

[5] *Localismo canario: estúpido, imbécil.*

[6] *Localismo canario: poco, insignificante.*

[7] *Forma oficial en que se denominan los autobuses en Las Islas Canarias.*

[8] *Localismo canario: Imbécil, estúpido.*

[9] *Localismo canario: palomitas de maíz.*

[10] *Refresco azucarado muy consumido en Las Islas Canarias.*

[11] *Dicho canario: Ser cabezota pese a estar equivocado.*

[12] *Localismo canario: Tonto, dicho de forma cariñosa.*